

De
PASTOR
a
PASTOR

*Cómo enfrentar los
problemas del ministerio*

E R W I N
LUTZER

De PASTOR a PASTOR

El papel del pastor se complica con frecuencia debido a asuntos problemáticos que deben tratarse con serenidad, efectividad y en algunas ocasiones de manera pública. El reconocido pastor y conferencista Erwin Lutzer ofrece consejos prácticos acerca de cómo manejar situaciones difíciles relacionadas con asuntos tales como:

- divisiones de iglesias
- agotamiento
- expectativas de la congregación
- prioridades pastorales
- política
- juntas de iglesia
- adoración
- consejería

Este libro *De pastor a pastor* también ayuda a los ministros de Dios a responder preguntas difíciles tales como: ¿Cómo debo vivir cuando el éxito me es esquivo? ¿Debo hacer frente o estar dispuesto a ceder ante personas problemáticas? y ¿seguirá usándome Dios aún si le fallo algunas veces? Enfrentarse con resolución a estos pensamientos y situaciones contribuirá al crecimiento espiritual tanto del pastor como de la congregación, al buscar con franqueza la sabiduría de Dios y obedecer su voluntad.

“No lea este libro apresuradamente. Haga una pausa, reflexione, ore — ¡y crezca!”

—Warren W. Wiersbe

ERWIN W. LUTZER (B.A., Winnipeg Bible College; maestría en teología del Seminario Teológico de Dallas; M.A., Loyola University; L.L.D., Simon Greenleaf School of Law) es pastor titular de la histórica Iglesia Moody en Chicago, al igual que un popular conferencista y locutor radial. Sus numerosos libros incluyen *Cómo puede estar seguro de que pasará la eternidad con Dios* y *Tu primer minuto después de la muerte* (publicados por Editorial Portavoz).

Ayuda pastoral



La editorial de su confianza

ISBN 978-0-8254-1408-4



9 780825 414084

De
PASTOR
a
PASTOR

De
PASTOR
a
PASTOR

*Cómo enfrentar los
problemas del ministerio*

**E R W I N
LUTZER**



La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Pastor to Pastor: Tackling the Problems of Ministry*. © 1998 por Erwin Lutzer y publicado por Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan.

Edición en castellano: *De pastor a pastor: Cómo enfrentar los problemas del ministerio*. © 1999 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de ninguna forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de porciones breves en revistas y/o reseñas.

Traducción: John Bernal

EDITORIAL PORTAVOZ

P. O. Box 2607

Grand Rapids, Michigan 49501 EE.UU.

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1408-4

5 6 7 8 9 edición/año 17 16 15 14 13

Printed in the United States of America
Impreso en los Estados Unidos de América

Contenido

Prólogo	7
1. El llamado al ministerio: <i>¿Debemos tener uno?</i>	9
2. Las expectativas de una congregación: <i>¿Podemos ajustarnos a ellas?</i>	16
3. Sobreviviendo a una escaramuza: <i>¿Cómo debe ser nuestra relación con el consejo de la iglesia ?</i>	23
4. Gente problemática: <i>¿Confrontar o ceder?</i>	28
5. La predicación: <i>¿Cómo alcanzar esas almas?</i>	34
6. Cristianos holgazanes: <i>¿Podemos ponerlos a marchar?</i>	40
7. La división de iglesias: <i>¿Cuándo vale la pena pagar su costo?</i>	44
8. La política: <i>¿Dónde hay que trazar la raya?</i>	50
9. La envidia: <i>¿Qué hacemos para vivir a la sombra del éxito?</i>	56
10. El agotamiento: <i>¿Todavía se puede encender la madera mojada ?</i>	61
11. La iglesia y el mundo: <i>¿Quién influye a quién ?</i>	68
12. La consejería: <i>¿Tenemos que ser expertos en psicología?</i>	73

13. La adoración:	
<i>¿Puede ocurrir en un culto estructurado?</i>	80
14. Invitaciones públicas:	
<i>¿Estamos siendo mal interpretados?</i>	85
15. El juicio de Dios:	
<i>¿Cómo podemos reconocerlo en la actualidad?</i>	92
16. Una teología más benigna y agradable:	
<i>¿Es bíblica o es cultural?</i>	97
17. Las prioridades:	
<i>¿Qué hago para poner mis asuntos en orden?</i>	104
18. El fracaso:	
<i>¿Por qué ocurre en algunas ocasiones?</i>	110
19. Los caídos:	
<i>¿Cómo alcanzarlos y restaurarlos?</i>	115
20. La iglesia:	
<i>¿Cómo es el diseño de Cristo?</i>	121
<i>Notas</i>	127

Prólogo

Existen libros a nuestra disposición para orientarnos en la confrontación y solución de problemas personales y de la iglesia. He leído muchos de esos libros y han sido de gran ayuda para mí, de una u otra manera.

Entonces, ¿para qué otro libro?

Porque este apunta en dirección a una meta mucho más alta que simplemente responder las preguntas o resolver los problemas.

Crecimiento espiritual y personal: esa es la gran inquietud de Erwin Lutzer a medida que comparte estas reflexiones contigo. La meta no es solamente resolver problemas en la iglesia, por muy importante que esto sea, sino procurar el desarrollo espiritual tanto del ministro como de la congregación. Después de todo, cada problema que encontramos representa una oportunidad para que tanto el pastor como la gente, afronten la situación con honestidad, busquen la sabiduría de Dios con diligencia, y obedezcan su voluntad con confianza. ¿Y el resultado? ¡Crecimiento espiritual por todos lados!

Hay otra cosa que hace de estos capítulos algo único: salen del corazón y la mente de un hombre quien es pastor, teólogo, maestro y filósofo, un hombre que tiene un corazón para el avivamiento y la renovación dentro de la iglesia. Erwin Lutzer extrae riquezas de una fuente de aprendizaje que ha sido filtrada por la urdimbre de la experiencia personal. ¡Aquí no hay ideas sacadas de una torre de marfil, ni evasiones beatas!

No leas este libro con ligereza. Haz una pausa, examina, ora ¡y crece!

—Warren W. Wiersbe

El llamado al ministerio

¿Debemos tener uno?

Supongamos que Charles Spurgeon y Billy Graham hubiesen elegido carreras diferentes a la predicación. ¿Acaso esto le habría sido algo indiferente a Dios?

No lo creo. Aunque la idea no es muy popular hoy en día, yo creo que Dios aún llama a individuos para ministerios específicos, particularmente la predicación y la enseñanza de su Palabra.

Durante los últimos veinte años, los misioneros nos han venido diciendo que no hay necesidad de recibir un llamado específico. Cristo nos mandó a predicar el evangelio, así que si tenemos las cualidades, debemos ir a hacerlo. No deberíamos perder tiempo esperando del cielo una señal de aprobación.

En su libro *Decisión Making and the Will of God* (Toma de decisiones y la voluntad de Dios), Garry Friesen enseña que Dios tiene una voluntad soberana (Su plan global) y una voluntad moral (Sus pautas para la vida y las creencias), pero ninguna clase de plan individual para cada creyente, el cual debamos supuestamente «encontrar».¹

Él nos pide que recordemos lo difícil que era «encontrar la voluntad de Dios» cuando teníamos que tomar una decisión en particular, y explica por qué ocurría eso: estábamos buscando algo que no existía, estábamos buscando una forma de orientación que Dios no había prometido darnos.

Friesen nos exhorta a tomar decisiones con base en la sabiduría. Deberíamos reunir toda la información que podamos, ponderar las ventajas e inconvenientes, y tomar nuestras propias decisiones en fe. Por supuesto, una parte importante de esto consiste en consultar con quienes nos conocen y buscar el consejo de otros.

Luego hace preguntas acerca de todos los hombres llamados por Dios en las Escrituras. Puesto que Dios les habló de manera audible, no tenían ninguna duda en cuanto a su voluntad para ellos. Dios le dijo directamente a Jeremías que había sido escogido para un ministerio específico (Jer. 1:9-10). Pero Dios no hace eso en la actualidad, así que esos ejemplos no pueden aplicarse. Lo que se espera de nosotros es que seamos obedientes a la voluntad moral de Dios, pero después de esto las decisiones son nuestras. Cualquier elección que hagamos entre una gran cantidad de opciones estaría bien para Dios.

Hay algo de verdad en eso, muchos de nosotros crecimos en la creencia de que teníamos que asomarnos a los consejos secretos de Dios siempre que tuviéramos que tomar una decisión. Tratábamos de leer su diario para nosotros, pero la impresión se veía borrosa, su voluntad era un misterio envuelto en un enigma. Sin duda alguna, lo único que teníamos que hacer era seguir adelante y tomar una decisión razonable, como un pastor le dijo a un amigo: «Procura tener un corazón puro y después haz lo que te plazca».

Nosotros también creíamos que ser llamados al ministerio requería de una experiencia como la del camino a Damasco, y si no la teníamos sentíamos la obligación de escoger una vocación «secular». Puedo recordar a muchos hombres jóvenes en la universidad y en el seminario bíblico, discutiendo si habían sido «llamados» o no. Muchos de ellos esperaban ser llamados, pero no estaban seguros.

Además, hacer énfasis en un llamado al ministerio tiende a exagerar la distinción entre clero y laicos. Cada creyente es un ministro de Dios. Decir que algunos cristianos son llamados a ministerios específicos mientras que otros no lo son, parece contrario a la enseñanza bíblica de que cada miembro del cuerpo de Cristo es importante.

La posición de Friesen también explicaría por qué algunas personas se han sentido llamadas a ministerios para los cuales no estaban bien preparados. En términos sencillos, se equivocaron. Lo que creyeron que era la dirección del Espíritu Santo no era más que un capricho personal. Es posible que hayas escuchado acerca del hombre que fue llamado a predicar, pero desafortunadamente nadie fue llamado a escucharle!

Un hombre que ya estaba agotado a la edad de cuarenta años, concluyó que nunca había sido llamado al ministerio; solamente había entrado a él para complacer a su madre. Siendo joven había demostrado un gran talento para hablar en público y servir en la iglesia, así que ella lo animó a convertirse en pastor. Ahora él llega a la conclusión de que eso fue un error.

A pesar del hecho de que no sepamos tanto como quisiéramos acerca del «llamado», yo todavía creo que Dios hace un llamado a algunas personas, el cual es más que un simple llamado general que se hace a todos los creyentes. Existe un llamado que es más que simplemente estar dotado para el ministerio o incluso más que un simple deseo de predicar o enseñar. Charles Bridges acertó al decir que el origen del fracaso ministerial puede encontrarse algunas veces «hasta en el mismo umbral de entrada al ministerio».

El difunto J. Oswald Sanders tenía razón cuando escribió: «La naturaleza sobrenatural de la iglesia exige un liderazgo que se eleve sobre lo humano. La necesidad imperante de la iglesia, si ha de descargar su obligación sobre los hombros de la generación siguiente, es de liderazgo con autoridad, espiritualidad y sacrificio.»² Spurgeon, Graham, y cientos de otros predicadores han dicho que escogieron el ministerio únicamente porque Dios los escogió a ellos para el mismo. Aparentemente Timoteo no tuvo un llamado audible, pero no puedo imaginar a Pablo diciéndole que podía dejar el ministerio si lo deseaba, sin abandonar al mismo tiempo la voluntad de Dios para su vida. Por el contrario, Pablo lo exhortaba a cumplir cabalmente con su ministerio. Y cuando Timoteo empezó a divagar sobre su llamado, Pablo le amonestó, «Por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos» (2 Ti. 1:6).

No veo cómo pueda sobrevivir alguien en el ministerio si llegara a sentir que fue solamente fruto de su propia elección. Algunos ministros a duras penas tienen dos días buenos consecutivos, pero ellos se mantienen allí por la seguridad de que Dios los ha puesto donde están. A los ministros que no tienen tal convicción con frecuencia les falta coraje y llevan una carta de renuncia en el bolsillo de su abrigo. A la más mínima insinuación de dificultad, se marchan.

Estoy preocupado por aquellos que predicán y enseñan sin tener un sentido de llamado. Los que consideran el ministerio como una opción entre muchas tienden a manejar una visión horizontal, les falta la urgencia de Pablo quien dijo: «Me es necesario». John Jowett dice: «Si perdemos el sentido de asombro ante nuestra comisión, nos convertimos en simples comerciantes que parlotean sobre mercancías corrientes en una plaza de mercado».³

Puesto que Dios llamó a múltiples individuos para ministerios específicos en tiempos bíblicos, es apenas razonable que también lo haga en la actualidad. Aunque Él no llama de manera audible ahora que el Nue-

vo Testamento está plenamente cumplido, contamos con una base adecuada mediante la cual podemos probar la guía interna del Espíritu.

Características del llamado

Permítanme aventurar mi propia definición de un llamado. *El llamado de Dios es una convicción interna dada por el Espíritu Santo y confirmada por la Palabra de Dios y el cuerpo de Cristo.*

Notemos las tres partes de la definición. Primero, *es una convicción interna*. Sentimientos y caprichos vienen y van, pueden basarse en impresiones que tuvimos siendo niños cuando acariciábamos con romanticismo la idea de convertirnos en misioneros, o quizás porque habíamos convertido en un ídolo el papel de pastor.

Pero una obligación apremiante dada por Dios no se detiene ante obstáculos, más bien nos provee con la fijación de nuestra mente en un solo objetivo, algo tan necesario para un ministerio efectivo. Algunos de nosotros hemos tenido esta convicción desde nuestra juventud; otros han experimentado un sentido creciente de urgencia al ir estudiando la Biblia, y aún otros quizás tuvieron un sentido de dirección menos preciso aunque no menos seguro. Pero el resultado es el mismo: un fuerte deseo de predicar, unirse a un equipo misionero, o tal vez capacitar a otros en la Palabra.

Por supuesto, no todos tenemos que ser llamados de la misma forma. Hay diversidad de circunstancias y temperamentos. Ya he mencionado que para algunas personas esta convicción puede ser súbita, para otros puede ser gradual. Una persona puede no sentir ningún llamado hasta que es animado por miembros con discernimiento dentro del cuerpo de Cristo. Pero a pesar de esas diferencias, existe un sentido de propósito. Sin duda, «¡Ay de mí si no anunciare el evangelio!» (1 Co. 9:16).

En segundo lugar, *la Palabra de Dios debe confirmar nuestro llamado*. Hemos de preguntar si un creyente posee las cualidades enumeradas en 1 Timoteo 3. ¿Es maduro? ¿Cuenta con los dones necesarios? ¿Se ha esforzado en la Palabra de Dios y en la doctrina? ¿O puede haberse descalificado a sí mismo debido a indulgencia moral o doctrinal? El carácter no es todo lo que se necesita, pero es el ingrediente básico e indispensable.

Sin duda que por favorecer a un llamado se han cometido errores al pasar por alto las calificaciones dictadas por las Escrituras. Para algunas personas es suficiente el que un hombre diga que tiene un llamado para comprometerlo con el ministerio. Pero la iglesia no debería apresurarse

en la ordenación de los que se consideran llamados para tal obra. Aunque algunas personas puedan sentir tal apremio, es posible que se hayan descalificado a sí mismos o que su propia percepción esté equivocada.

Por otra parte, las iglesias han errado en algunas ocasiones al rehusar ordenar a un hombre a quien juzgan inadecuado para el ministerio. Quizás los dones esperados no estaban presentes, tal vez el candidato no parecía tener la determinación requerida para el ministerio. Y sin embargo con el paso del tiempo, el hombre puede haberse distinguido como un ministro fiel. Aún podemos fallar teniendo las mejores intenciones, pero como ya fue mencionado, el carácter siempre debe estar en el punto focal de cualquier evaluación que se haga de un llamado.

Ciertamente las cualidades de 1 Timoteo 3 corresponden más a la descripción del carácter actual de un hombre y no tanto al que tuvo en el pasado, pero con frecuencia su vida anterior también es relevante, particularmente a partir de su conversión. Si el hombre no aprueba el examen de las Escrituras, debe ser excluido del ministerio, y quizás posteriormente su llamado pueda cumplirse de otra manera.

En tercer lugar, *el cuerpo de Cristo nos ayuda a entender dónde podríamos ajustarnos dentro del marco de la iglesia local*. Los líderes de la iglesia en Antioquía estaban ministrando al Señor y ayunando cuando el Espíritu Santo dijo: «Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado» (Hch. 13:2). El cuerpo capacita a sus miembros para que puedan encontrar sus dones espirituales y es el terreno de prueba para un futuro ministerio. A los que son fieles en lo poco se les puede confiar una mayor responsabilidad.

Dios podría optar por confirmar el llamado a través de sucesos especiales de casualidad o de mediación humana. Pienso en la noche que Juan Calvino pasó en Ginebra cuando el fiero predicador Farrel apuntó con su dedo al joven erudito y dijo: «Si usted no se queda aquí en Ginebra y contribuye al movimiento de la reforma, ¡Dios lo va a maldecir!» Algo inusual, diría yo, pero ¿acaso alguien no estaría de acuerdo en que Calvino fue llamado por Dios para ministrar en Ginebra? Por supuesto que este incidente fue, propiamente hablando, la dirección de Dios hacia un lugar geográfico específico, pero nunca limitemos los medios que Dios puede utilizar para conseguir nuestra atención y ayudamos a entender que su mano está sobre nosotros para prestar un servicio especial.

Mi propio llamado al ministerio fue confirmado cuando mi pastor me solicitó que predicara ocasionalmente mientras hacía mis estudios bíblicos. La afirmación que recibí resonó con lo que yo creí era la direc-

ción del Espíritu dentro de mi corazón y mente. Me sentí «llamado» a predicar siendo niño, pero si el cuerpo de Cristo no hubiera confirmado mi convicción, no habría procurado seguir por la senda del ministerio.

Con frecuencia una persona percibe un llamado al ministerio pero no es guiado a una organización o iglesia en particular. Aquí también, Dios utiliza el cuerpo de Cristo o una junta de misiones para aclarar cuál es el siguiente paso. A menudo no somos conscientes de la dirección de Dios, pero al mirar hacia atrás podemos ver cómo su mano ha guiado nuestras vidas. Sin duda, algunas personas que inicialmente estaban inseguras de su llamado, no obstante han hecho un trabajo eficaz para Dios.

Aunque los detalles sean diferentes para cada caso, el resultado final debe ser el mismo: un sentido de la iniciativa divina, una comisión que deja a un hombre o a una mujer con la firme seguridad de que está haciendo lo que Dios desea.

Nuestra respuesta al llamado

Nuestra respuesta al llamado de Dios debería ser de humildad y asombro. Cada uno de nosotros debería contar con un sentido de autoridad y denuedo, deberíamos caracterizarnos por un esmero y una diligencia inusuales para el estudio y la oración. Quizás Jowett adornó esto un poco más cuando escribió: «El llamado del Eterno debe tintinear por los recintos de su alma con tanta claridad como el sonido de las campanas matutinas que se oye por los valles de Suiza, cuando llama a los campesinos a orar y alabar a Dios desde temprano».⁴ Spurgeon solía disuadir a los hombres de entrar al ministerio, les decía llanamente que si podían emprender otra vocación deberían hacerlo. Él quería en el ministerio únicamente a aquellos que tuvieran un fuerte sentimiento de que no tenían ninguna otra alternativa en la vida. Lutero advertía que el ministerio debería ser rehusado, aún si se tuviera más sabiduría que Salomón y David, a no ser que se tuviera el llamado. Y «si Dios te necesita, Él sabrá cómo llamarte».

¿Qué puedo decir de los que se han marchado del ministerio? ¿Deberían sentirse como si hubieran fracasado en su llamado? Por supuesto, es posible que algunos de ellos hayan fracasado, pero eso no significa que Dios no pueda utilizarlos en otras vocaciones, porque Él siempre está obrando a pesar de nuestras fallas. Muchos pastores que han caído pueden ser restaurados como hermanos, pero se han descalificado a sí mismos para ejercer el liderazgo espiritual. Otros simplemente pueden haber considerado el ministerio como una oportunidad entre muchas y

por ende les ha faltado la pasión que los haría profundamente comprometidos con Dios.

Pero bien puede haber otras explicaciones. Tal vez esos ministros tenían el llamado, pero el cuerpo de Cristo les falló, muchos jóvenes han visto arruinados sus ministerios a manos de congregaciones llenas de criticismo y murmuración.

Puede ser que otros no hayan fracasado en lo absoluto, pero los parámetros mundanos de éxito interpretarían su ministerio de ese modo. Isaías tenía un llamado maravilloso, pero desde una perspectiva humana, había fracasado en el ministerio. Sin duda, Dios le dijo que prácticamente nadie escucharía lo que él tenía que decir.

Y también de nuevo, a algunos ministros les puede suceder como a Juan Marcos; desanimados, se dan por vencidos al comienzo, pero pueden llegar a ser efectivos en un ministerio posterior.

No conocemos todos los factores imponderables, pero no permitamos que esas dificultades nos priven de percibir aquel sentido divino del llamado que nos aprovisiona de valor y autoridad. Y como reza el viejo refrán: «Si Dios nos llama a ser predicadores, no nos rebajemos a ser reyes».

Las expectativas de una congregación

¿Podemos ajustarnos a ellas?

«Si tienes la reputación de ser un madrugador, entonces puedes dormir hasta el mediodía».

No recuerdo donde leí este pequeño pensamiento, pero me hizo recordar que la impresión que una congregación tiene de su pastor influye, para bien o para mal, en la efectividad de su ministerio. Si la impresión que se tiene de él es que es deshonesto, inepto o indiscreto, sus palabras y acciones serán interpretadas tras pasar por el filtro de esa rejilla negativa. Si es considerado como alguien piadoso y competente, podrá contar con el beneficio de la duda aún cuando falle.

Con frecuencia, esta situación lo pone en desventaja. Si llegara a perder la aceptación positiva de la congregación, su ministerio podría terminar en poco tiempo. Pero si se esfuerza concienzudamente por establecer y mantener una imagen adecuada, está jugando con el desastre espiritual. A todos nos urge poner este asunto en su perspectiva correcta

Las presiones del ministerio público

Los pastores están continuamente abiertos al escrutinio público. Predique usted nueve mensajes excelentes y uno flojo, y algunas personas únicamente podrán recordar el mensaje intrascendente. Pase usted al lado de un diácono sin reconocerlo, y seguramente herirá sus sentimientos. Y si un miembro quejumbroso y chismoso de la iglesia empieza a murmurar, es evidente que un poco de levadura empezará a leudar toda la masa.

También estamos bajo presión permanente, debido a que son pocos los miembros de la congregación que son conscientes de cuán exigentes

son nuestras obligaciones. Un pastor solicitó a sus diáconos que describieran cómo les parecía a ellos que él manejaba su tiempo. Aunque estaba trabajando setenta horas semanales, tuvieron dificultad para detallar una semana de cuarenta horas. A todos nos ha dado risa el chiste del niño que le dice al hijo del pastor: «Mi papá no es como el tuyo, el mío tiene que trabajar para poder vivir». Pero asimismo duele.

Cuando usted haya obtenido una reputación, le va a quedar difícil desprenderse de ella. Leí acerca de un pastor que estaba en un juego de béisbol cuando un miembro de la iglesia lo necesitaba. El airado parroquiano difundió por todas partes el cuento de que el pastor malgastaba todo su tiempo en el estadio. Aunque el pastor casi arruina su salud y su vida familiar trabajando tiempo extra para corregir la falsa impresión, esta se mantuvo.

Tales impresiones, sean verdaderas o falsas, pueden imponer sobre nosotros una autoridad abrumadora. Si tenemos que ser conscientes de nosotros mismos y nos estamos preguntando todo el tiempo qué tanto le gustamos a la gente, pronto seremos esclavos del pulso de nuestra popularidad y vamos a hacer todo con la mirada puesta en nuestra puntuación.

Al llegar a ese punto es que vamos a perder nuestra autoridad para ministrar. «El temor del hombre pondrá lazo» (Pr. 29:25). Tendremos el deseo de asumir posiciones neutrales en las disputas, esforzándonos con solicitud para poder estar de acuerdo con todo el mundo. No estaremos dispuestos a administrar la disciplina de la iglesia por temor a las críticas. Desistiremos de una postura impopular, aún si esta es correcta. Muchos pastores se dejan intimidar por la confrontación.

No estoy diciendo que debamos ser insensibles. Todos nos hemos topado con el pastor que se siente orgulloso de «no importarle lo que piensen los demás» y que infamemente desprecia los sentimientos de otras personas. Estoy hablando de una falta de coraje y denuedo incluso en asuntos que son rotundos en las Escrituras.

También será difícil que nos alegremos por el éxito de otros pastores. La televisión ha llevado la superiglesia hasta los hogares de nuestros feligreses y las comparaciones son inevitables. Todos nosotros hemos tenido que repicar con entusiasmo cuando escuchamos radiantes comentarios sobre la gran bendición que «tal y tal» ha sido para la vida de uno de nuestros miembros. Queremos regocijarnos también, pero el gozo no llega fácilmente. Incluso hasta podemos deleitarnos en secreto por el fracaso de otro. Un pastor asistente quien se había convertido en una

aparente amenaza para el pastor titular me dijo: «Nada lo complacería más a él que una equivocación mía en cualquier cosa».

Cuando somos demasiado sensibles a lo que otros piensan, también vamos a vivir con culpa, aquel fastidioso sentimiento de que podríamos estar haciendo más al respecto. Dado que por definición nuestro trabajo nunca se termina, entonces lo llevamos con nosotros a casa. Mi esposa le podría decir que algunas veces no estoy en casa aunque esté presente físicamente. Estoy preocupado por las presiones del día y las que tengo que afrontar al día siguiente.

En el proceso, nuestra fe se va desgastando. Cristo formuló esta pregunta a los fariseos: «¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?» (Jn. 5:44). El deseo de recibir la adulación de los hombres y la fe para ministrar se suprimen mutuamente, ya que si buscamos la una, la otra se nos va a escabullir.

Cuando Jesús tuvo un conflicto con los fariseos, quienes de alguna manera no respaldaban con tanto entusiasmo su ministerio, Él les dijo: «Porque el que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada» (Jn. 8:29).

¿Cómo podemos llegar a tener esa clase de libertad y un solo sentir?

Libertad para servir

Nuestro Señor era libre de las opiniones que los hombres tenían acerca de Él. Aunque Cristo se interesaba por lo que pensaban porque sabía que su destino eterno dependía de si creían o no en Él, nunca premeditó sus acciones para ganar el aplauso de las multitudes. La voluntad del Padre era todo lo que importaba, y si el Padre era agradado, el Hijo estaba complacido. Por eso es que Él se sentía igual de satisfecho al lavar los pies de los discípulos y al predicar el Sermón del Monte.

He conocido a pastores que fueron así, sumisos, seguros, y libres de acciones motivadas por un deseo de recibir alabanza de los hombres. Ellos no sintieron ninguna necesidad de demostrar algún tipo de protagonismo teatral, ni de admitir a regañadientes los éxitos de otras personas, sino solamente la libertad y el gozo de trabajar para el Señor.

¿Qué características podríamos esperar tener si llegáramos a esa situación de sumisión?

Primero, *no dejaríamos que la gente nos obligara a ajustarnos a su molde*. Todos vivimos con la tensión entre lo que somos y lo que los demás quieren que seamos. Quisiéramos cumplir las encumbradas ex-

pectativas que muchas personas tienen para nosotros, pero no lo podemos hacer. Si nos conocemos a nosotros mismos y somos realistas en cuanto a nuestras fortalezas y debilidades, no vamos a creer que seamos la provisión de Dios para todas las necesidades humanas.

Cristo también tuvo que enfrentar esta tensión. Después de haber alimentado a la multitud, esta procuró coronarle como rey. Pero Él se retiró al monte solo, rehusando siquiera considerar la oferta, aunque Él sabía que esto desilusionaría a sus seguidores. Sus milagros generaban expectativas a las que simplemente no podía dar cumplimiento en ese momento. Sin embargo, antes de su muerte, Él pudo decir que había completado la obra del Padre, aunque cientos de personas seguían estando enfermas y miles más no habían creído en Él. Pero la presión de aquellas necesidades no perturbó la visión que tenía de agradar únicamente al Padre.

Entre más bendición reciban las personas por nuestro ministerio, mayores serán sus expectativas en cuanto a nosotros. Si se lo permitimos, nos llevarán a creer que somos los únicos que pueden guiar las personas a Cristo, aconsejar a los que tienen problemas emocionales, o hacer visitas en los hospitales. Haremos bien en atender las palabras de Juan Bunyan: «El que no es muy alto no tiene por qué temer a una caída».

Y si creemos que somos la respuesta de Dios a cada necesidad, también aceptaremos cada invitación a almorzar, asistiremos a todas las reuniones de comité, y nos comprometeremos con todas las ofertas de predicar en otros lugares cuando se nos pida, todo a expensas de nuestra vida familiar, nuestra salud, y más que todo, de nuestra relación con Dios.

No permitamos que nuestros éxitos nos lancen a desempeñar un papel que está más allá de nuestras fuerzas y capacidades. La imagen que tenemos de nosotros mismos debe ajustarse permanentemente para cuadrar con la realidad. Decir «no» de una manera agraciada es una característica esencial del hombre que ha sometido su voluntad a Dios.

Segundo, *nos beneficiaríamos de las críticas*. A nadie le gusta que lo critiquen, particularmente cuando es injusto. Además, usualmente no nos dan la oportunidad de presentar nuestro lado de la historia sin que nos arriesguemos a ser otra vez mal interpretados. Y sin embargo algunas veces, incluso cuando las críticas son válidas, nuestro orgullo nos impide aprender de la experiencia. Cuando pensamos de nosotros más de lo que debiéramos, podemos llegar a creer que estamos más allá de toda corrección.

Pablo también recibió críticas. Él estuvo bajo el fuego por haber ido a

los gentiles y fue a prisión porque se rehusó a negociar la pretensión de inclusión del evangelio. Algunas veces las condenas eran personales y encarnizadas: «Sus cartas son severas y duras, pero la presencia física es poco impresionante, y la manera de hablar menospreciable» (2 Co. 10:10 BLA). Pero él no abandonó su determinación porque sabía que Dios lo reivindicaría.

Todo líder tiene sus críticos. Si somos especialmente sensibles, si no podemos tolerar diferencias de opinión, y si rehusamos aprender de las críticas, es porque todavía nos aferramos a nuestras reputaciones.

Se divulgaron muchas mentiras sobre el predicador de avivamiento George Whitefield, para desalentar a las multitudes y lograr que no lo escucharan, pero él respondía diciendo que podía esperar hasta que Dios trajera el juicio final. Un hombre de fe como este no puede ser destruido.

Tercero, *no temeríamos que se deje ver nuestra humanidad*. Nuestras congregaciones creen que somos diferentes, que estamos exentos de las luchas emocionales y espirituales que tienen los demás. Después de todo, si no estamos caminando en permanente victoria, ¿qué otra persona queda para poderse apoyar en ella? Hay muy poco surtido de héroes, y un pastor que haya sido de bendición para su rebaño se constituye en buen candidato para desempeñar ese papel.

Si nos negamos a hablar de nuestros fracasos y compartimos únicamente nuestras victorias, estaremos contribuyendo a reforzar esa imagen distorsionada. Eventualmente vamos a darle vía libre al mito. Un pastor confesó exhausto: «Mi congregación espera que yo sea perfecto». Yo le sugerí que estuviera dispuesto a ayudarle a su gente a «desmitificarlo» dejando discretamente que se notaran al menos algunos de sus defectos.

Nuestra falta de autenticidad crea una carga muy pesada de sobrellevar. Al estar luchando bajo su peso, llegaremos a asumir que sin duda hemos logrado nuestras metas espirituales y permanecer ciegos frente a nuestras insuficiencias o acabar con nuestra existencia por tratar de vivir conforme a las expectativas de los demás. También tendremos la tendencia a aislarnos, con temor de que las personas sepan quiénes somos en realidad.

Pero ¿acaso qué pastor no ha hecho algunas cosas de las que esté avergonzado? Si nuestras congregaciones pudieran abrir nuestras mentes para examinarlas, todos renunciaríamos por la vergüenza y el oprobio. Podemos ayudar mejor a nuestra gente si les dejamos saber que estamos en

pie de lucha junto a ellos en la conquista de la rectitud, y no por encima ni en otro lugar que no sea a su lado, donde supuestamente no puedan alcanzarnos los dardos de Satanás y las pasiones de la carne. La honestidad transmite un mensaje mucho más positivo que un falso sentido de perfección.

Un miembro de iglesia le escribió una carta a su pastor preguntándole en parte: «¿Usted es tan humano como nosotros? ¿Ha luchado con algunos de los mismos problemas que nosotros enfrentamos durante la semana? ¿Hay peleas en su hogar? ¿También se le rompe el corazón? ¿Siente angustia? ¿No va a compartir también eso con nosotros, así como nos comparte su doctrina, su teología, su exposición?»

Por último, *no veríamos el éxito de otro como una amenaza a nuestro propio ministerio*. Cuando el Espíritu Santo vino sobre los setenta ancianos durante el ministerio de Moisés, hubo dos hombres que siguieron profetizando. Josué, celoso por la reputación de Moisés, sugirió que les prohibiera hacerlo. Pero Moisés contestó: «¿Tienes tú celo por mí? Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta, y que Jehová pusiera su espíritu en ellos» (Nm. 11:29).

He aquí un hombre que podía regocijarse ante el éxito de los demás. Él no quería guardar su don para sí, ni tenía que defender su llamado al ministerio. Muchos pastores se inquietan por el éxito de otro, especialmente si ese individuo forma parte de su equipo. El hecho de que Dios algunas veces utilice a los que son menos talentosos, o incluso menos auténticos de lo que quisiéramos, saca a la superficie el pecado de la envidia.

Pero la persona que ha muerto a sí misma se inclinará con humildad, resistiendo la tentación de la envidia porque sencillamente Dios es generoso. En la parábola de los obreros en el viñedo, el dueño del terreno dijo a los que habían trabajado más horas y se habían quejado por recibir la misma paga: «¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿O tienes tú envidia, porque yo soy bueno?» (Mt. 20:15).

Es Dios quien tiene la prerrogativa de bendecir a algunas personas más de lo que consideramos que debería hacerlo. Si no fuera por esa gracia, todos estaríamos perdidos. Los amigos de Juan el Bautista estaban preocupados porque algunos de sus discípulos se estaban apartando para seguir a Cristo. Juan respondió: «No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo» (Jn. 3:27).

Si creyéramos esas palabras, nos libraríamos de todas las comparaciones, la competencia y la falta de espontaneidad en el ministerio. Po-

dríamos servir con un corazón alegre al aceptar nuestro papel. Después Juan añadió: «Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe» (v. 30).

Aún si nuestro ministerio tenga que verse reducido, podemos aceptarlo más fácilmente si Cristo es honrado a través de nuestra sumisión a su voluntad. Ya que nuestro ministerio es dado por Dios, no podemos tomar el crédito por él ni insistir en que continúe a nuestro antojo.

Si nos hemos dedicado a agradar a los hombres, arrepintámonos. Tal actitud es una afrenta a Dios porque sutilmente nos estamos predicando a nosotros mismos y no a Cristo.

Si usted tiene la reputación de ser un madrugador, entonces puede dormir hasta el medio día. Pero Dios sabe a qué hora sale de la cama, y su impresión es la que realmente cuenta.

Sobreviviendo a una escaramuza

¿ Cómo debe ser nuestra relación con el consejo de la iglesia ?

Quizás el punto de presión más sensible en la organización de una iglesia es la relación entre el pastor y la junta o el consejo de la iglesia. Los detalles difieren, pero la historia es la misma: el pastor quiere llevar la iglesia en una dirección, y la junta lo quiere hacer en otra. El pastor cree que recibe sus órdenes de Dios así que más vale que el consejo lo siga. Pero la junta no está convencida y se empeña en mantener su posición, pertrechándose para una larga lucha de poder.

Pueden sobrevenir divisiones por cualquier asunto, desde un programa de construcción para la ampliación del edificio, hasta el simple orden del culto dominical. Pastores y juntas se han separado por cuestiones como si debe servirse o no vino en la Santa Cena, si los divorciados pueden enseñar en la escuela dominical, o si el tapete debería ser azul o rojo.

Con frecuencia el asunto en sí es irrelevante, lo que cuenta es quién gana. Lo que está en juego es el poder, y debe resolverse la cuestión de quién está a cargo. Eventualmente el asunto se dará por concluido pero muchas veces a costa de una división.

Como pastores, a veces establecemos divisiones por nuestra cuenta. Para algunos pastores, someterse al consejo es una síntoma de debilidad y la negación de un mandato de Dios. Algunos pensamos que ser llamado por Dios es garantía de que conocemos la voluntad de Dios para nuestras congregaciones. Además, podemos creer que Dios bendice únicamente a los pastores que se mantienen firmes en sus posiciones sin importar el costo. Nuestro deseo de reivindicarnos es bastante fuerte. Si

nuestros egos no son doblegados por la cruz, incluso nos veremos tentados a usar incorrectamente las Escrituras para advertir a nuestros detractores que más les vale «no tocar al ungido del Señor».

Entre más dictatorial sea el pastor, más le será necesario salir ganando en todos los asuntos. Él interpreta hasta las cuestiones baladíes como temas de votación que competen a su posición de liderazgo, de tal modo que pueda salirse con las suyas todo el tiempo. Y si la junta no accede a sus caprichos, recurre a la presión prescindiendo de la junta y apelando directamente a la congregación o coaccionando a otros líderes de la iglesia. También puede suceder que escriba una carta no autorizada a la congregación para defenderse a sí mismo en interés de la verdad y por razones de «rectificar la descripción de los acontecimientos». Desafortunadamente, pocos pastores están dispuestos en la actualidad a dejar algunas disputas al Señor para que Él las resuelva desde su trono de justicia. Es posible que el tal pastor no se dé cuenta de que lo poco que gana en su lucha de poder lo pierde en credibilidad y respeto.

Pedro entendía de manera diferente el papel de un anciano: «Apacientad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonestas, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey» (1 P. 5:2-3).

Cristo enseñó que la cualidad primordial del liderazgo era el servicio, no un espíritu dictatorial. Los gentiles buscaban superioridad y control; los creyentes deberían buscar humildad y sumisión. En el Nuevo Testamento el único caso claro de dominio personal de un solo hombre es el de Diótrefes, a quien le encantaba tener la preeminencia (3 Juan 9).

Sin embargo, no estoy sugiriendo que la junta sea siempre inocente. He escuchado bastantes historias de horror sobre consejos de iglesia que han llevado a sus pastores a una renuncia innecesaria. Pero me gustaría sugerir algunos principios básicos que pueden ayudarnos al concertar en medio de las inevitables diferencias que se presentan.

El principio de rendir cuentas

Todos los que formen parte del consejo, incluyendo el pastor, deben sujetarse al consenso del mismo. Después de haber realizado un estudio exhaustivo de todos los pasajes relevantes sobre el tema en el Nuevo Testamento, Bruce Stabbert afirma en su libro *The Team Concept* (El concepto de equipo): «De todos estos pasajes, no hay ninguno que describa una iglesia que sea gobernada por un pastor solamente».⁵

Por supuesto, en los estatutos de los bautistas los diáconos asumen normalmente las responsabilidades que los ancianos tenían en el Nuevo Testamento. Pero el principio de pluralidad de liderazgo todavía se aplica, sin importar la manera en que se organicen las iglesias. Por lo tanto, el pastor no tiene ninguna autoridad para actuar con independencia de su consejo. No puede desautorizar su voto con una apelación a su llamado divino, porque sencillamente todos los ancianos tienen la misma autoridad y ellos también tienen un llamado divino, aunque este sea para desempeñar un papel y una responsabilidad diferentes.

El pastor tampoco debería amenazar con su renuncia a menos que la controversia justifique su dimisión. Más de una junta se ha reunido para confrontar los pretextos de un pastor y obligarlo a tragarse sus palabras o dar cumplimiento a sus amenazas.

¿Pero qué pasa si la junta obviamente está en un error? Si el asunto involucra una verdad eterna, como ocurre con cuestiones doctrinales o morales importantes, el pastor debe advertir al ofensor acerca de las consecuencias. Hay veces en que puede ser necesario un fraccionamiento. Como el apóstol Pablo enseñaba: «Porque es preciso que entre vosotros haya disensiones, para que se hagan manifiestos entre vosotros los que son aprobados» (1 Co. 11:19).

Pero muy rara vez he escuchado de una división que se haya debido a un error doctrinal o moral. Usualmente se debe al programa de construcción, al estilo de liderazgo del pastor, o a engorrosos programas de la iglesia.

Cuando surgen dificultades, el pastor se siente a menudo relegado, no valorado e incomprendido. Entonces puede tomar control el deseo innato que todos tenemos de justificarnos, y el pastor se propone quedarse hasta que se haga justicia.

Sin embargo, Pablo nos advierte que no nos vengamos sino que dejemos a Dios arreglar las cuentas. Bienaventurado es el pastor o anciano que puede aceptar las ofensas sin hacer concesiones pero también sin tomar represalias. Aclarar la cuestión es una cosa, pero insistir en una actitud defensiva es otra completamente distinta.

Sin importar cuánto trate de convencer a la junta sobre su punto de vista, el punto final es que él debe someterse a su autoridad a menos que se ponga en juego un punto evidente de las Escrituras. Es mejor irse que quedarse a demostrar una opinión o a obtener «justicia».

Liderazgo por medio del consejo

El pastor debe compartir su visión con aquellos a quienes debe rendir cuentas. En este empeño el tiempo y la paciencia traen fructuosos dividendos cuando el consejo como un solo hombre para tomar decisiones en beneficio del cuerpo.

Pero ese tipo de unidad viene únicamente como resultado de la oración y el trabajo duro. Si el pastor anterior tenía una mala reputación, la junta requerirá tiempo para desarrollar una confianza en la integridad del nuevo pastor. Habrá un período de prueba hasta que se establezca una confianza mutua.

Cuando se toma una decisión en grupo, también hay una responsabilidad compartida, ¿acaso esto significa que el pastor no debería ser un líder fuerte? No en absoluto. La mayoría de juntas esperan que su pastor tome la iniciativa para dirigir el ministerio. En 1 Timoteo 5:17 Pablo escribe: «Los ancianos que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor, mayormente los que trabajan en predicar y enseñar».

El Nuevo Testamento permite el liderazgo fuerte dentro de la pluralidad de ancianos. Sin embargo, si el pastor se impone sobre la junta y no le permite ser una parte integral en el proceso de toma de decisiones, sus miembros eventualmente se polarizarán en contra suya. Por supuesto que una junta puede tener diversidad de opiniones en tomo a una propuesta, pero el pastor y el consejo deben estar dispuestos a orar y esperar hasta que surja un consenso.

Una palabra de cautela: algunas veces el consejo de la iglesia no se mantiene en sus decisiones si algunos miembros dieron su voto afirmativo solamente por complacer al pastor o en favor de la unidad. Conozco un caso en el que la junta votó unánimemente para solicitar la renuncia de un miembro del equipo, pero algunos miembros se retractaron después de haber ido a casa y hablar del asunto con sus esposas. La habilidad de percibir si una junta está comprometida con una idea o solamente va de acompañante es de por sí un arte.

La responsabilidad del consejo con el consejo

El consejo debe evitar que sus miembros se proponen. La siguiente escena ha tenido lugar miles de veces. Un miembro de la junta, usualmente el «jefe de la iglesia» aunque no oficialmente, tiene comezón de ser reconocido y tener control. Empieza a oponerse al pastor y hace creer que habla por los demás. Los demás miembros del consejo están intimidados después de todo —ellos reflexionan— él ha estado en la

iglesia por años, y su esposa toca el piano. Así se sientan con la esperanza de que el problema se desvanezca. Pero este solamente empeora, y se dispersa la discordia.

En una iglesia, un anciano arruinó el ministerio de tres pastores usando la misma estrategia. En el primer año se hacía amigo del pastor y en el segundo se volvía en su contra. Gracias a su influencia podía generar la suficiente oposición para azuzar una confrontación. La junta fue incapaz de lidiar con el problema, así que los miembros dejaron que continuara.

Desafortunadamente, la junta cree usualmente que se puede prescindir del pastor. Los pastores vienen y van, pero el anciano se queda por siempre. El consejo debe tener la fortaleza para disciplinar a sus propios miembros. Si no lo hace, los líderes de la iglesia adoptarán un doble parámetro, y la obra de Dios será obstaculizada.

Pablo da algunas instrucciones específicas para la confrontación de un anciano. Una acusación no debería ser recibida excepto sobre la base de dos o tres testigos, y si el anciano persiste en el pecado, debe ser reprendido públicamente (1 Ti. 5:19-20). El pastor debe contar con la cooperación de otros miembros de la junta cuando llame a un anciano a rendir cuentas.

Si Satanás no puede alcanzar a un pastor para arruinar su propia reputación, tratará de crear fricciones entre el pastor y el consejo. Sin unidad, no podemos conquistar al mundo ni al enemigo. Como Benjamín Franklin dijo al firmar la Declaración de Independencia: «Todos tenemos que colgar juntos, o seguramente seremos colgados por separado».

Redoblemos nuestros esfuerzos para obedecer la amonestación de Pablo de ser «solicitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz» (Ef. 4:3). Cualquier cosa menos que eso hará que el cuerpo de Cristo trabaje en contra de sí mismo.

Y ahora, que empiece el trabajo arduo.

Gente problemática

¿Confrontar o ceder?

Un amigo mío, recién salido de una universidad cristiana, se convirtió en el pastor de una pequeña iglesia rural. Un día, los ancianos le pidieron que visitara a un miembro acomodado que no había venido asistiendo con regularidad aunque continuaba contribuyendo para las arcas de la iglesia.

«Creemos que el hombre ni siquiera es cristiano», dijeron. Así que por su insistencia, él visitó al anciano caballero y le preguntó abiertamente si era salvo. El hombre se indignó por la osadía del pastor al sugerir que él, un hombre hecho y derecho, no era cristiano.

Varias semanas después el edificio de la iglesia se incendió. La congregación se reunió en el salón de una escuela para decidir qué hacer. Cuando ya habían decidido reconstruir, el hombre cuya salvación había sido cuestionada se puso en pie.

«Este joven tuvo el descaro de cuestionar mi vida cristiana», declaró. «¿Qué sugieren que hagamos al respecto?»

El hombre se sentó con un ínfimo de ser importante para esperar una respuesta.

Hubo silencio.

«Yo digo que lo liquidemos como pastor», dijo el hombre.

Hubo algo de discusión, pero ninguno de los ancianos se levantó a defender su pastor y explicar que había actuado a petición de ellos. Más tarde se hizo una votación, y le dieron al joven dos semanas para renunciar.

Después de la reunión, nadie se acercó a hablarle excepto un encargado del mantenimiento en la escuela que había alcanzado a escuchar lo que había ocurrido a través del sistema de altoparlantes. El pastor aban-

donó el edificio y empezó a caminar en medio de una lluvia apabullante, milla tras milla, casi sin saber hacia donde se dirigía.

Eso ocurrió hace treinta y cinco años. Él nunca ha pastoreado otra iglesia, ha servido al Señor como laico, pero esa devastadora experiencia nunca pudo borrarse de su memoria.

Técnicas de oposición

La mayoría de nosotros no ha tenido una experiencia como esa, pero tal vez hemos tenido miembros de la junta que nos apoyaron en reuniones entre semana pero nos criticaron ante otros el domingo. Todos hemos tenido que trabajar con personas llenas de negativismo, crítica e insolencia. En una iglesia, hay un hombre que diligentemente toma notas con la intención de mantener bien encarrilado al pastor en su teología. Después de cada servicio confronta al pastor, explicándole cómo podría mejorar su predicación.

Recientemente, un pastor me contó acerca de un feligrés que se oponía a su ministerio. El crítico se acercaba a un miembro de la congregación para tirarle un poco de camada.

«Sabes, me he reunido con personas de la congregación que cuestionan si el pastor debería o no...»

Si la persona decía que apoyaba incondicionalmente al pastor, el hombre se alejaba. Como afirmaba estar hablando a nombre del resto de la congregación, no tenía que enfrentar un riesgo personal. Pero si la persona expresaba que estaba de acuerdo en algo, el crítico plantaba amargas semillas de discordia. Era un recolector de basura, iba de una persona a la otra recolectando quejas. Eventualmente, provocó suficientes problemas como para obligar a que el pastor renunciara.

Irónicamente, algunas veces la persona que entabla amistad con el pastor cuando éste llega por primera vez, es la misma que después se vuelve en su contra. El hombre se acerca atraído hacia el pastor porque quiere informarle cómo son todas las cosas en realidad. Pero si el pastor no está de acuerdo con él en todo lo que dice, pronto se convierte en su adversario y para él su mayor frustración es ver triunfar al pastor.

La persona problemática no se ve a sí misma como alguien difícil de sobrellevar, sino más bien como un miembro leal de la congregación que solamente está cumpliendo con su deber. Muchas de estas personas han enviado a un pastor a la tumba antes de tiempo, bien sea inconscientes de su propia influencia destructiva, o creyendo sinceramente que el pastor merecía ser castigado. Recuerde, las personas resentidas y

quejumbrosas siempre tapizan sus acciones con porciones de las Escrituras; ellos hablan de tener «los mejores intereses por el pastor en sus corazones». Tanto la espiritualidad como la Biblia pueden ser manipuladas y acomodadas para justificar una conducta egoísta o necia.

Este problema es difícil, ya que la mayoría de gente problemática no se enfrenta directamente al pastor para arreglar las cosas con las que no están de acuerdo. Pasan por alto la enseñanza de Cristo acerca de ir directamente a la persona con la que se tiene una desavenencia (Mt. 18:15-17). Prefieren dar su discurso en una reunión pública donde puedan afirmar que hablan en nombre los demás, y donde puedan al mismo tiempo enviciar la atmósfera de toda la iglesia. Para el pastor puede ser difícil defenderse por temor a ser visto como una persona no espiritual. Y aún si puede acceder a una legítima defensa, el daño ya se ha hecho.

En una ocasión un anciano que guardó silencio cuando la junta votó para solicitar un préstamo para un programa de construcción, se puso de pie en una reunión de toda la congregación e insistió en que la iglesia estaba en pecado porque había decidido pedir dinero prestado. La división que ocurrió como resultado tardó un año en resolverse. Por supuesto, a él nunca se le ocurrió que estaba en pecado por escarmentar públicamente a la iglesia en lugar de expresar su preocupación en las reuniones de la junta y operar mediante los conductos regulares y adecuados de autoridad.

Cómo manejar dragones

¿Qué hacemos para controlar a las personas difíciles de nuestra congregación? Primero, debemos escuchar cuidadosamente lo que están diciendo, es posible que tengan razón. Algunos pastores son tan sensibles a la crítica que tienden a rechazar todos los comentarios negativos. Pero incluso si consideramos que la persona ha sido injusta, puede haber algo de verdad en lo que ha dicho.

Muchos problemas potenciales se han disipado cuando simplemente prestamos atención sincera a lo que dice nuestro amigo. De hecho, es posible que nos esté haciendo un favor. «Corrige al sabio, y te amará» (Pr. 9:8). Otros en la congregación pueden tener las mismas críticas pero no han sentido libertad para contárselas. En *Well-Intentioned Dragons* (Dragones bien intencionados), Marshall Shelley escribe: «Los disparos aislados deben ignorarse, pero cuando vienen de varias direcciones, es hora de prestar atención. Como alguien dijo una vez: “Si alguien te llama burro, ignóralo. Si dos personas te llaman burro, revisa para ver

dónde hay huellas de cascos. Si tres te llaman burro, consigue una montura.”»⁶

Después de escuchar las críticas del amigo, usted debe poner el problema en perspectiva. Puede ser que reciba cientos de halagos, pero esa sola crítica es lo que va a rondar en su mente. Muchos pastores han pasado noches sin dormir debido a un solo comentario negativo.

Pero ahora es tiempo de hacer un análisis circunspecto. ¿Por lo menos en parte es correcta la crítica? ¿Se debe a una diferencia en el estilo o en la filosofía del liderazgo, o puede tratarse de un conflicto de personalidades? Si usted ha herido los sentimientos de alguien, aún si fue sin ninguna intención, humíllese y pida perdón. Si puede resolver la diferencia con una reunión personal, recurra a todos los medios para ello.

Un pastor había percibido durante meses que había problemas con un miembro opositor de la junta, pero se resistía a tener un almuerzo con el hombre porque temía la confrontación directa. Su negativa sólo sirvió para incrementar el alejamiento mutuo hasta el punto que la reconciliación se hizo imposible.

No todos los desacuerdos son necesariamente malos o evidencia de carnalidad. Recuerde, Bernabé quería llevar a Marcos en el segundo viaje misionero, pero Pablo no estuvo de acuerdo y le recordó que el joven ya los había abandonado en Panfilia. Lucas escribió: «Y hubo tal desacuerdo entre ellos, que se separaron el uno del otro; Bernabé, tomando a Marcos, navegó a Chipre» (Hch. 15:39).

Algunas veces no hay una respuesta fácil a la cuestión de quién está en lo correcto y quién está equivocado. Si es posible, implemente una solución que se acomode a las quejas legítimas del crítico. Tal vez pueda cambiar el orden del culto de vez en cuando o empezar a dar esa clase bíblica. Muchos agentes generadores de problemas se han disuelto gracias a una razonable transigencia.

Pero hay algunos críticos (Shelley los llama «dragones») que nunca quedarán satisfechos. Todos hemos tenido críticos que nos criticaban (y también a los demás) para aplacar sus propios problemas personales; es posible que hayan tenido inconvenientes con su ego que se nieguen a ser resueltos. Son como el borracho que al salir de la cantina se había untado el bigote con un poco de queso con olor penetrante. Mientras daba tumbos en la noche bella y despejada murmuraba diciendo: «¡Todo el mundo apesta!»

Con una persona así, debe tomarse una decisión. Pregúntese: «¿Cuál es mi sentimiento profundo sobre este asunto? ¿Puedo vivir con la si-

tuación, aceptándola como un medio que Dios utiliza para pulir mi carácter?» Charles Spurgeon dijo: «Consiga un amigo que le diga sus faltas, o mejor aún, reciba a un enemigo que lo observe agudamente y lo agujeronee sin piedad. ¡Qué bendición será un crítico así de irritante para el hombre sabio, y qué molestia tan insoportable para un necio!»⁷

Asumiendo una posición

Pero tal vez usted piense que el asunto es lo suficientemente importante como para arriesgar su reputación. Si no parece haber solución, y si el altercado interfiere con su capacidad para ministrar, entonces usted debe remitir el asunto a la junta y prepararse para aceptar las consecuencias.

Las Escrituras nos enseñan que aquellos que se conducen de forma insensata deben ser disciplinados. Pablo escribió: «Si alguno no obedece a lo que decimos por medio de esta carta, a ése señaladlo, y no os juntéis con él, para que se avergüence. Mas no lo tengáis por enemigo, sino amonestadle como a hermano» (2 Ts. 3:14-15).

Si la junta lo respalda con resolución y amonesta a los que siembran discordia, usted puede continuar confiadamente con su ministerio. Si ha cimentado relaciones sólidas con los miembros del consejo, ellos estarán preparados para darle a su punto de vista la consideración del caso. Pero si la junta considera que las críticas son justificadas, o si los hombres son muy débiles para hacer frente a los que estarían dispuestos a polarizar la iglesia, puede ser que no tenga otra salida más que renunciar. Rara vez la decisión de «quedarse sin importar qué pase» tiene buenos resultados.

Desafortunadamente, los miembros de la junta tienden a aliarse con los que han sido sus amigos en la iglesia por muchos años. Particularmente es difícil cuando el que arma el problema está casado con la directora del coro o tiene parientes en otras cuatro familias de la congregación. Desgraciadamente la mayoría de nosotros no puede manejar problemas con plena objetividad; amistades, viejas lealtades e información parcial muchas veces nublan nuestra capacidad para actuar como debiéramos.

En una iglesia ocurrió que toda la junta se opuso al pastor debido al poder persuasivo de una mujer que indirectamente había controlado la iglesia por años. En una pugna contra el pastor, llegó hasta a sugerir que este se divorciara de su esposa, ¡aunque ya llevaban treinta y ocho años de feliz matrimonio! Y a pesar de eso los miembros de la junta estaban

tan sugestionados por ella, que aceptaron sus críticas y el pastor se vio en la obligación de dimitir.

En tales situaciones, un pastor puede o bien cargar con todas sus heridas y estropear así su rendimiento para Dios en el futuro, o reparar la injusticia. Este pastor en particular encomendó el asunto al Señor, creyendo que Dios desenredaría totalmente el embrollo desde su trono de justicia. Él ha sido bendecido de maneras especiales y sin duda alguna será utilizado por Dios en el futuro. Peter Marshall dijo: «Es un hecho de la experiencia cristiana que la vida consista en una serie de cráteres y cumbres. En los esfuerzos que Dios realiza para adquirir la posesión permanente del alma, recurre más a los cráteres que a las cumbres. Y algunos de sus hijos especiales y predilectos han tenido que atravesar cráteres más extensos y profundos que cualquier otra persona».⁸

Cuando nos encontremos con dragones que resultan ser creyentes, recuerde que Dios también los ama. Él nos puede usar en sus vidas, pero Él también puede utilizarlos en las nuestras. No existe una respuesta correcta a todas las situaciones. Pero Shelley sí establece una regla esencial: *Cuando seas atacado por un dragón, ten cuidado de no convertirte en uno.*

Como dijo mi amigo: «Dios va a tener que desenredar muchas cosas en el trono de la justicia». Algunas veces es mejor dejarle el problema a Él que tratar de resolverlo nosotros mismos.

La predicación

¿ Cómo alcanzar esas almas ?

Charles Spurgeon entró una vez a un auditorio y para probar la acústica exclamó: «¡He aquí el Cordero de Dios, que quita al pecado del mundo!» Un obrero que lo alcanzó a escuchar fue sacudido por la convicción y se convirtió.

Algunos predicadores obtienen mejores reacciones que otros. Si diez pastores predicaran el mismo mensaje palabra por palabra, los resultados no serían los mismos. Algunos pastores transpiran carisma al instante, otros son más doblegados al Espíritu o tienen mayores dones. No es solamente *qué* se dice sino *quién* lo dice, lo que puede hacer la diferencia.

Puede suceder que los sermones de buen contenido no causen impacto por muchas razones. Tal vez la razón más común de esto es que son predicados sin ningún tipo de sentimientos. Todos hemos caído en el agujero de haber predicado la verdad sin sentirla. Hemos pronunciado con monotonía un mensaje como si fuera un informe del mercado accionario al final de un tedioso día de transacciones. Vance Havner dijo: «Nunca he escuchado un sermón del que no haya obtenido algo, pero he tenido algunos episodios muy cercanos».

Cuando era adolescente, me preguntaba por qué el pastor no hacía copias de sus mensajes y los enviaba por correo, así podríamos recibir sus verdades sin tener que hacer el esfuerzo de ir a la iglesia. Ahora me pregunto si albergaba esos pensamientos debido al hecho de que el pastor predicaba con tanta apatía, que al pronunciar el sermón casi que no añadía nada al mensaje.

Predicar no es simplemente dar un mensaje. «¿Es la predicación el arte de fabricar un sermón y después transmitirlo?» preguntó el obispo

William A. Quayle. «Claro que no, eso no es predicar. ¡*La predicación es el arte de fabricar un predicador y transmitir eso mismo!*» Es la entrega del predicador mismo lo que está ausente de muchos pulpitos en las mañanas dominicales. Muchos predicadores no tienen fuego en sus huesos.

Michael Tucker, un pastor de Colorado, escribe acerca de un predicador efectivo: «La predicación debe hacer bombear su corazón hasta que él viva y respire el mensaje. El mensaje lo perseguirá, lo arrastrará, e incluso hará explosión dentro de él. Tan grande será el deseo de predicar que le será difícil esperar el momento de transmitir el mensaje de Dios.»

George Whitefield predicaba con intensidad. Él le escribió a un amigo: «Habla en cada oportunidad como si fuera la última vez. Si es posible, saca con lágrimas cada argumento, y como sea motívalos a exclamar: “¡Mirad cuánto Él nos ama!”»

El teólogo jesuita Walter Burghardt deplora los desgastados comentarios que los sacerdotes hacen en sus homilías. Se lamenta de que los laicos de la iglesia católica romana están «confundidos por nuestra capacidad para declamar sobre lo divino sin una triza de sentimiento o emoción». Sus palabras se aplican también a muchos ministros evangélicos.

Tres estilos de predicación

Richard Owen Roberts, autor del libro *Revival* (Avivamiento), habla de tres niveles en la preparación de un sermón. El primer nivel es la predicación de *boca a oído*. Este se da cuando un hombre tiene un gran esmero en la selección y organización de sus palabras. Es consciente de la necesidad de presentar buenas ilustraciones y vividas descripciones. Es prolijo al trabajar en frases claves y expresiones únicas. El oyente típico responde diciendo: «¡Qué sermón tan lindo, realmente lo disfruté!»

También está la predicación de *cabeza a cabeza*, que estimula el pensamiento y plantea desafíos para las mentes de los oyentes. El predicador apunta a ser bien organizado, riguroso teológicamente, y esclarecedor. A la salida en la puerta escucha que le dicen: «Ese fue un gran sermón, nunca antes había pensado en eso».

En la predicación de *alma a alma*, el predicador pasa horas preparando su mensaje, pero también pasa el mismo tiempo preparando su alma. Solamente esa clase de predicación trae como resultado conversiones y santidad personal.

Eso explica por qué algunos de los predicadores más efectivos no son los más elocuentes. Algunos predicadores que tienen dones ordinarios son usados de maneras extraordinarias porque no sólo entregan el mensaje sino que también se dan ellos mismos. De forma bastante literal, ellos se convierten en el mensaje que predicán.

Las tres personas participan en la predicación

¿Qué podemos hacer para predicar de tal forma que sacudamos las emociones y conmovamos la voluntad? No lo vamos a lograr gritando, ni tampoco relatando las historias dramáticas. Debemos ser íntimamente conscientes de las tres personalidades que participan en el acto de la predicación.

La primera persona es *Dios mismo*. Pedro escribió: «Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios» (1 P. 4:11). Un predicador habla de parte de Dios, si el sermón es aburridor, repetitivo o desganado, esa es la impresión que la congregación va a tener del mensaje de Dios.

¿Acaso Dios no tiene una palabra relevante para el día de hoy? ¿No ha hablado con claridad sobre los problemas que enfrentan los miembros de nuestra congregación? ¿Puede Él demoler muros de odio y desconfianza entre familias y creyentes? Todas estas y cientos de otras preguntas están siendo contestadas cuando hablamos de su parte.

No podemos representarlo efectivamente a no ser que pasemos tiempo meditando en sus atributos. Debemos quedar pasmados ante su santidad tal como esta se manifiesta en la revelación con truenos del monte Sinaí, asombrados ante su soberanía palpable en la creación y en la historia, atónitos ante su amor expuesto en la cruz.

Porque así dijo el Alto y Sublime,
el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo:
«Yo habito en la altura y la santidad,
y con el quebrantado y humilde de espíritu,
para hacer vivir el espíritu de los humildes,
y para vivificar el corazón de los quebrantados».
(Is. 57:15)

Debemos ser diligentes en avivar de nuevo nuestras llamaradas emocionales para predicar, por medio de una nueva percepción de la maravilla que es nuestro privilegio como mensajeros del Alto y Sublime. Debemos conocerlo bien a Él antes de poder representarlo efectivamente ante otros.

La segunda persona que se involucra en el sermón es *el oyente*. Desechemos la idea de que si nosotros hablamos otros van a escuchar. Las personas no asisten a la iglesia con mentes abiertas. Haddon Robinson de la Escuela de Teología Gordon-Conwell, dice: «Las cabezas no están abiertas ni tampoco son huecas. Las cabezas tienen válvulas cerradas y bien atornilladas, y ninguna inundación de ideas puede hacer que éstas entren a la fuerza. Las mentes sólo se abren cuando sus dueños perciben una necesidad de abrirlas, e incluso en ese punto, las ideas deben filtrarse a través de capas de experiencia, hábito, prejuicio, temor y suspicacia.»

La rabia por ejemplo, puede impedir que una persona escuche. El hijo adolescente de un asistente se quedó dormido al pie de la llanta de su auto y resultó muerto. El insensible pastor le dijo al distraído padre: «No espere que me encargue del funeral porque me voy de vacaciones». El padre me dijo después: «Aunque él era un buen predicador, después de ese comentario no escuché una sola palabra pronunciada por él en sus sermones».

Esa anécdota ilustra un importante principio de comunicación: se puede predicar como si el sermón fuera una tormenta de lluvia, pero si la persona no tiene la disposición de escuchar, esta no penetra más que el agua en una plancha de mármol.

O tal vez el feligrés está pensando en las presiones de la semana pasada, en problemas familiares o en reveses financieros. Añada a eso la depravación de la mente natural y la habilidad de Satanás para arrebatar la Palabra de Dios de los corazones de la gente, y el que se dé la comunicación es de hecho un milagro.

No podemos avizorar a través de esta malla a no ser que amemos genuinamente a nuestra gente y tengamos sus necesidades cerca de nuestros corazones. La información por sí sola no va a cambiar sus actitudes y comportamiento. Ellos necesitan vemos sangrar junto a ellos. Debemos adentrarnos en las heridas de su mundo personal.

Por último está *el predicador*. Él debe aplicar la verdad a sí mismo antes de compartirla con otros. Eso es difícil para quienes predicamos dos o tres veces a la semana. Pero no podemos darnos el lujo de transmitir verdades que supuestamente se aplican a otros pero que no han funcionado para nosotros. Debemos compartimos a nosotros mismos para que las personas puedan ver que formamos parte del mensaje que estamos trayendo. Nuestras congregaciones quieren saber que somos humanos, que tenemos nuestra porción en las tristezas y esperanzas de los mortales.

Expresar sentimientos honestos no es fácil. Al vemos bombardeados por la necesidad humana, nos desvinculamos de la sobrecarga emocional que enfrentamos a diario. Somos incapaces de llorar por los que padecen necesidad como Cristo lo hizo cuando estando en el monte de los Olivos lloró por Jerusalén. El seminario nos ha entrenado para pensar con profundidad pero no para sentir con intensidad. Un escritor ha dicho bien que «un predicador debe pensar claramente y sentir profundamente para lograr que sus oyentes hagan lo mismo».

La efectividad de nuestra predicación tendría un dramático aumento si siguiéramos la sencilla regla: No predicar más allá de nuestra propia experiencia. Cuando compartamos el mensaje que Dios nos haya dado, deberíamos conocerlo tan bien que nos podamos concentrar en su contenido, en lugar de preocuparnos por recordar su bosquejo. Sólo entonces podremos decir con autoridad: «Así dice el Señor».

Tal vez debiéramos seguir a John Owen, un emérito y pastor puritano del siglo diecisiete, y que antes de pasar al pulpito hiciéramos un voto: «Yo por tanto me someto en conciencia y en honra, a ni siquiera imaginar que haya alcanzado un conocimiento adecuado de cualquier artículo singular de la verdad, mucho menos para publicarlo, a menos que por medio del Espíritu Santo lo haya saboreado, en su sentido espiritual, para que yo pueda decir de corazón con el salmista: “He creído y por tanto he hablado”.»⁹

Cuando yo enseñaba homilética en un seminario evangélico, quise ilustrar a la clase cuánto debemos depender de Dios cuando predicamos, especialmente a inconversos. Así que tuve la clase en un cementerio y empecé leyendo Efesios 2:1-6: «Y Él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados...» Luego le pedí a uno de los estudiantes que le predicara a uno de los muertos, diciéndole a un hombre enterrado hacía tiempo que había llegado el día de la resurrección. Cuando él se negó (creyendo que yo no hablaba en serio), lo hice yo mismo. «¡Jonatán! -le grité a la lápida,- ¡Hoy es el día de la resurrección!» ¡Afortunadamente no hubo ninguna respuesta!

Después me volví a uno de los estudiantes y dije: «Me sentí muy tonto haciendo eso. Yo sabía que ese Jonatán enterrado en 1912 no se levantaría. Pero así somos de tontos cuando predicamos el evangelio, excepto por un hecho singular: ¡Dios podría en su gracia permitir una resurrección!»

Pablo continúa: «Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando vosotros muertos en pecados, nos

dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús» (Ef. 2:4-6).

Le recordé a la clase que Dios le había pedido a Ezequiel que le hablase a los huesos secos, y entonces Dios creó carne y respiró aliento de vida en esos cuerpos. Después nos arrodillamos en el cementerio para pedir a Dios que nos concediera la gracia para predicar el evangelio con un sentido de no tener otra salida que depender conscientemente de Dios y de su gracia. Solamente Él puede levantar a los muertos, sólo Él puede otorgarles la capacidad y la fe para creer.

En pocas palabras, mi filosofía de la predicación es esperar que las personas sean transformadas para siempre a causa de la ministración de la Palabra. Por supuesto, eso puede no ser siempre alcanzado, pero si apuntamos a cualquier cosa menos que eso, ¡temo que sí le vamos a dar! Si pasamos el mismo tiempo preparando nuestros corazones como preparamos nuestras mentes, nuestras congregaciones sabrán que han escuchado hablar de parte de Dios y se dejará ver nuestra total dependencia en su gracia.

Pidamos a Dios en oración, que haga de la predicación el instrumento de transformación que Él mismo se propuso establecer.

Súbete a un monte alto,
anunciadora de Sion;
levanta fuertemente tu voz,
anunciadora de Jerusalén;
levántala, no temas;
di a las ciudades de Judá:
«¡Ved aquí al Dios vuestro!»
(Is. 40:9)

Cuando predicamos, ¡es posible que Dios haga un milagro!

Cristianos holgazanes

¿Podemos ponerlos a marchar?

Fidelidad. Usted ha predicado sobre ella, también yo. Pero ¿han servido de algo nuestros sermones? En una reciente conferencia de pastores, varios hombres compartieron su frustración en tomo a la actitud casual que algunos creyentes mantienen con respecto al servicio que prestan en la iglesia. Toda congregación puede jactarse de unos cuantos voluntarios confiables y gozosos. Desafortunadamente, ellos son muchas veces la excepción y no la regla.

Los que mantienen un compromiso casual son los que habitualmente llegan tarde a todas las reuniones. Es posible que algunos de ellos incluso planeen sus tardanzas. Estoy seguro de que hace años que no escuchan las primeras palabras de un sermón matutino.

También están los que nunca le dejan saber a nadie cuando se ausentarán. Maestros de escuela dominical, ujieres y obreros de comités, sencillamente no aparecen para realizar sus responsabilidades asignadas y en consecuencia, alguien tiene que dar vueltas por todos lados para encontrar un improvisado reemplazo.

Todos estamos familiarizados con aquellos que aceptan responsabilidades pero no son constantes en su realización. Juanita promete darle un paseo a Dona; Juan verificará si Guillermo necesita recibir más consejos; Pedro se compromete a escribir una importante carta; Francisco nos asegura que estará presente en la próxima reunión de comité. Pero nada ocurre esta semana o en las próximas cinco.

Nuestras congregaciones también están compuestas por aquellos que justifican su negligencia con excusas superfluas. «Teníamos visita», alguien dirá. «El clima se puso muy frío [o muy caliente, o muy húmedo, o con mucho viento dependiendo de la ubicación]», dirán otros.

Tales desempeños no serían tolerados en el mundo secular. Muchos creyentes que nunca estarían dispuestos a llegar tarde el lunes por la mañana, eluden sus deberes dominicales sin que les remuerda la conciencia. Por supuesto, nunca podemos amenazarlos con un despido.

Un ejército de voluntarios

«Recuerda, todos estas personas son voluntarios», alguien me dijo alguna vez. «No se puede despedir a personas que no reciben un salario. Cuando se tiene un ejército de voluntarios hay que aprovechar lo que se pueda».

Así que tenemos que seguir trabajando con expertos en llegar tarde, en romper promesas y en hacer prórrogas. Y nuestro ejército voluntario sigue cojeando por el camino.

En un artículo reciente del *Atlantic Monthly*, James Fallows se lamenta del deterioro del ejército norteamericano desde que se abandonó el reclutamiento involuntario. Él cita un ensayo publicado en 1980 por William Hauser, un coronel en retiro.

Hauser afirma que hay cuatro elementos que sostienen la «voluntad de combate». Para aprender el *sometimiento*, un soldado debe repetir tareas desagradables. Para contrarrestar el *temor*, debe conocer y tener confianza en sus compañeros. Eso lo animará a combatir junto a ellos en vez de correr en dirección contraria. Para inspirar la *lealtad*, el ejército exige que los hombres duerman, trabajen y coman juntos. Eventualmente adquirirán un sentido de responsabilidad por el bienestar mutuo. Por último, el ejército intenta desarrollar un sentido de *orgullo* que le recuerde a un hombre que hay otros que dependen de él y que valoran su contribución a la seguridad y el éxito de la unidad. De este modo él combate, esperando que no vaya a ser devuelto a casa en una bolsa.

Sin embargo, cada una de esas cualidades ha disminuido como consecuencia de la fuerza de voluntarios. El reclutamiento ahora se basa en gran medida en el interés propio, más que en el servicio a nuestra nación, y como resultado, los que se incorporan sólo tienen un compromiso casual, están más interesados en los beneficios de jubilación que en asegurar si están o no preparados para el combate.

¿Esto suena familiar? Yo creo que es hora de que planteáramos un desafío a la noción de que la iglesia es un ejército voluntario. ¿Desde cuando Dios nos dio la opción de reclutamos? ¿Acaso Él discute los términos del compromiso con nosotros? ¿Solamente debería esperarse fidelidad de los que reciben un pago por su trabajo? ¿Tenemos el derecho

de esperar menos del domingo en la mañana que del lunes por la mañana?

Un ejército bajo las órdenes de Cristo

Traigamos de nuevo a la memoria algunos hechos. Primero, *nosotros no escogimos a Cristo, Él nos escogió a nosotros*. Jesús dijo: «No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto» (Jn. 15:16). Como Comandante en Jefe, Él tiene una función para que cada uno de nosotros desempeñe. Nosotros somos, como señalaba Peter Marshall, «sellados bajo órdenes».

Nuestro Comandante decide cómo y dónde deben pelarse las batallas. Pablo aprendió el sometimiento y la obediencia al convertirse en el siervo en cadenas de Cristo. No podemos ignorar el llamado divino sin convertimos en completos desertores.

Segundo, *la fidelidad en los pequeños detalle promueve una mayor responsabilidad*. «El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto» (Lc. 16:10).

Como pastores, no se nos ocurriría llegar tarde a un culto matutino de adoración. Después de todo, es un evento público. Pero, ¿acaso es menos importante llegar a tiempo a la escuela dominical o a una cita de consejería? En los ojos de los hombres, sí; en los ojos de Dios, no.

Cuando de procurar la obediencia de sus hijos se trata, a los padres no les importa tanto si están dedicados a labores grandes o pequeñas. Es la actitud de obediencia del niño lo que cuenta. Nuestro Padre celestial comparte los mismos sentimientos. Cuando somos infieles en «pequeñas» cosas, insultamos a nuestro Comandante en Jefe. Él no pasa por alto detalles aparentemente insignificantes. Hasta un vaso con agua fría ofrecido en el nombre de Cristo merece su recompensa.

Tercero, *nuestra motivación debe ser agradar al Señor, no a los hombres*. Pablo le escribió a Timoteo: «Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida, a fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado» (2 Ti. 2:4).

En el ejército de Napoleón, los hombres resistieron dolor físico, enfermedad, y hasta el sacrificio de un brazo o una pierna con un sólo gesto de aprobación por parte de su líder. Nada va a purificar más nuestros motivos que tomar la decisión de ser obedientes a Jesús, sin que nos importe ser reconocidos o no en este mundo.

Cuando lavaba los pies de los discípulos o mientras predicaba el ser-

món del monte, Cristo tenía la misma motivación. Él dijo: «Yo hago siempre lo que le agrada [a mi Padre]» (Jn. 8:29). Él no se había metido al juego de la vida para beneficio de sus contemporáneos. Cristo no se consideraba a sí mismo como un simple voluntario, sino más bien como un siervo humilde constreñido a hacer la voluntad del Padre.

Hasta los impíos son fieles cuando se les paga. Sin embargo, los cristianos deberían distinguirse por sus actitudes positivas hacia tareas menores y que no tienen recompensa. Deberían tener la fe para creer que serán galardonados en otro mundo. Después de todo, ¿no es nuestra visión de la eternidad lo que nos separa de los valores de este mundo temporal?

¿Cómo podemos, como Gedeón, distinguir entre el obrero comprometido y el que sólo van de paseo? Tal vez nos gustaría otorgarle una baja con honores a alguien dentro de la iglesia que le esté rehuyendo a responsabilidades. Pero es mejor que las personas reconozcan sus propias deficiencias y se retiren por sí mismas del servicio activo.

Empiece a establecer por escrito parámetros de desempeño para las posiciones dentro de la iglesia. Estos podrían incluir asistencia y puntualidad, continuidad en el cumplimiento de las responsabilidades, y una descripción del desempeño aceptable. Después comparta las pautas con comités y miembros de la junta. Que sea conocido de todos que los líderes de la iglesia esperan fidelidad, y también que los mismos líderes den ejemplo de fidelidad a los demás.

No tenga miedo de tener que dejar salir a alguien. Si lo tiene que hacer, deje una posición vacante. Esa opción es preferible a colocar en esa posición a otro incumplidor. Observe y espere que llegue un reemplazo calificado y confiable. Y ore. Después ore otra vez.

Pastores, necesitamos demostrar fidelidad en nuestras propias responsabilidades. Eventualmente, Dios proveerá un grupo base de soldados dedicados, dispuestos a soportar aflicciones por la causa de Cristo. Para aumentar el número de creyentes confiables, calificados y profundamente comprometidos, hay que empezar por nosotros mismos.

Un ejército de voluntarios nunca será suficiente. Solamente uno reclutado por un llamado supremo tendrá la determinación para acabar la tarea.

La división de iglesias

¿ Cuándo vale la pena pagar su costo ?

Estoy cansado de escuchar acerca de divisiones de iglesias a causa de asuntos triviales. En una iglesia, unos cuantos hombres querían que su pastor implementara un orden de vestuario y que dirigiera los cultos según sus preferencias. Él no se acomodó del todo a sus indicaciones y como consideraron que su autoridad había sido desatendida, los asuntos frívolos fueron ensanchados. En poco tiempo, todo lo que el pastor hiciera estaba mal. Sus detractores escudriñaban sus sermones para encontrar alusiones disimuladas dirigidas a ellos.

El pastor renunció. Probablemente contaba con el 90 por ciento de apoyo por parte de la congregación, pero terminó cansándose del hostigamiento, no era amigo de las peleas. Dejó un efectivo ministerio debido a unos cuantos miembros contrariados. Apenas recientemente otro pastor amigo mío hizo exactamente lo mismo. Algunos de los líderes querían que su iglesia fuera la réplica exacta de otra iglesia más grande ubicada en la misma área. Él no pudo soportar las constantes comparaciones que consideraba injustas.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde que usted escuchó que una iglesia se haya dividido a causa del nacimiento virginal o a la salvación por la sola fe en Cristo? La mayoría de disensiones que escucho giran en torno a presupuestos, música o filosofía del liderazgo. A menudo, la verdadera cuestión es sobre quién manda realmente.

Estas dimisiones me condujeron a reflexionar en esta pregunta: ¿Qué debería hacer el miembro de una iglesia si él o ella quieren formular una queja legítima? La mayoría de las personas no forman parte del consejo de la iglesia, y sin embargo tienen sentimientos profundos en torno al ministerio de la iglesia. Si somos sabios, encontraremos maneras de prevenir con anticipación algunos de estos desacuerdos.

¿Qué es lo que ocurre usualmente?

Desafortunadamente, muchos miembros de iglesia emprenden una o dos vías de acción cuando tienen una queja. La primera vía consiste en compartir las críticas con otros para atraer el apoyo. La lengua es la mayor causa de división dentro de la iglesia. «Y la lengua es un fuego, un mundo de maldad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno» (Stg. 3:6).

Usar nuestras lenguas con el fin de buscar apoyo para nuestros puntos de vista equivale a esparcir las llamas del infierno dentro de la iglesia. Algunas veces la iglesia ya está polarizada respecto de un asunto, antes de que los ancianos o el pastor estén siquiera enterados del problema. Ciertamente, hay un tiempo para hablar, pero esa oportunidad no llega tan frecuentemente como algunos creen que lo hace.

Un procedimiento igualmente desastroso consiste en traer el tema a colación en una reunión de negocios de la iglesia. Esto se hace con frecuencia para ganar puntos públicamente, aún cuando no se haya hecho ningún intento de resolver el asunto en privado. Cualquier asunto que pueda ser tratado entre uno o dos miembros, o que pudiera atenderse a través de otros canales legítimos, nunca debería ser mencionado para ser discutido en público.

Conozco a un pastor que fue humillado en una reunión de negocios de la iglesia y quien tuvo que soportar críticas personales totalmente inesperadas. Muy seguramente Satanás se divierte en las reuniones de la iglesia donde todos sienten que tienen la libertad de sacar al aire su reproche predilecto.

Debemos instruir a nuestras congregaciones sobre la necesidad de la unidad, pero al mismo tiempo deberíamos permitir que se dé el diálogo para la solución de desacuerdos. Si no se hace, se irán acumulando el resentimiento y los malos entendidos. Las personas deben sentir que sus quejas han sido escuchadas.

¿Qué puede hacerse?

Primero, *nosotros mismos debemos dar ejemplo de sumisión*. Pablo escribió: «Someteos unos a otros en el temor de Dios» (Ef. 5:21). Me choca escuchar a un pastor que le enseña a su congregación a someterse a la autoridad cuando cree que él mismo es una excepción a la regla. «Yo sólo tengo que rendirle cuentas a Dios» es una frase que suena piadosa pero puede ser nociva.

El Nuevo Testamento enseña que una congregación debe tener una multiplicidad de líderes piadosos donde ninguna persona asuma el papel de dictador. Aunque algunas congregaciones son lo suficientemente benévolas para tolerar el autoritarismo, otras se irritan bajo la opresión. Los individuos saben que sus aportes no tienen ningún valor porque el pastor recibe sus instrucciones en forma privada de Dios.

A veces el pastor puede ponerse a la defensiva, no dispuesto a aceptar ninguna crítica. Pueda que escuche cortésmente, pero en su corazón está convencido de que nada de lo que se diga es verdad. A todos nos queda difícil vemos objetivamente a nosotros mismos; para algunos pastores es algo imposible. Todo comentario se soslaya haciéndolo incapaz de penetrar la mente o el corazón.

Así que no es de sorprenderse cuando los creyentes se sienten frustrados en sus intentos de hacer que sus opiniones sean tenidas en cuenta. Si el pastor es ley para sí mismo ¿por qué ellos no lo son también? De tal pastor, tal congregación.

Sin duda que muchas iglesias se han dividido debido a que Dios quiso llevar al pastor y la congregación a un lugar de sumisión mutua. Pero cuando el pastor no responde a la autoridad de su consejo, la congregación también rechaza igualmente la autoridad del pastor. Y mientras tanto, se va dilatando el abismo que separa al pastor de la junta.

Como líderes de la iglesia, debemos dar un ejemplo de humildad. No podemos ejercer la autoridad a menos que nosotros mismos estemos bajo autoridad. Eso no significa que nos retractemos por cualquier motivo, es cierto que hay ocasiones en las que debemos defendernos a nosotros mismos. Pero es importante saber cómo, cuando y por qué.

En segundo lugar, *debemos enseñar que Mateo 18:15-16 se aplica a toda clase de desacuerdos*. «Por tanto, si tu hermano peca contra ti, vé y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano. Mas si no te oyere, toma aún contigo a uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra.»

El creyente tiene la responsabilidad de acudir directamente a la persona contra la cual tiene algo. Si el asunto involucra un pecado específico, entonces existe la obligación de ir a la persona aún si se trata de un líder de la iglesia. Pero Pablo advirtió: «Contra un anciano no admitas acusación sino con dos o tres testigos» (1 Ti. 5:19).

Si el asunto sigue sin resolverse, entonces otros —particularmente otros miembros de la junta de la iglesia— deben ser involucrados. Y el anciano o pastor debe supeditarse a su autoridad.

¿Pero qué pasa con la oposición a un programa de construcción, al salario del pastor, o a la longitud de sus sermones? Discutir tales desacuerdos con los miembros de la congregación corresponde a sembrar semillas de discordia que afligen el corazón de Dios. Aquí también, los miembros deberían ir directamente a la persona responsable, aún si eso significa hacer un viaje a la oficina del pastor o escribirle una carta firmada.

En este punto, nuestra actitud como pastores es crucial. Si ignoramos lo que se ha dicho o si desatendemos las críticas sin aprender de ellas, podemos estar impulsando al miembro interesado a que intente otro procedimiento que puede ser inscribir otros miembros en su posición mediante el chisme.

He descubierto que una discusión honesta despeja el aire y puede cimentar una relación, aún si persiste el desacuerdo. Hay algo gratificante en el hecho de lograr que otra persona trate solícitamente de entender su punto de vista, aunque siga sin convencerse. Lo que es difícil es cuando un feligrés considera que no ha sido escuchado.

Eso no significa que tengamos que estar de acuerdo con todo lo que se nos dice. Pero a menudo he encontrado que puede haber más de cierto en las críticas de lo que estamos dispuestos a admitir. Es fácil escuchar cortésmente para después desdeñar lo que se ha dicho sin darle una reflexiva consideración ni orar al respecto.

En mi opinión, si un miembro de la iglesia presenta un asunto de interés a un miembro de la junta, eso es lo más lejos que debe llegar en sus críticas al pastor. Aún si la junta falla en el cumplimiento de su responsabilidad, los miembros no tienen ningún encargo bíblico de entablar requerimientos, escribir cartas y hacer llamadas telefónicas para reunir apoyo a favor de su causa. El patrón del Nuevo Testamento consiste en que una iglesia sea dirigida por una pluralidad de líderes piadosos. Si usted no puede estar de acuerdo con la acción de la junta, debe considerar la posibilidad de congregarse en otra parte.

Por supuesto, no pretendo silenciar la discusión provechosa entre miembros de la iglesia en cuanto a mejorar el ministerio o para hablar de ciertos asuntos como preparación para una reunión de negocios de la iglesia. Deberíamos esperar que nuestra gente discuta acerca de diversos ministerios dentro de la iglesia. Pero cuando ya se ha tomado una decisión al respecto, debe haber sumisión a las disposiciones de los que ejercen la autoridad.

Esperar que Dios intervenga

En una época en que las personas exigen sus derechos, es difícil que una congregación se sujete a los líderes de la iglesia y espere a que Dios obre su voluntad incluso en decisiones controvertidas. Algunas veces un miembro de la congregación puede tener una idea correcta, pero no es el momento oportuno. Olvidamos que Dios obra entre su pueblo a pesar de la diversidad de opinión y las imperfecciones de los líderes eclesiásticos.

Ese hecho se aplica a quienes también formamos parte de una junta eclesiástica. Yo he tenido que someterme a la voluntad de líderes incluso en ocasiones en que pueda haber tenido una diferencia de opinión. Dios es honrado cuando estamos dispuestos a dejar de lado desacuerdos en cuanto a asuntos no bíblicos para mantener la unidad y la armonía del cuerpo.

Solo en el cielo se revelará todo el daño hecho al cuerpo de Cristo por parte de miembros de la congregación que se sintieron llamados a corregir todas las fallas de la iglesia o a emprender campañas por sus tribulaciones triviales. Aún tenemos demasiadas personas que creen que su don espiritual es el de la crítica.

Temo por aquellos que se han propuesto firmemente compeler la dimisión de un hombre de Dios por medio de críticas insustanciales. Temo por aquellos que han dividido una congregación debido a su intransigencia respecto a un programa de construcción o al presupuesto que ha presentado.

Sí, hay ocasiones en que se justifica una división dentro de la iglesia, e incluso en las que quizás sea necesario. Pero estemos seguros de que sea por una cuestión bíblica indiscutible, y no solamente por una preferencia que estemos anteponiendo.

Pablo escribió: «Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es» (1 Co. 3:17). La palabra *templo* se refiere a la congregación de creyentes. Dios dice que destruirá a aquel que destruya la obra de la iglesia. A veces Él asigna a esa persona un corazón duro y amargado, o también puede emplear otros medios de disciplina.

El doctor Paul Brand dice que los glóbulos blancos de la sangre que conforman las fuerzas armadas del cuerpo, lo protegen contra invasores. Cuando hay una cortada en el cuerpo, estas células detienen abruptamente su caótica circulación y se presentan provenientes de todas direcciones en la escena de la batalla. Como si tuvieran sentido del

olfato, atraviesan rápidamente el tejido por la ruta más directa. Cuando llegan, muchos de ellas dan sus vidas para matar la bacteria. Se entregan a sí mismas por el bien del organismo mayor que ha determinado cuales son su deberes. Si una célula pierde su lealtad y se aferra a su propia vida, comparte los beneficios del cuerpo pero contribuye a la instalación de un organismo disidente llamado cáncer.

Nuestras iglesias están llenas de parásitos que se benefician del ministerio pero que se niegan a sujetarse al líder del organismo. Como resultado, el cuerpo se toma canceroso, débil, y muy mal preparado para la batalla. Algunas veces se gasta tanta energía en resolver el conflicto interno, que no queda tiempo para confrontar al mundo con Jesucristo.

Si somos culpables de dividir el cuerpo, más nos vale arrepentimos. Cuando no estamos de acuerdo con los líderes de la iglesia, deberíamos hablarle a Dios y no a nuestros amigos. Él es capaz de dirigir su propia iglesia en su propio tiempo y a su propio modo. Destruir el templo de Dios es jugar con la ira de Dios.

La política

¿Dónde hay que trazar la raya?

Algunos predicadores han saltado con ambos pies hacia la palestra política, obligándonos a considerar de nuevo cuál es nuestra posición frente a la participación en política. Cientos de miles de cristianos se están volviendo políticamente activos. La derecha religiosa es una fuerza que no puede ser ignorada.

Hay buenos argumentos a favor del activismo político. En mucho países el pueblo tiene el derecho de obrar por medio del proceso político para efectuar el cambio. ¿Por qué deberían ceder los evangélicos ante los propulsores del feminismo radical, el homosexualismo liberado y el aborto? Tenemos una agenda política propia y ésta tiene derecho de ser atendida. Quizás la caja de balotas sí habla con más fuerza que las palabras.

¿Qué mejor forma de hacer escuchar nuestro mensaje que organizarnos y votar para sacar de los cargos políticos a los humanistas? ¿Por qué no elegir a los que estuvieran dispuestos a promulgar leyes que reflejen un acercamiento más bíblico a la moralidad? En una democracia, el poder político tiene la palabra.

Por otro lado está el precedente establecido por organizaciones religiosas liberales tales como el Concilio Mundial de Iglesias, que utiliza embates políticos para lograr cambios sociales y económicos. ¿Por qué no podemos hacer lo mismo nosotros?

Los evangélicos, marginados con frecuencia al considerarse como un anacronismo embarazoso en la historia, finalmente han probado el sabor del poder político. Con el ascenso de la derecha religiosa, los políticos liberales han tenido que controlar sus posiciones. Después de todo, algunos creen que los cristianos, si se organizan bien, pueden «sacar a los remolones».

Estoy de acuerdo en que podemos dar gracias por cada cristiano que está en la política; debemos apoyar a las organizaciones que se esfuerzan por educar al público religioso en torno a los asuntos que se debaten en la capital. Los cristianos deberían hacer sentir su influencia en elecciones locales y nacionales, y pronunciarse acerca de sus creencias. Con frecuencia hemos perdido batallas cruciales porque sencillamente no hacemos acto de presencia.

Sin embargo, tengo inquietud porque creo que estamos siendo tentados a pelear la batalla de una manera que vulnera el mensaje mismo que queremos que el mundo escuche. Pregunte a la persona promedio en qué creen los cristianos y le presentará una larga agenda: se oponen al aborto, odian a los homosexuales y quieren censurar programas de televisión. Probablemente también dirá que quieren imponerle a todos su programa político.

Sin detenemos a considerar si esa caracterización es justa o no, causa un gran impacto. Y tal vez la razón es que no hemos peleado muchas batallas bajo el estandarte cristiano, sino que hemos confundido innecesariamente los asuntos y a veces lo hemos hecho con sectarismo, rabia, y una mentalidad de víctimas. A menudo no hemos representado a Cristo con claridad y caridad.

Me preocupa ver a ministros pronunciándose sobre asuntos que es mejor dejar en manos de los políticos. Como ministro, yo no tengo derecho de respaldar a un candidato político, aún si resulta ser un cristiano que defiende una visión bíblica del mundo. Hablar como ciudadano privado es una cosa, pero utilizar el púlpito como plataforma para el patrocinio político es otra. Debemos recordar que tenemos una responsabilidad de hablarle a los partidos políticos; debemos defender la verdad en todas las quehaceres de la vida, y no debemos atrevemos a confundir la Cruz con la política partidista.

Pero también existen otros peligros.

Los peligros de la participación en política

Como ya se ha indicado, los asuntos bíblicos y políticos tienden a mezclarse como en un mismo montón. Si rotulamos todos estos asuntos como «cristianos», podemos fácilmente ser mal interpretados. No hay duda que el mensaje de la Cruz puede verse gravemente comprometido cuando se ve saturado con una cantidad de programas.

El aborto es un asunto bíblico, así que todos nosotros podemos unirnos para oponernos a la matanza arbitraria de vidas humanas. ¿Pero qué

hay de la reducción de impuestos para familias y los límites al período de los congresistas? Éstos, y media docena de otros asuntos han sido respaldados bajo la bandera cristiana. Quizás también son asuntos importantes, pero ese tipo de legislación también puede ser apoyada por muchos no cristianos. El problema es que las personas ya no evocan a Cristo cuando piensan en el cristianismo, sino que es la agenda política lo que viene a la mente.

En segundo lugar, tengo temor de que la reforma política pueda sutilmente convertirse en sustituto de la transformación espiritual. Por supuesto, todos estamos a favor de leyes que reflejen la moralidad bíblica. Pero aún ese tipo de avance está muy lejos de ser la verdadera respuesta a nuestra ruina como nación. En últimas es únicamente el evangelio de Cristo lo que puede contrarrestar el curso de la decadencia moral.

Suponga que la oración se restablece en las escuelas públicas. En nuestra sociedad, esa oración se basaría en el mínimo común denominador de todas las religiones. El nombre de Cristo no sería mencionado, a duras penas se daría crédito a Aquel cuyo sacrificio es el único medio para reconciliar nuestra nación con Dios. Estaríamos obligando a profesores y estudiantes incrédulos a que recitaran una oración con sus bocas, aunque sintieran resentimiento hacia ella en sus corazones. La mayoría de países de Europa todavía tienen oración en las escuelas, pero eso no ha mantenido con fuerza a la iglesia, ni ha prevenido la devastación moral y espiritual de la sociedad. ¿No sería mejor que lográramos restablecer la oración en nuestras iglesias?

Suponga que fuera obligatorio enseñar el creacionismo en nuestras escuelas públicas. Dificilmente eso haría que nuestras escuelas públicas fueran cristianas. Cualquiera que fuera el fingimiento de labios que se pudiera lograr con esa clase de leyes, estaría muy lejos del cambio de corazón que Dios anhela.

La religión civil puede contribuir a traer consigo una reforma moral. Pero al mismo tiempo, crea una falsa sensación de seguridad. Podemos honrar a Dios con nuestros labios, pero nuestros corazones estar alejados de Él. Sabemos que la ley no puede salvar a un individuo, ni tampoco a un país. Como ministros, debemos enseñar a nuestra gente que nunca se conformen con menos que la transformación radical que puede traer el evangelio.

En tercer lugar, ¿qué pasa si sencillamente no tenemos el poder político para llevar a cabo la reforma? Y cuando nos liguemos abiertamente a los que explícitamente niegan el evangelio en nuestros esfuerzos de

volver la nación a Dios, ¿no nos estamos apoyando sobre en una caña rota? Los temas que nos unen con otras religiones no se pueden constituir en la misión primordial de la iglesia.

Sí, es posible que ganemos algunas batallas y hagamos unas cuantas reformas. Pero nuestras ganancias dependen de la caja de balotas. En un proceso político democrático, una reacción siempre va a provocar otra. Alguien dijo una vez que «el arte de hacer política es el arte de destruir a los enemigos». Luchar en cuestiones morales con el músculo de la política es una empresa de alto riesgo que se modifica todos los años. Todavía es más seguro el fracaso que viene como resultado de pelear batallas espirituales con armas camales.

Cristo guardó mucho silencio en asuntos políticos. Él nunca alentó una revolución contra Roma. Pablo nunca se pronunció en contra de la esclavitud, para evitar que se acusara al cristianismo de provocar trastornos políticos. En lugar de eso, él le enseñaba a los esclavos que consideraran «a sus amos como dignos de todo honor, para que no sea blasfemado el nombre de Dios y la doctrina» (1 Ti. 6:1). Hay que admitir que en aquellos tiempos la esclavitud estaba tan entrelazada en el tejido social, que habría sido imposible abolir la práctica. Es indudable que en siglos posteriores, el cristianismo estuvo a la vanguardia en la lucha contra la esclavitud. Pero el punto aquí es que Pablo no quería identificarse con cambios sociales y políticos externos que pudieran alejarse de la pureza del evangelio.

Por supuesto, estoy de acuerdo en que nuestra época es diferente. Ahora se nos alienta a participar en el proceso político. Pero debemos escoger cuidadosamente nuestras batallas para que la Cruz de Cristo no se vea vinculada a múltiples causas políticas. Debemos llegar a un consenso con todos los que se inclinan a estar de acuerdo con nosotros para lograr fines políticos, pero frecuentemente se debe escudar celosamente el mensaje del evangelio frente a tales asociaciones.

Nuestra respuesta

¿Cuál debería ser nuestra respuesta en vista del declive moral y espiritual de nuestra nación?

Primero, *debemos admitir que la verdadera iglesia está indefensa en el mundo*. Somos extranjeros y peregrinos que no pueden darse el lujo de estibar sus esperanzas en la suerte que corra el errático proceso político. Solamente Dios es nuestro defensor.

Afortunadamente, nuestra fortaleza no depende de una mayoría poli-

tica. Los destinos de una nación dependen en muchas ocasiones de una minoría temerosa de Dios, como en el caso de Gedeón. Si Dios no toma nuestra causa y pelea a nuestro favor, tarde o temprano seremos destruidos. Debemos buscar su rostro, pidiendo humildemente que Él nos conceda misericordia aún en esta hora tardía.

Segundo, *debemos entender el papel fundamental que la iglesia juega en los asuntos políticos de este mundo*. La novia de Cristo detiene el juicio venidero de Dios. El mundo, si me permiten sugerirlo humildemente, no tiene idea de cuánto le debe a la iglesia. En cuanto a Dios, la iglesia es la prioridad número uno en su agenda. Todo lo que Él hace en este mundo se relaciona de algún modo con el cuerpo de Cristo, de manera pues que algún día todas las cosas serán reunidas en Él (Ef. 1:10).

Por lo tanto, nuestra condición espiritual como iglesia determina en gran medida la bendición o el juicio de Dios sobre nuestra nación. Con demasiada frecuencia hemos culpado a los humanistas por el deterioro moral que nos rodea, sin damos cuenta de que Dios puede estar juzgándonos a nosotros por medio de ellos. Fue Jonás el profeta de Dios, y no los marineros paganos, quien provocó la tormenta en el Mediterráneo.

Si somos capaces de hacer que nuestra nación se vuelva a Dios, esto debería atribuirse con más seguridad a la oración intercesora de un remanente piadoso en favor de un avivamiento espiritual. La justicia que enaltece a una nación es fruto del arrepentimiento. Ciertamente Dios no nos debe ningún avivamiento, pero si clamamos a Él, es posible que tuviera a bien mostrarnos misericordia.

Por supuesto, la oración debe combinarse con la acción. Los padres deben participar activamente en sus sistemas educativos, todos debemos estar en contra de la infiltración de la pornografía en nuestros hogares y escuelas, y debemos con toda seguridad luchar contra el aborto. Pero debemos pelear como Cristo, porque al final de la jornada todas las personas deben ver a Jesús. Nuestra actitud es tan importante como el asunto que estemos atendiendo.

Así que como ministros debemos atender con coraje y claridad los asuntos morales de nuestro tiempo. Nuestras posiciones sobre el aborto y los planteamientos de los homosexuales deben ser analizados y criticados con conocimiento de causa. Siempre que las leyes del estado entren en conflicto con convicciones bíblicas irrecusables, debemos obedecer a Dios antes que a los hombres, aún si esto significa ir a la cárcel.

No debemos ser intimidados por los que desean silenciar las bocas de

los ministros bajo el disfraz de la necesaria separación de poderes entre iglesia y estado. Pero también debemos recordar que nuestro mensaje no responde a ninguna agenda política, sino al pleno mandamiento bíblico de sometimiento a la voluntad de Dios.

Pero, y esto es importante, no tenemos por qué ser iracundos y obcecados en nuestras críticas. Más que todo, debemos recordar que nuestra responsabilidad primordial consiste en compartir las buenas nuevas del amor y el perdón de Dios. Debemos ser agentes de sanidad y no de división, de entendimiento y no de distorsión. En pocas palabras, debemos representar a Cristo viviendo sus valores y su mensaje. Debemos mantener la Cruz a la vanguardia de nuestras mentes, nuestros corazones y nuestros ministerios.

Para cumplir con tal llamado, no podemos encajar públicamente con ningún partido político. Por supuesto que votamos, pero como ministros no le decimos a nuestras congregaciones cómo deberían votar. En un mundo caído, hasta los candidatos nacidos de nuevo pueden decepcionarnos. Cada partido tiene su propia mezcla particular de cosas buenas y cosas malas. Debemos condenar el mal dondequiera se encuentre, sin quedarle debiendo nada a un partido o candidato.

Los avivamientos de John Wesley y George Whitefield trajeron como resultado grandes cambios sociales que Dios produjo mediante el milagro del nuevo nacimiento. Él prefiere trabajar de adentro hacia afuera. Lo que el poder político nunca pudo hacer, fue logrado con la convicción y el poder del Espíritu Santo.

Yo creo que es tiempo de que nosotros como individuos e iglesias busquemos al Señor con corazones arrepentidos. Si ponemos la mirada en la capital de nuestra nación, nos vamos a llevar una gran decepción. Únicamente podemos someternos sin reserva alguna a la voluntad de Dios, y a convertimos en testigos personales y corporativos de su poder en nuestra decadente sociedad.

Si nuestros problemas fueran políticos, todo lo que se necesitaría sería una solución política. Pero si son espirituales, debemos atenderlos desde ese punto de vista más dominante. Si nosotros, como el pueblo de Dios que somos, nos arrepentimos, Él puede aún restaurar los años que se han devorado las langostas. Porque en Dios tenemos el poder más grande que podría jamás ser desatado. La política es el arte de lograr lo posible, pero la fe es el arte de alcanzar lo imposible.

Esta nación necesita experimentar lo imposible.

.9.

La envidia

¿Qué hacemos para vivir a la sombra del éxito?

Una fábula cuenta cómo los emisarios de Satanás estaban tratando de tentar a un santo que vivía en el desierto de Libia. Por mucho que intentaran, los demonios no podían conseguir que el hombre pecara. Las seducciones de la carne y el tormento de las dudas y temores no podían perturbarlo.

Enfurecido por su fracaso, Satanás tomó la delantera. «Sus métodos son demasiado crudos», les dijo. «Observen.» Él susurró en los oídos del santo: «Tu hermano acaba de ser hecho obispo de Alejandría».

Al instante, una gesto malévolo empañó el rostro del santo.

«La envidia», dijo Satanás a sus legiones, «es nuestra arma definitiva contra los que buscan la santidad».

Hacer comparaciones

Como pastores, luchamos con las mismas seducciones que la gente de nuestras congregaciones. Pero debido a que nuestros ministerios son públicos, nuestra tentación más poderosa puede ser la envidia. Todos sabemos cuánto duele ser comparado con un pastor que tiene más éxito.

«Estás bien, pero no eres ningún Swindoll», nos dice un feligrés con un toque de dictamen final. O un miembro de la junta pregunta: «¿Por qué no estamos creciendo como la congregación de tal que está creciendo tanto?»

Pero tales comentarios son pasajeros, y podemos manejarlos con un poco de buen humor. Es más difícil cuando su congregación prefiere la predicación de su pastor asistente, o cuando a la iglesia del vecino no le cabe una aguja mientras la suya va poco a poco decreciendo. Decimos

que tenemos «un ministerio de profundidad, no un tumulto numérico». O acusamos a la congregación de que le gusta la predicación del asistente porque les da «comezón de oír».

Nuestra naturaleza caída detesta ser arrinconada en el anonimato. Es difícil alegrarse por los que tienen más éxito. A veces hasta nos deleitamos en silencio cuando nos enteramos de los fracasos de otros, y nos comparamos creyendo que nos está yendo mejor.

Lo que agrava el problema es que las bendiciones de Dios parezcan tan inconsistentes. Vemos una iglesia con crecimiento fenomenal aunque su pastor sea un predicador aburrido que hace poco para inspirar a su congregación. Al mismo tiempo, otra iglesia con un excelente predicador y buena aptitud para las relaciones públicas, puede estar declinando en su membresía.

La teología de algunos pastores es débil, sus métodos para levantar fondos son dudosos, y sus vidas personales son un desastre, y sin embargo son bendecidos con crecimiento y dinero. Mientras tanto, otros pastores con integridad y fidelidad no pueden reunir el dinero suficiente para pintar el templo. No es sorprendente que un misionero me dijera una vez: «¿Se ha dado cuenta alguna vez con cuánta frecuencia Dios pone su mano sobre la persona equivocada?»

Es difícil no preguntarse por qué, también es difícil no sentir envidia.

La fuerza del veneno

La envidia atrofia a cualquier pastor y su ministerio. Primero *corroe su fe*. Jesús preguntó a los fariseos, a quienes les gustaba agrandar a los hombres: «¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?» (Jn. 5:44). Al mantener sus ojos fijos el uno en el otro, fueron incapaces de enfocar sus miradas en Dios. Los envidiosos no están en ninguna posición para agrandar a Dios, no son libres para creer con todo su corazón en Cristo.

En segundo lugar, *la envidia produce aislamiento*. Un pastor que le teme al éxito de otros se apartará del compañerismo y la cooperación con otras iglesias. Puede ser que diga que su razón para separarse es la necesidad de mantener la pureza doctrinal. Hay ocasiones en que algunos asuntos doctrinales de importancia están en juego y se hace necesaria una separación. Pero si nuestros motivos encubiertos fueran expuestos, gran parte de nuestra separación está arraigada en el temor de permitir que nuestras congregaciones sean bendecidas por fuera de las paredes de nuestro pequeño imperio.

Aunque los fariseos dijeron que estaban crucificando a Cristo por razones doctrinales, esa no fue la *verdadera* razón por la que condenaron a Cristo. Pilato pudo discernir el motivo subyacente: «Porque sabía que por envidia le habían entregado» (Mt. 27:18). La envidia fue el motivo, la teología solo fue la cortina de humo.

Pablo tuvo una experiencia similar en Antioquía de Pisidia, donde su predicación atraía grandes multitudes. «Pero viendo los judíos la muchedumbre, se llenaron de celos, y rebatían lo que Pablo decía, contradiciendo y blasfemando» (Hch. 13:45). Otra vez, la teología fue la excusa para el antagonismo, pero la motivación era menos noble.

Al escribir a los filipenses, Pablo discernió que algunas personas estaban predicando a Cristo por envidia y contienda, esperando crear una mala impresión de él. Sin embargo, él se alegraba de que Cristo fuera predicado, aún cuando sus motivos fueran pecaminosos (Fil. 1:12-18).

Una persona envidiosa puede temer tanto las comparaciones desfavorables, que obra tras bambalinas para sabotear el ministerio de un colega. Si opera con cuidado, su motivo encubierto puede nunca salir a la luz. Por supuesto, esto hace que el trono de juicio de Cristo sea más relevante, ya que Dios va a exponer los motivos de los corazones humanos.

El rey Saúl no se esmeraba tanto en esconder sus celos. Estaba tan irritado por la comparación en las aclamaciones de la multitud que decía: «Saúl hirió a sus miles, y David a sus diez miles» (1 S. 18:7), que se obsesionó con la idea de matar a su joven rival. La respuesta de Dios consistió en mandar un demonio a atormentarle, lo cual evidentemente tenía el propósito de espolearlo para que se arrepintiera. En lugar de eso, Saúl llegó a cometer suicidio.

Una vez que la envidia se implanta en el corazón del hombre, se resiste a ser expulsada. Incluso la muerte puede parecer más atractiva que admitir el éxito de alguien más joven y menos calificado. Nunca subestime las profundidades a las cuales somos capaces de hundimos para mantener una buena apariencia.

Para neutralizar el veneno

¿Cómo podemos vencer a este disimulado monstruo? Debemos tratar la envidia como el pecado que es. Constituye una rebelión contra la dirección providencial de Dios en las vidas de sus hijos. Una persona envidiosa está diciendo que Dios no tiene derecho de bendecir a otra persona aparte de ella.

Jesús contó una parábola acerca del dueño de una viña que convenido con los obreros que habían llegado temprano, para pagarles un denario al día. Otros que vinieron más tarde en el día no regatearon acerca de sus salario sino que estuvieron dispuestos a confiar en la equidad del propietario.

Al final del día, los que habían llegado de último fueron los primeros en recibir el pago. Cada uno recibió un denario. Los que habían trabajado desde la mañana asumieron que recibirían más paga, pero quedaron aturridos cuando también recibieron un denario (Mt. 20:1-12).

¡Injusto!

Imagine a un empleado que les paga lo mismo a los que llegaron a las tres de la tarde, que a los que llegaron a tiempo. Pero Jesús le dio a la historia un giro imprevisto; era justo porque los primeros trabajadores obtuvieron lo que habían convenido. Si el dueño del viñedo quería pagarle lo mismo a los que llegaron tarde, él estaba en libertad de hacerlo.

Refiriéndose al dueño del terreno, que representa a Dios, Jesús dijo: «¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿O tienes tú envidia, porque yo soy bueno?» (v. 15). Dios puede hacer lo que quiera con los suyos. Él puede ser más generoso con otros, y nosotros no tenemos derecho a quejarnos. La envidia equivale a rebelarse contra sus derechos soberanos.

La envidia también es un pecado contra la bondad de Dios. Sea lo que sea que tengamos, todo es un don de Dios. Cuando Jesucristo eclipsó el ministerio de Juan el Bautista, y por esta causa su primo en la carne se vio tentado a envidiar, éste contestó correctamente: «No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo» (Jn. 3:27). La envidia se basa en la presunción de que nuestras habilidades y dones son algo a que tenemos derecho.

La envidia es un pecado que se atreve a increpar contra la bondad y la soberanía de Dios. Es la vasija diciéndole al alfarero cómo debe hacer otras vasijas. Francis Schaeffer dijo que no hay tal cosa como gente diminuta y gente grande, únicamente personas consagradas y personas no consagradas. Un pastor dijo: «Cuando por fin acepté el hecho de que Dios no quería que yo fuera famoso, empecé a experimentar su bendición».

Pablo enseñaba que era Dios quien determinaba el lugar en que encariáramos dentro del cuerpo de Cristo. «Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular *como Él quiere*» (1 Co. 12:11, énfasis añadido). Estar insatisfechos con nuestro don equivale a estar descontento con Dios.

Las comparaciones de ministerios o predicadores son casi siempre pecaminosas. No debemos ser como los discípulos que preguntaron: «¿Quién es el mayor en el reino de los cielos?» El hecho es que lo ignoramos. Podemos notar con facilidad que un rascacielos es más alto que un pequeño edificio de apartamentos, pero si comparamos ambas edificaciones con la altura de una distante estrella, no hay mucha diferencia entre ellos. De la misma forma, las diferencias que existen entre nosotros se pierden en el olvido cuando nos comparamos con Cristo.

Dios quiere concedernos una satisfacción humilde con el lugar que ocupamos en su viña. El solo hecho de ocupar un lugar en la viña nos afirma en su misericordia y su gracia. Envidiar a quienes les ha sido dada una mayor bendición equivale a absorber un espíritu de ingratitud y rebelión.

Moisés fue un hombre lleno del Espíritu, pero Dios multiplicó su ministerio en las vidas de setenta ancianos a quienes les fue dado el don de profecía. Dos de esos ancianos, Eldad y Medad, lo recibieron de manera especial y profetizaron en el campamento. Cuando un joven hombre llegó corriendo a donde estaba Moisés y le avisó sobre el hecho, Josué dijo: «Señor mío, Moisés, impídelos».

Pero Moisés le dijo: «¿Tienes tú celos por mí? Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta, y que Jehová pusiera su espíritu sobre ellos» (Nm. 11:28-29).

No se puede destruir a un hombre que se alegra por el éxito de otros; él tiene una perspectiva correcta de sí mismo y de su Dios; él puede regocijarse por los que tienen más éxito; él es agradecido hasta por las pequeñas oportunidades de servir, porque no ha perdido la capacidad de asombrarse ante el cuidado del Padre. Y una genuina sonrisa aparece en su rostro cuando le dicen que su hermano ha sido nombrado obispo de Alejandría.

. 10 .

El agotamiento

*¿ Todavía se puede encender la
madera mojada ?*

Se oyó decir al encargado del mantenimiento en una iglesia: «El ventilador todavía funciona, pero el fuego ya se extinguió». Estaba discutiendo acerca de un problema de la calefacción, pero el feligrés que lo alcanzó a escuchar pensó que estaba hablando del pastor.

Una definición de agotamiento es «un síndrome de extenuación emocional, despersonalización, y realización personal disminuida, que puede ocurrir entre individuos que hacen algún tipo de “trabajo con gente”». Sus síntomas incluyen un incremento en la fatiga, cansancio aún después de una noche de buen dormir, pérdida de interés en el trabajo que se realiza, y un espíritu pesimista y crítico acompañado frecuentemente de distanciamiento, depresión, y un sentimiento de inutilidad.

No obstante, según Archibald D. Hart, decano de la escuela de postgrados en psicología del Seminario Teológico Fuller, el agotamiento puede ser beneficioso como advertencia de que algo he salido mal. Puede intervenir y sacar a la persona de un ambiente dañino que conduce a la destrucción por sobrecarga.

«El agotamiento lo empieza a detener al instante y produce un estado de letargo y distanciamiento», dice Hart. «El sistema “saca la mano” antes de “explotar.”»

Mientras que el estrés se caracteriza por una participación excesiva, el agotamiento se caracteriza por el alejamiento y la pérdida de sentido y esperanza. Independientemente de lo que haga la persona, las recompensas parecen demasiado insignificantes como para molestarse en alcanzarlas. El agotamiento puede llevar a la depresión.

Causas del agotamiento

Un estudio indicó que una tercera parte de los pastores encuestados habían considerado la posibilidad de abandonar el ministerio a causa del agotamiento. Aunque éste puede ocurrir en todas las profesiones, los ministerios son particularmente vulnerables. Una de las razones puede ser *el conflicto de roles*.

Se espera de nosotros que seamos buenos predicadores, consejeros y organizadores; que sepamos algo de publicidad, y que poseamos el fino arte de amar a la gente y demostrarlo en nuestras relaciones. Cuando estas responsabilidades no están acompañadas de recompensas, los empujes y arranques de esas expectativas pueden conducir a un sentido de futilidad y desespero. Dado que las personas acuden al pastor para *obtener* más que para *dar*, sus recursos emocionales pueden languidecer fácilmente.

En segundo lugar, *el pastor con frecuencia está solo en sus luchas*. Aunque los miembros de la iglesia pueden hablarle con libertad sobre sus problemas, él no siente la libertad de corresponderles. Como dice J. Grant Swank Jr.: «Los pastores se preguntan quién les va a retirar su apoyo si llegan a desahogarse, si son honestos acerca de las tensiones del pastorado. En consecuencia, en demasiados casos es muy difícil que el ministro lo- gre encontrar un camarada en el ministerio aparte de su cónyuge.»¹⁰

Si el matrimonio del pastor se está desbaratando, o si sus hijos son un descrédito para él, se siente atrapado e incapaz de quitarse de encima sus propios bajones emocionales. En poco tiempo, él se pregunta cómo puede ser de ayuda para otros cuando él mismo tiene un sentimiento tan fuerte de fracaso.

Todos nosotros tenemos sentimientos de ineptitud. Y no es de mucha ayuda cuando nos comparan con los predicadores por televisión que pueden atraer grandes multitudes y cantidades de dinero. Aunque nuestras fallas sean bien conocidas para nuestras congregaciones, las personas solamente escuchan acerca de los éxitos de los predicadores de radio y televisión.

Si predicamos un sermón deficiente, todo el mundo se entera; si nos indignamos en una reunión de la junta, el chisme vuela por todos lados. En poco tiempo, creemos que ya no somos apreciados. Si somos particularmente sensibles a las críticas, trataremos de lograr más para poder complacer a todo el mundo. Si no recibimos adecuada compensación emocional y espiritual por nuestros esfuerzos, quedaremos preguntándonos si realmente todo ha valido la pena.

El doctor David Congo, asociado con la Clínica de Consejería Familiar de Norman Wright en Santa Ana, California, dice que el ministro

puede ser representado o bien por una «carrera de ratones» o con una «carrera de relevos». Ambas requieren una gran cantidad de energía, pero una carrera de ratón no tiene un sentido claro de propósito. Una carta de relevos en cambio, tiene dirección, un trayecto prescrito, cooperación y espíritu de equipo. El pastor que va montado en una carrera de ratón siente a menudo que es una víctima controlada por su situación. Es difícil decir si esa es la causa del agotamiento o su resultado, pero existe una relación directa en cualquier caso.

Congo hace una lista de cuatro tipos de personalidad relacionados con el agotamiento:

- los que tienen una alta necesidad de aprobación.
- los adictos al trabajo.
- los que se hacen la víctima subordinada y pasiva.
- los que tienen un «complejo mesiánico».¹¹

Todos nosotros somos tentados a damos más allá de nuestros propios recursos espirituales y emocionales, para que se considere que somos exitosos. El resultado puede ser que nos sintamos realizados, o puede ocurrir lo contrario, que nos conduzca a una rabia y desilusión internas.

Si un pastor siente que no es valorado, su respuesta puede ser «evadirse». Él absorbe tantas heridas que van disminuyendo su autoestima, que a su vez contribuyen a una actitud de «¿por qué me deberían importar ustedes si yo no les importo?» En ese punto el fuego o bien se apaga, o es atizado con rabia y se convierte en el fuego que destruye en lugar de ser el fuego que purifica.

El hecho simple es que muchos pastores tienen un enojo sin resolver que no están dispuestos a admitir. Este enojo se adorna con frecuencia con frases tales como «ira santa» o «celo ministerial», pero sigue ahí de todas maneras. A veces ellos se enojan porque al igual que los niños, se sienten desconectados de sus padres, o quizás tienen resentimiento ahora porque el ministerio ha sido duro y desagradecido. Como ya se mencionó, las recompensas a sus esfuerzos sencillamente no valen la pena con relación al costo que hay que pagar.

Curas para el agotamiento

¿Cuál es la cura? El consejo usual sigue estas medidas: hacer ejercicio regularmente, descansar adecuadamente, salir de vacaciones, y reor-

ganizar las prioridades. Esas sugerencias contribuirían sin duda alguna a la recuperación, pero a menudo la raíz del problema tiene más profundidad.

¿Quién de nosotros no ha sacado tiempo para relajarse, únicamente para descubrir que no podemos a causa de un exasperante sentimiento de culpa o fracaso? ¿Qué hay de la ansiedad que sentimos mientras aguardamos la próxima reunión de la junta, cuando se va a discutir nuestra propuesta? ¿Y cómo podemos disfrutar de nuestras vacaciones si sospechamos que un miembro del consejo podría menoscabar nuestro liderazgo mientras estamos ausentes?

Hay una senda más segura.

La primera parte de la respuesta al agotamiento es estar controlado desde adentro más que desde afuera. Debemos estar satisfechos con hacer la voluntad de Dios y no con depender en exceso de las opiniones de los hombres. Eso puede requerir que nos alejemos de todo durante un retiro se una semana o incluso ausentarse para poder arreglar todas las cosas. Pero es en ese mundo interno y silencioso donde nos encontramos con Dios y donde eventualmente se encontrará la respuesta. Recuerde, el agotamiento es algo que nos hacemos a nosotros mismos y sólo secundariamente es algo que el ministerio nos ocasiona.

En *Ponga orden en su mundo interior* Gordon MacDonald describe la diferencia entre una persona impulsiva (como el rey Saúl) y una persona llamada (como Juan el Bautista). Una persona impulsiva se gratifica únicamente por los logros y sus respectivos símbolos. A menudo posee un furor volcánico que hace erupción en cualquier momento, cuando advierte oposición o deslealtad. Cuando no puede alcanzar sus metas en el ministerio público, se desilusiona porque su vida privada es vacía y carente.

Juan se dio cuenta de que las multitudes no le pertenecía; él ministraba como le parecía correcto al Señor. Él no necesitaba del alborozo que trae la afirmación pública, ni tampoco tuvo un concepto desenfocado de sí mismo. Él pudo verse tentado a pensar de sí como un gran predicador, pero él encauzó las multitudes hacia Cristo: «Es necesario que Él crezca, pero que yo mengüe» (Jn. 3:30).

La satisfacción de Juan no se basaba en su carrera, él pudo encontrar estabilidad en su mundo interno y privado. Los pastores que descuidan su mundo interno pronto se ven incapaces de sobrellevar el peso de las demandas externas que hay sobre ellos.

El agotamiento puede ayudarnos a recordar que debemos desarrollar

nuestro mundo interno. Puede ser que precisamente la experiencia que necesitamos es pasar tiempo en quietud ante el Señor y pedir su guía en aquellas áreas descuidadas donde hay fracaso. Quizás aquellos de nosotros que responden con un sí a demasiadas invitaciones, vamos a descubrir que no fuimos llamados a salvar el mundo. No tenemos que vivir conforme a las expectativas de nuestras congregaciones; podemos contentarnos sirviendo en fidelidad dentro de los límites propios de nuestros dones y aptitudes.

En 1749, Jonathan Edwards decidió romper con la tradición de la época e insistir que únicamente los que mostraran evidencias de su conversión tendrían permiso de participar en la comunión. Aunque él escribió un libro para defender sus puntos de vista, pocos lo leyeron. En lugar de eso, miembros resentidos asieron la causa y juntaron el apoyo suficiente para oponerse a Edwards. Los miembros de su iglesia lo censuraron abiertamente, acusándole de estar más interesado en sí mismo que en el bien de la iglesia. Tuvieron reuniones en su ausencia, y se sembró discordia a lo largo y ancho.

Finalmente, el 19 de junio de 1750, un concilio compuesto de muchas iglesias, se reunió y recomendó que se disolviera la relación entre Edwards y su iglesia. Cuando la iglesia misma votó, muchos de los que apoyaban a Edwards se mantuvieron alejados. En el recuento final, 230 miembros votaron por su dimisión; cerca de 29 personas votaron para que se quedaran. El acto ya había sido realizado.

¿Cómo asumió Edwards esta severa e injusta decisión? Un amigo cercano que lo había observado, escribió:

Ese fiel testigo recibió la sacudida, sin sacudirse. Nunca vi el más mínimo síntoma de desagrado en su rostro durante toda la semana, sino que *él parecía como un hombre de Dios, cuya felicidad está fuera del alcance de sus enemigos* y cuyo tesoro no era solamente un bien futuro sino presente, que pesaba mucho más que todos los males imaginables de la vida, aún para el asombro de muchos que no podían sentir descanso sin su dimisión.¹² (énfasis añadido)

Por supuesto que dolió. Sin duda que Edwards se sintió traicionado por sus amigos y solo cuando fue «separado de las personas entre quienes y yo hubo alguna vez la mayor unidad». Pero aún en esto él pudo ver la providencia de Dios. Dios lo utilizaría para hacer obra misionera

entre los indígenas y para escribir libros que serían de beneficio para generaciones futuras.

Años después, uno de los disidentes confesó que la verdadera razón que se escondía tras la oposición a Edwards había sido el orgullo. «Ahora veo que me dejé influenciar mucho por un gran orgullo, autosuficiencia, ambición y vanidad.» Pero ya era muy tarde.

Lo que quiero hacer ver es que Edwards pudo aceptar un trato injusto en el ministerio debido a que *su felicidad en Dios estaba fuera del alcance de sus enemigos*. He aquí un hombre que aprendió lo que Martin Lloyd-Jones diría muchos años después: «No permita que su felicidad dependa de la predicación, porque llegará el día en que ya no pueda predicar. Halle su felicidad en Dios, quien va a estar con nosotros hasta el final.»

La segunda parte de la respuesta al agotamiento es tener confidencias con amigos cercanos. Todo pastor debería tener varias personas, tal vez por fuera de su congregación, con quienes pueda ser honesto en cuanto a sus luchas. Todos nosotros necesitamos la aceptación y la confidencialidad de amigos que estén dispuestos a escuchar con cuidado y a orar con fervor.

Durante los días en que estemos inestables emocionalmente, todo se ve distorsionado. Necesitamos desesperadamente la perspectiva de aquellos que han conservado su equilibrio emocional. Bienaventurado es el pastor que puede ser abierto con por lo menos unos cuantos amigos durante sus desfallecimientos emocionales.

James B. Scott experimentó agotamiento y renunció a su iglesia. Él escribió: «La parte más difícil de la muerte de un sueño fue el sentimiento de pérdida y temor al no saber si cualquier otra cosa llegaría para reemplazar la pérdida». Pero en algún momento él se dio cuenta de que el ministerio estaba en las manos de Dios y no en las suyas. Él continuaba diciendo: «El quebrantamiento y la sanidad han producido, por el poder de Dios, resultados inesperados en mi vida. Es extraño cómo el dolor del quebrantamiento puede milagrosamente dar lugar a una plenitud y una aplicación de poder y recursos previamente desconocidos.»¹³

Muchos de nosotros necesitamos experimentar una vez más el poder de Dios en nuestro interior. Allí en su presencia, debemos encontrar significado y tranquilidad interiores, en lugar de seguir sustentados por la aprobación desde afuera. Dios quiere que descubramos que nuestro gozo proviene de Él y no de las actitudes impredecibles y a menudo conflictivas de los hombres.

Algunas veces puede ser que no podamos establecer la causa del agotamiento. Aún así, debemos interpretarla como un recordatorio de Dios, en el sentido de que nuestra vida interior necesita de especial atención. «En quietud y en confianza será vuestra fortaleza» (Is. 30:15). C.S. Lewis dice que el Señor nos grita en medio de nuestros dolores, pero yo podría añadir que Él también nos habla en medio de nuestras parálisis emocionales.

Jesús demostró tener una satisfacción interior que le permitió sobrellevar las tensiones de su ministerio. Cuando una inmensa multitud se reunía para escucharle, Él los decepcionó yendo a otro pueblo y dejándolos a la espera (Mr. 1:37-38). Cuando Cristo se enteró de que Lázaro estaba enfermo, se quedó donde estaba dos días más, sabiendo que la voluntad de Dios se estaba cumpliendo a pesar de la desilusión de sus amigas Marta y María (Jn. 11:6).

Cristo nunca parecía estar apresurado, porque lo único que le importaba era agradar al Padre. Debemos aprender de Él la importancia de jugar el juego para el entrenador y no por el tornadizo aplauso de los espectadores.

El agotamiento puede significar que se tenga que ofrecer madera fresca en el altar del corazón. El Dios de Elías tiene el poder de encender hasta la leña mojada si se coloca ante Él con docilidad y expectación.

El agotamiento no tiene por qué ser permanente si estamos dispuestos a esperar que Dios reavive la llama.

La iglesia y el mundo

¿ Quién influye a quién ?

Recientes encuestas de Gallup han dejado al descubierto tendencias conflictivas dentro de nuestra sociedad: la religión va en ascenso, pero también el crimen y la inmoralidad. George Gallup las define como «una gigante paradoja consistente en que la religión muestra claras señales de avivamiento, inclusive mientras el país está agobiado por el ascenso del crimen y otros problemas considerados como antitéticos frente a la piedad religiosa».

Dirigiéndose a líderes bautistas del sur en un seminario nacional, Gallup dijo: «Encontramos que hay muy poca diferencia entre la conducta ética de los asistentes a iglesia y la de aquellos que no son activos en alguna religión. Los niveles de mentira, trampa y robo son notablemente similares en ambos grupos.»

Ocho de cada diez norteamericanos se consideran a sí mismos como cristianos, dijo Gallup, pero solamente la mitad de ellos podía identificar a la persona que pronunció el Sermón del Monte, y todavía menos podían recordar cinco de los Diez Mandamientos. Únicamente dos de diez dijeron que estarían dispuestos a sufrir por su fe. Muchos estudiantes cristianos de universidad han adoptado un «contrato de guardar silencio», negándose amablemente a compartir su fe para poder ajustarse a los estatutos políticamente correctos de la universidad. De este modo, el deseo de graduarse es para ellos más importantes que representar a Cristo y asumir las consecuencias negativas de ello. A diferencia de la iglesia primitiva, pocos cristianos creen que padecer por el sufrido Salvador sea una medalla de honor.

Tener la religión en ascenso mientras baja la moralidad es una gran recriminación para el cristianismo. No nos excusemos solamente por-

que sospechamos que la mayoría de los que fueron entrevistados no eran creyentes nacidos de nuevo. Dentro del cristianismo evangélico se ha dado una proclividad preocupante a aceptar un cristianismo que no exige un andar con Dios que cambie la vida.

Gracias a nuestro conocimiento limitado de historia de la iglesia, muchos evangélicos no se dan cuenta de que la iglesia siempre ha sido una isla de rectitud en un mar de paganismo. Los primeros cristianos no contaban con el beneficio de una cultura o gobierno simpatizantes; ellos esperaban ser perseguidos y lo fueron. Pero como resultado, ellos «pusieron el mundo patas arriba». Nosotros estamos probando que es difícil formar santos que estén dispuestos a sufrir cuando ya se han acostumbrado a una cultura opulenta.

Religión a la carta

Al igual que cualquier persona nominalmente religiosa, decidimos qué vamos a creer y cómo vamos a actuar, sin interesarnos mucho en lo que enseñe la Biblia. F.H. Henry escribió: «Millones de protestantes, entre ellos muchos evangélicos, eligen y cambian de iglesia como lo hacen con su aerolínea, por criterios de conveniencia en los traslados, comodidad y economía». Para nosotros, así como para el mundo, es una religión «a la carta».

¿Cuál puede ser la razón de esto? Desde que el cristianismo evangélico se volvió popular unas cuantas décadas atrás, muchas personas se han sentido libres de identificarse con él sin pagar ningún costo personal. El estigma del cristianismo ha desaparecido, pero también lo ha hecho su poder.

Dentro del campo evangélico existe una tendencia creciente hacia la acomodación, esto es, que podamos seleccionar lo que nos gusta de la Biblia y dejar el resto ahí. Hemos quedado tan atrapados en el espíritu de nuestra era que cambiamos de color como un camaleón para mezclarnos con la última gama del mundo.

Cuando los activistas de los «derechos homosexuales» argumentan que la homosexualidad no es más que una «preferencia sexual alternativa», encontramos a evangélicos escribiendo libros donde convienen en que la Biblia no condena la homosexualidad. Dicen que los pasajes del Antiguo Testamento son parte de la ley y no se aplican en la actualidad, y que Pablo únicamente condenaba a los que se habían vuelto a la homosexualidad, no los que habían crecido de esa forma.

Cuando las feministas ejercen presión a favor de sus exigencias de

igualdad, algunos predicadores «reestudian» el Nuevo Testamento y descubren que Pablo realmente no quiso decir lo que escribió. Concluyen que el esposo no es la cabeza de la esposa y que las mujeres tienen derecho a ser ordenadas como ministros. Aún más estremecedora es la conclusión de un evangélico según la cual la opinión que Pablo tenía de las mujeres sencillamente era un error craso.

Cuando se pone de moda el socialismo en el país, tenemos a cristianos que defienden la aplicación de la teoría marxista para la redistribución de la riqueza. Y cuando el movimiento pacifista tuvo su apogeo, algunos evangélicos también se inscribieron en esa novedad.

Estoy de acuerdo en que debemos examinar nuestra forma de entender la Biblia en relación con temas actuales. Pero si acomodamos las Escrituras a cualquier viento que esté soplando, quedaremos tan absorbidos por nuestra cultura que no tendremos nada que decirle. En nuestro celo por ser relevantes habremos perdido nuestra voz profética.

Ahora recuerdo al niño que compró un canario y lo puso en la misma jaula del gorrión, esperando que éste aprendiera a cantar. Después de tres días, disgustado se dio por vencido. El gorrión no hacía los sonidos del canario; por el contrario, ahora el canario sonaba igual que el gorrión.

En *The Great Evangelical Disaster* (El gran desastre evangélico), Francis Schaeffer dice: «He aquí el gran desastre evangélico: el fracaso del mundo evangélico de encarnar la verdad como verdad que es... La iglesia evangélica se ha acomodado al espíritu del mundo y de la época.»¹⁴

Sin importar cuánto desaprobemos al teólogo alemán Rudolf Bultmann por haber rechazado las partes de la Biblia que no se ajustaban a sus caprichos, nosotros hacemos lo mismo cuando de poner en práctica la verdad bíblica se trata. Nuestras acciones muestran que la autoridad de las Escrituras reside en nosotros y no en el texto mismo.

¿Cuál es el resultado de este acomodo que escoge y toma lo que quiere de un bufete con diversidad de platos religiosos? La sociedad está siendo abrumada por las sectas, inundada con pornografía, y destruida por el aborto en demanda.

Casi existen tantos divorcios dentro de la iglesia como fuera de ella. También se encuentran perversiones sexuales de todo tipo dentro de la comunidad eclesiástica. Como Gallup lo sugiere, la conducta ética de los que asisten a una iglesia y los que no es marcadamente similar.

La nueva filosofía de que «Dios quiere que seas rico, feliz y sano» ha

apelado a una generación que acepta al instante los beneficios de un cristianismo sin su penosa obediencia. Como un niño parado frente a una máquina de monedas, esperando ganar el premio mayor con una sola moneda, muchos de los que van a la iglesia esperan recibir la máxima retribución con un compromiso mínimo. Cuando no son sanados o no consiguen una promoción, agarran su moneda y se van a otra parte.

Nuestra respuesta

¿Cómo deberíamos responder ante tal actitud? Quizás tengamos que empezar volviendo al evangelio, tal como se encuentra en el Nuevo Testamento. Muchos de nosotros estamos cansados de la «regeneración por decisión» mediante la cual declaramos salvos a las personas por haber caminado por un pasillo o llenado una tarjeta de decisión. Olvidamos las palabras de Cristo: «Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada» (Mt. 15:13).

No estoy diciendo que debemos añadir estipulaciones al ofrecimiento gratuito del evangelio, sino que no debemos creer que la gente se regenera porque nos lo dicen o porque hayan cumplido uno de nuestros requisitos. La diferencia entre creyentes e incrédulos será más patente cuando nos demos cuenta de que únicamente los que son llamados por Dios vendrán a Él; solamente cuando la salvación se considere de nuevo como una obra de la soberana gracia de Dios, podremos apreciar sus implicaciones y su poder transformador.

Debemos enseñar a los creyentes que la vida cristiana tiene tanto privilegios como responsabilidades. Tomar nuestra cruz significa precisamente eso: una disposición a sufrir porque pertenecemos a Cristo.

Específicamente, debemos sacar a la luz el pecado del culto individualista del «primero yo» que ha infestado a la iglesia. Hemos leído acerca de la mujer de una pequeña congregación en Oklahoma que llevó a tres ancianos a la corte por haberle aplicado la disciplina de la iglesia. Ella objetó a la idea de confesar a la iglesia su pecado. Después de ganar la demanda y haber recibido una compensación económica mayor al presupuesto de la congregación para seis años, ella declaró: «No estoy diciendo que no fuera culpable. Sí lo era. Pero eso no era de su incumbencia.»

En este caso, la sumisión al liderazgo de la iglesia (He. 13:17) y la clara enseñanza de que no debemos llevar a juicio ante los tribunales humanos a hermanos en la fe (1 Co. 6:1-8), fueron puestas a un lado para favorecer intereses personales. El abogado de ella señaló: «Él era

un hombre soltero. Ella era una señorita soltera. Y esto es América.» En otras palabras, aunque la obediencia a los líderes de la iglesia pueda ser encomiable bíblicamente, es contraria al estilo de vida norteamericano.

Cuán diferente es esto del espíritu de Jesús, quien no se agradó a sí mismo sino que se humilló a sí mismo y fue obediente hasta la muerte (Ro. 15:3; Fil. 2:7-8). Él lo hizo por nosotros, pero aún más importante, lo hizo por Dios.

También debemos aprender que la obediencia selectiva suprime la autoridad de Dios. Todos hemos sido tentados a ignorar la disciplina de la iglesia por temor a las críticas, a que se nos acuse de inconsistentes, o posiblemente a una división dentro de la iglesia. ¿Pero acaso nuestra bien intencionada negligencia contribuye al avance de la obra de Cristo?

Bajo la apariencia de ser relevantes, amorosos y de mente amplia, debilitamos el impacto del evangelio. No es de sorprenderse que el miembro de una gran iglesia evangélica pudiera decirme: «No puedo recordar la última vez que hayamos tenido una persona salva».

Como pastores, recordemos que no somos los que determinamos qué deberíamos predicar, quién puede casarse nuevamente en nuestra iglesia, o cuál debería ser la estructura del hogar. No nos corresponde decidir si debemos o no ser selectivos en los programas de televisión que vemos, en cuánto debemos ofrendar, o si debemos testificar a nuestros vecinos. Nosotros somos siervos en cadenas de Jesucristo, con la obligación de buscar en las Escrituras para encontrar la respuesta a la pregunta de: «Señor, ¿qué quieres que yo haga?» (Hch. 9:6).

George Gallup es optimista, él cree que si se nutre adecuadamente, la nueva conciencia religiosa en Norteamérica podría traer más conversiones genuinas a la iglesia. Pero yo temo que no ocurrirá mientras siga estando borrosa la distinción entre la iglesia y el mundo. Hemos recorrido un largo camino que nos ha alejado de la iglesia primitiva, cuando el temor caía sobre las multitudes y «de los demás, ninguno se atrevía a juntarse con ellos» (Hch. 5:13).

Los millones que ordenan su religión «a la carta» descubrirán algún día que han consumido el menú equivocado. Solamente aquellos que paguen el precio de la obediencia pueden disfrutar la nutrición que suministra el pan del cielo.

No son las personas que dicen ser cristianas quienes harán un impacto en nuestro país, son solamente aquellas que aceptan el costo y que viven la vida cristiana.

La consejería

¿Tenemos que ser expertos en psicología ?

¿Un pastor sin entrenamiento en psicología está calificado para aconsejar a su rebaño, o debe limitarse a la consejería espiritual y remitir los casos más difíciles a profesionales?

Muchos graduados de universidades bíblicas consideran que deben conseguir un doctorado en psicología en una universidad del estado para poder convertirse en consejeros. Ellos creen que tienen que combinar el entrenamiento psicológico con su conocimiento bíblico para alcanzar un máximo de efectividad. Pero psicólogos y teólogos debaten acerca de hasta qué punto los estudios psicológicos pueden integrarse exitosamente con la Biblia.

Personalmente, tengo cautela frente a los intentos de integración. No hallo ningún sustento bíblico para distinguir un problema espiritual de un problema psicológico. En su raíz los problemas psicológicos del hombre son espirituales, a menos que sean resultado de causas físicas o químicas, ¿y dónde podríamos encontrar un mejor análisis de la necesidad del hombre así como su remedio sobrenatural, que en las Escrituras? Pedro escribe que por el divino poder de nuestro Señor nos ha sido dadas «todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad, mediante el conocimiento de Aquel que nos llamó por su gloria y excelencia» (2 P. 1:3).

Pablo escribe: «Porque en Él [Cristo] habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en Él, que es la cabeza de todo principado y potestad» (Col. 2:9-10). Eso deja poco espacio para el empleo de técnicas de la psicología secular para ayudar a que los cristianos alcancen su completa salud emocional y espiritual.

Soy muy consciente de que este asunto de la integración es más com-

plicado de lo que parece en la superficie. Es fácil decir que únicamente deberíamos utilizar la Biblia y tener oídos sordos frente a todo lo que la psicología podría enseñarnos. Pero gracias a una gracia compartida, aún los que no creen en la Biblia han dado ocasionalmente en el blanco de las verdades bíblicas. Así que la psicología puede tener algún valor para ayudarnos a entender la triste situación del ser humano; puede ofrecer material para el análisis, pero deben entenderse sus limitaciones y su potencial para el engaño.

Larry Crabb en su libro *Effective Biblical Counseling* (Consejería bíblica efectiva), arguye que nosotros debemos «expoliar a los egipcios», es decir, hacer uso de los conceptos, principios y técnicas de la psicología que sean consistentes con las Escrituras, para que nos ayuden a ser más efectivos. Aprecio su deseo de poner a prueba los presupuestos de las teorías seculares para que pudiéramos aceptar únicamente lo que fuera bíblico.¹⁵

Es interesante que en escritos más recientes, Crabb ha llegado a la conclusión de que los consejeros profesionales con frecuencia no logran los resultados que se les atribuyen. Él cree que lo que en realidad necesitan las personas quebrantadas es el amor y apoyo de la iglesia, el cuerpo de Cristo. Cuando nuestro cuerpo físico sufre una herida, éste tiene la capacidad de sanarse, y de manera similar, una iglesia saludable tiene el poder de suministrar sanidad a sus miembros heridos.

Crabb dice que también se debe dar el humilde reconocimiento de que algunos miembros del cuerpo nunca serán sanados hasta que lleguen al cielo. Sin duda, nuestra primera prioridad nunca debería ser que las necesidades emocionales que tengamos sean satisfechas, sino más bien adorar a Dios. De modo que las filosofías de consejería están mal enfocadas, debemos retomar a la convicción de que nuestro deseo de Dios debe prevalecer sobre nuestro deseo de ser «arreglados». En palabras de Crabb: «Nuestra agenda consiste en arreglar el mundo de modo que algún día este pueda cuidar bien de nosotros. La agenda de Dios consiste en juntar todas las cosas en Cristo hasta que toda rodilla se doble ante Él.»

Y esa es en últimas la razón por la que debemos ser bíblicos en nuestra consejería. Mientras las teorías seculares pueden que alivien el dolor de alguien y las recomendaciones puramente psicológicas puedan ayudar a los que sufren para enfrentar sus problemas, al final de cuentas es su relación con Dios lo que realmente importa. Un consejero bíblico siempre va a mirar más allá del tiempo hacia la eternidad.

La consejería puede quedar mejor descrita como un discipulado acelerado. Consiste en ayudarle a las personas a aplicar la solución de Dios a sus problemas, es una nueva orientación de sus vidas para que se dirijan hacia lo que realmente va a ser importante para toda la eternidad.

Una aproximación bíblica

Es desafortunado que la expresión «consejería bíblica» tenga una connotación negativa. Algunas personas creen que significa que el antídoto para cualquier problema es tan sólo la información, y que la relación entre el consejero y la persona que recibe consejo es por lo tanto mecánica e impersonal. Otros la ven como una simple filosofía que sencillamente pretende sacar a la luz pecados ocultos, y si estos son confesados y abandonados todo va a salir bien.

Una aproximación íntegramente bíblica rechaza tal noción simplista. Pablo hizo énfasis en la dimensión personal de la exhortación y el dar ánimo. Él fue como un padre para los que necesitaron disciplina y una madre para los que requerían de tierno cuidado (1 Ts. 2:7).

Una historia familiar del Antiguo Testamento ilustra el punto de que con frecuencia únicamente las recomendaciones piadosas pueden descubrir la causa de raíz de un problema y prescribir una cura. En Josué 7, Israel perdió a treinta y seis hombres cuando trató de conquistar a Hai. ¿Qué diría un analista secular de la ignominiosa derrota? ¿que el ejército había empleado la estrategia equivocada? ¿que las armas eran anticuadas? ¿que se habían enviado muy pocos hombres al campo de batalla?

De manera increíble, las cuestiones militares no tuvieron nada que ver con la derrota de Israel. Dios dijo que la razón había sido que un hombre había robado algunos artículos y los había escondido en su tienda (Jos. 7:10-12). El pecado de un hombre incriminó a los demás. Dios estableció una relación de causa-efecto que desafía el análisis científico. El hombre secular a menudo fracasa en descubrir la verdadera naturaleza de un problema porque la causa puede residir por entero en un campo ajeno a su investigación. Las causas espirituales pueden ser descubiertas únicamente por los que cuentan con la iluminación de las Escrituras respecto a los caminos de Dios y a su forma de tratar con los hombres.

Si yo hubiera tenido que relatar la historia de Acán, habría dicho: «Acán pecó». Pero el comentario de Dios al respecto fue: «Los hijos de Israel cometieron una prevaricación» (Jos. 7:1). Israel era una colectividad espiritual de bienes comunes que había quedado unificada por un pacto.

Existe una relación similar entre los miembros de una familia. «Yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen» (Ex. 20:5). Cuando Cam actuó de manera indecente, su hijo Canaán recibió la maldición (Gn. 9:25). Hay demonios que pueden atormentar a toda una línea familiar, dando como resultado que un niño pueda ser afligido (Mr. 9:20-21). En tales casos, la influencia de los padres y abuelos debe romperse. Tal vez por eso es que el pueblo de Israel confesaba los pecados de sus padres (Neh. 9:2).

De igual modo, con frecuencia las bendiciones pueden atribuirse a influencias piadosas. El Señor muestra «misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos» (Éx. 20:6). Salomón fue librado de juicio a causa de su padre David (1 R. 11:12). Labán fue bendecido por causa de Jacob (Gn. 30:27). Y el cónyuge incrédulo de un matrimonio es apartado para recibir privilegios espirituales gracias a un cónyuge creyente (1 Co. 7:14).

En lo tocante al cuerpo de Cristo, Pablo escribió: «Si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan» (1 Co. 12:26). Aquí vemos de nuevo que nuestras vidas están relacionadas entre sí. Debemos reconocer que una parte del cuerpo no puede sufrir sin que todo el ser se vea afectado. Pero afortunadamente, también es cierto que entre más saludable sea el cuerpo, tendrá una mayor capacidad de traer sanidad a sus miembros dolientes.

Esta solidaridad nos ayuda a entender las consecuencias del pecado y a curar con mayor claridad. Podremos entender mejor cómo ocurre la sanidad.

Un conocimiento reflexivo de las Escrituras al lado de un corazón compasivo bajo la guía del Espíritu, pueden ser utilizados para descubrir la causa de raíz de problemas que se escapan de una aproximación puramente psicológica. Y lo que es importante recordar es que no existe una prescripción correcta para todo problema.

El cuerpo sana por sí mismo

Cuando un hermano en la fe cae en pecado, parte de la responsabilidad puede ser nuestra. Si un miembro es frío espiritualmente, hace bajar la temperatura de los que le rodean. Si yo tropiezo, puedo hacerte caer conmigo. Estamos unidos en nuestros fracasos.

Cuando la iglesia propaga su fortaleza por todo el cuerpo, se libera

poder espiritual. Los creyentes derrotan la depresión, perdonan a padres abusivos, y desarrollan imágenes saludables de sí mismos cuando el cuerpo suministra amor y aceptación. Personalidades fragmentadas pueden juntarse de nuevo dentro del contexto de un grupo de personas que ven las necesidades de los demás como suyas.

Nadie aconseja con un sentido de desconexión cuando se da cuenta de que el fracaso es una experiencia compartida. Cuando una familia desbarata, a todos nos duele. Mi primera respuesta a la derrota de un creyente debería ser examinar mi propio corazón.

Tal forma de entender las Escrituras no absuelve a los individuos de su responsabilidad, ya que nosotros no estamos programados por las actuaciones de los demás. Dios ha integrado la influencia de los padres con la responsabilidad individual (Ez. 18:20).

La familia de la iglesia tiene una inmensa deuda con Dios a causa de nuestra desobediencia, cargamos con el peso de nuestros pecados como cuerpo así como individualmente. Los guerreros que fueron a conquistar Hai se habrían preocupado más por la vida espiritual de Acán, si hubieran recordado que sus acciones estaban vinculadas a las de ellos.

El pecado personal también se da en relaciones interpersonales. Las obras de la carne vienen por grupos. No podemos tolerar el pecado en una parte de nuestra vida y estar experimentando victoria en otro. Si cerramos una habitación de nuestras vidas a Dios, la oscuridad se ciernen sobre toda la casa.

Un hombre que luchaba con la pornografía no pudo vencer su pecado secreto hasta que hizo restitución por unos artículos que había robado muchos años atrás. Otro hombre dejó de fumar cigarrillos después de pedir a sus padres que lo perdonaran por la rebelión de su juventud, aceptando la responsabilidad por los días en que había empezado con el vicio en contra de los deseos de ellos.

En consejería matrimonial, algunas veces he preguntado a una pareja si han tenido sexo premarital. «¿Y eso qué diferencia hace?» contestan. Pero si lo hicieron, han plantado semillas que han dado su amargo fruto. Han olvidado que nunca se cosecha en la misma temporada en que se siembra.

El pecado hace germinar semillas en cualquier cantidad de direcciones impredecibles. Si la codicia puede conducir a la derrota de un ejército, ¿acaso hacer trampa en los impuestos al ingreso no va a conducir a irritación excesiva y hasta inmoralidad? Santiago dice: «El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos» (Stg. 1:8).

Este conocimiento de los efectos del pecado debería influir en nuestra consejería. Debemos ver el fracaso en su contexto amplio y sacar tiempo para hacer un buen inventario espiritual.

¿Cómo podemos haberle fallado a nuestros hermanos y hermanas en Cristo? ¿Qué pecados ocultos dentro de una familia o iglesia pueden haber provisto el clima propicio para peleas maritales, pecados morales, o perturbaciones emocionales? Debo pedirle a Dios que examine mi corazón y después buscar su sabiduría para identificar la causa de una derrota personal y corporativa.

Yo creo que si Josué hubiera acudido a Dios antes de enviar hombres a Hai, el Señor le habría revelado el pecado secreto de Acán, e Israel se habría librado de esa derrota. Pero Josué actuó apresuradamente. Incluso en una ocasión posterior, se metió en problemas por no buscar el consejo del Señor (Jos. 9).

Cuando se encuentra pecado sin confesar, este debe ser juzgado. Acán y su familia fueron apedreados y luego consumidos por el fuego (Jos. 7:25). Se dejó un montón de piedras en el valle de Acor como recuerdo de ese evento vergonzoso, y «Jehová se volvió del ardor de su ira» (v. 26).

Pero a menudo el Señor sí nos juzga como individuos y como iglesias porque no hemos estado dispuestos a realizar una profunda limpieza casera en nuestras vidas. El Espíritu Santo está dispuesto a examinar nuestros corazones cuando somos honestos con Él (Sal. 139:23-24).

Acor significa «problema», una aparente referencia al riguroso juicio que Acán y su familia recibieron allí. Pero cientos de años después, el profeta Oseas decía que el valle de Acor habría de ser una puerta de esperanza (Os. 2:15). El pecado oculto se convierte en lugar de juicio; no obstante, cuando el pecado se confiesa y abandona, ese lugar se convierte en una puerta de esperanza. Una vez el pecado fue arrojado, Josué y sus hombres derrotaron a Hai, aparentemente sin perder un sólo soldado. Cuando el pecado es juzgado, fluye la bendición.

Todo pastor debe sentirse cómodo con su propia filosofía de la consejería, pero yo sospecho que todos tendríamos más éxito si buscásemos la sabiduría de Dios para descubrir las causas del fracaso espiritual. Dios quiere levantar un monumento de victoria en el valle de la derrota, y Él nos ha dado las herramientas para ayudarlo a hacerlo.

Que nadie diga que mi teoría de la consejería no es más que la cacería del pecado oculto. En algunos casos, la causa puede ser un pecado en general y no tiene que confesarse un pecado específico.

He aprendido varias lecciones muy importantes en la consejería. Primero, que no podemos esperar que se maneje la misma aproximación para todos los problemas. Algunas veces tenemos que tratar de sacar a la luz el pecado; en otras ocasiones, sencillamente debemos dar amor y apoyo. Un niño abusado, por ejemplo, necesita amor y aceptación incondicionales. Con mucha probabilidad, sus problemas emocionales no serán resueltos tratando de revelar pecados ocultos, si bien el perdón hacia sus padres se hará necesario en algún momento.

Siento lástima por los consejeros que piensan que todas las personas necesitan la misma aproximación, el mismo análisis y la misma verdad. Cada persona es diferente, cada una requiere de una aproximación individualizada. No todo el mundo sufre a causa del rechazo, no todos los que están deprimidos luchan con el enojo. No todos pueden ser ayudados diciéndoles que sólo tienen que «obedecer a Dios» y que todo va a salir bien.

Segundo, aunque mis experiencias en consejería no son abundantes, he visto los mejores resultados a través de la oración persistente y de fe. Paso una buena cantidad de tiempo orando por la persona a quien estoy aconsejando, y también hago que él o ella oren de acuerdo a mi orientación. Soy un firme creyente en la promesa de que Dios no nos da únicamente la sabiduría sino que también derrama su sanidad en las vidas de todos los que le buscan de todo corazón. «Él sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas» (Sal. 147:3).

No necesitamos ser expertos en psicología para ser consejeros efectivos. Solamente necesitamos tener un buen conocimiento de las Escrituras y ser emocionalmente sensibles para tener acceso a las necesidades de nuestra gente. Nuestra fe no es en nosotros mismos sino en el «Admirable Consejero» que atenderá nuestras oraciones cuando clamemos a Él.

.13.

La adoración

¿Puede ocurrir en un culto estructurado?

Como recién casada, una mujer que vivía en una remota villa soñaba con la seguridad y la felicidad que le depararía su matrimonio. Quizás sus expectativas no eran muy realistas, tal vez estaba demasiado preocupada con sus propias ambiciones para reconocer las primeras señales de tensión en su matrimonio. Pero las tensiones se multiplicaron de la noche a la mañana. Eventualmente ella y su esposo estuvieron de acuerdo en que ya no podían vivir juntos por más tiempo. La decisión fue desgarradora pero parecía ser necesaria, y finalmente se divorciaron.

El tiempo sana todas las heridas, o por lo menos aminora el dolor. Después que la mujer ya estaba recuperada emocionalmente, conoció a un hombre que parecía tener todas las cualidades que le habían faltado a su primer esposo. Este matrimonio sería un éxito, pensó ella.

Cuando su segundo matrimonio empezó a dar señales de tirantez, la mujer no se atrevió a pensar que terminaría como el primero, y sin embargo, los fundamentos de aquella relación empezaron a desmoronarse. Antes que pasara mucho tiempo, la mujer experimentó un segundo divorcio.

Algunas mujeres habrían enterrado sus frustraciones en una carrera, habrían ido a instalarse en otra ciudad, regresado al estudio o aprendido algún oficio. Pero esta mujer no podía. Su familia no solamente creía que el lugar de una mujer es en la casa, sino también que debe obedecer los caprichos de su esposo. Es más, en su localidad no había trabajos disponibles para mujeres. Todo lo que ella sabía y *podía* saber, era realizar el trajín rutinario de los oficios domésticos.

Su decisión de casarse por tercera vez fue fácil de tomar. Para ese momento, la mujer tenía amargura para con Dios y resentimiento hacia los hombres. Si su matrimonio no funcionaba, un nuevo divorcio la li-

braría del yugo de unos votos sin sentido. Como ya era predecible, pasó por un tercer divorcio, luego un cuarto y un quinto.

Cuando conoció a otro hombre, decidió no molestarse con la formalidad de una boda, sencillamente vivieron en unión libre.

Y entonces ella conoció a Jesucristo, quien le ofreció agua viva. También la invitó a adorar al Dios Altísimo. «Nuestros padres adoraron en este monte», ella se adelantó a decir (Jn. 4:20). «Mujer, créeme», le respondió Cristo, «que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre ... Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque tales adoradores busca que le adoren» (Jn 4:21,23). Cristo le extendió a ella una invitación para convertirse en adoradora, y a través de ella, la invitación se extiende a todos nosotros.

La esencia de la adoración

«Adorar», dijo William Temple, arzobispo de Canterbury de 1942 a 1944, «es despertar la conciencia mediante la santidad de Dios, alimentar la mente con la verdad de Dios, purgar la imaginación con la belleza de Dios, abrir el corazón al amor de Dios, y consagrar la voluntad al propósito de Dios.»¹⁶

La mujer en el pozo consideraba la adoración como un asunto de conformidad externa. Pero Cristo enseñó que era un asunto de espíritu y verdad. Los judíos adoraban en Jerusalén, los samaritanos en el monte Gerizim. Desde ese momento, la adoración no podría quedar confinada a la geografía, ya no era una cuestión de estar en el templo o sobre el monte correctos.

Con cuánta frecuencia asumimos que debemos estar en la iglesia para adorar. Se nos dice que la edificación de la iglesia es «la casa de Dios», pero eso puede desviarnos. En el Antiguo Testamento, Dios moraba en el templo; su gloria se había instalado dentro del lugar santísimo. Pero Dios no se agradaba de la adoración en el templo de Jerusalén, ni tampoco se impresiona con nuestra adoración en catedrales de la actualidad.

Hoy en día el lugar santísimo está ubicado en el cuerpo de cada creyente. La adoración puede tener lugar en cualquier parte; siempre estamos en la presencia de Dios, y Él se encuentra disponible para recibir nuestra adoración. La adoración no consiste simplemente en escuchar un sermón, apreciar la música de un coro o juntamos a cantar himnos. De hecho, no es necesariamente orar, porque la oración algunas veces sale de un corazón no quebrantado ni rendido. La adoración no es una actividad externa precipitada por el ambiente adecuado. Adorar en espí-

ritu es acercarse a Dios con un corazón no dividido. Debemos venir en plena disposición sin esconder nada o desconociendo su voluntad.

Agustín habló de los que han tratado sin éxito de encontrar a Dios. «Probablemente se habían envanecido con su orgullo de erudición y se desviaban al buscarle porque fustigaban sus torsos en lugar de darse golpes de pecho.»

En la adoración, nuestra hambre de Dios es a la vez satisfecha e incrementada. En su presencia, deseamos «toda la plenitud de Dios» y queremos acabar con el pecado, queremos que la iglesia sea purificada, y anhelamos el retomo de Cristo. Hasta sentimos nostalgia por llegar a nuestro hogar en el cielo.

Dirigiendo a otros en la adoración

¿Cómo podemos siendo pastores, ayudar a que nuestra gente adore? Primero, *debemos enfatizar que la adoración demanda preparación*. Las personas no pueden adorar si no se han encontrado con el Señor antes de llegar a la puerta. Los sesenta minutos que preceden a la escuela dominical y al culto significan para muchos cristianos, la hora menos santa de la semana. Comer, vestirse, y correr por la casa para terminar esas labores de último minuto y después conducir hasta la iglesia enfadados los unos con los otros, no es lo más conducente a tener un corazón preparado y dispuesto. Lo que hacemos *antes* del servicio determinará lo que ocurra *dentro* del servicio.

La forma de adoración no es tan importante como la condición espiritual del corazón humano. John MacArthur Jr. escribió en *The Ultimate Priority* (La prioridad última): «Si nuestra adoración como cuerpo no es la expresión de nuestras vidas individuales de adoración, entonces es inaceptable. Si usted cree que puede vivir de la forma en que quiera y después ir a la iglesia el domingo por la mañana para unirse en adoración con los santos, está equivocado.»¹⁷

David dijo: «Afirma mi corazón para que tema tu nombre» (Sal. 86:11). Nuestras congregaciones también deben acercarse a Dios con un solo enfoque en sus mentes y con resolución plena. No nos atrevamos a pensar que la adoración ocurre automáticamente porque todos nos encontremos reunidos en el mismo lugar.

En segundo lugar, *debemos adorar en verdad*. La adoración no es solamente un ejercicio emocional sino una respuesta del corazón basada en la verdad acerca de Dios. «Cercano está Jehová a todos los que le invocan, a todos los que le invocan de veras» (Sal. 145:18). La adoración que no se basa en la Palabra de Dios no es más que un encuentro emocional con uno mismo.

¿Recuerda lo que ocurrió cuando Nehemías le pidió a Esdras que leyera los rollos de las Escrituras? «Bendijo entonces Esdras a Jehová, Dios grande. Y todo el pueblo respondió: ¡Amén! ¡Amén! alzando sus manos; y se humillaron y adoraron a Jehová inclinados a tierra» (Neh. 8:6). La verdad de Dios en sus mentes fue lo que llevó a los israelitas a doblar sus rodillas en adoración.

En su libro *Between Two Worlds* (Entre dos mundos), John Stott dice: «La Palabra y la adoración se pertenecen mutua e indisolublemente. Toda adoración es una respuesta inteligente y amorosa a la revelación de Dios, porque ella misma es la adoración de su nombre. Por lo tanto, la adoración aceptable es imposible sin la predicación, porque al predicar se da a conocer el nombre del Señor, y la adoración es alabar el nombre del Señor dado a conocer.»¹⁸

No puede haber adoración sin obediencia a la verdad. Por eso es que la adoración a menudo involucra el sacrificio. No se trata solamente de alabar a Dios, sino de alabarle a través de nuestra respuesta instantánea a sus demandas. Cuando se le pidió a Abraham que sacrificara a Isaac, él dijo a sus siervos: «Esperad aquí con el asno, y yo y el muchacho iremos hasta allí y adoraremos, y volveremos a vosotros» (Gn. 22:5). Abraham esperaba inmolar a su hijo, pero aún así estuvo dispuesto a llamar eso adoración. La adoración es querer a Dios más que la vida de un hijo. Y no podemos adorar en la iglesia a menos que hayamos tomado algunas decisiones difíciles para Dios durante la semana. Hablar de adoración sin rendición es como esperar que un avión vuele con un ala.

La gente que vivió en el tiempo de Isaías no fue condenada por cantar las canciones equivocadas. Dios no los juzgó por haber hecho oraciones no ortodoxas. La nación incluso traía sacrificios, pero les faltaba tener corazones rendidos. Cristo, citando a Isaías, dijo:

«¡Hipócritas!, Bien profetizó Isaías de vosotros cuando dijo:
 “Este pueblo con los labios me honra,
 Pero su corazón está muy lejos de mí.
 Mas en vano me rinden culto,
 Enseñando como doctrinas preceptos de hombres”.»
 (Mt. 15:7-9BLA)

Hablar es corriente y no cuesta nada. La obediencia a la verdad es lo que realmente importa. Por eso es que la oración siempre tiene un gran

costo. Significa que nos presentamos ante Dios con un cheque firmado pero en blanco.

Por último, *Cristo dijo que la adoración es un asunto prioritario*:: «Así quiere el Padre que sean los que le adoren» (Jn. 4:23 NVI). A primera vista, esa declaración parece insólita. ¿Acaso toda la gente, especialmente los cristianos, no tendrían el deseo adorar a Dios el Padre? ¿No sería natural para nosotros, las criaturas, sentir la necesidad de encontramos con nuestro Creador? Sin embargo, es Dios Todopoderoso quien realiza la búsqueda. Me atrevo a pensar que relativamente pocas personas han respondido.

¿Cómo podemos atraer a nuestras congregaciones para aceptar este ofrecimiento de Dios? Para empezar, *debemos ser adoradores nosotros mismos*. Si no programamos un tiempo para adorar a Dios significativamente, no podemos esperar que nuestras iglesias lo hagan. Ann Ortlund escribió: «Una congregación no se quebranta porque el ministro se lo indique. Se quebranta cuando él lo hace.»

En segundo lugar, *debemos concentrarnos en compartir con nuestra gente las glorias de la persona que Dios es*. Deberíamos hacerles saber que la vida cristiana es mucho más que procurar libramos del pecado.

Los cristianos también deben anhelar acercarse a Dios. Si estamos apagando nuestra sed en fuentes prohibidas, no tenemos razón alguna para esperar que Dios nos satisfaga. Si no somos alimentados con el pan del cielo, nos sentiremos saciados con las migajas del mundo. Una vez que nos hayamos vuelto adictos a la nutrición del mundo, se dañará nuestro apetito de Dios.

¿Cómo puede aplicarse esto al próximo domingo en la mañana? Los pastores no son actores que se desenvuelven en un escenario para una multitud de pasivos espectadores. Más bien, la congregación entera debe participar mientras que Dios, quien representa al auditorio, observa para ver qué tan bien lo hacemos. Dios nos está vigilando para encontrar a aquellos cuyos corazones son perfectos para con Él.

Empecemos haciendo la pregunta: ¿Cómo podemos elevar a nuestras congregaciones hasta la presencia de Dios y dejarlas allí para llorar, alabar y disfrutar? ¿Hacemos énfasis en que realmente se encuentran en escena ante Dios? ¿Existe una espontaneidad planeada, donde el Señor se sienta libre de hacer algo que no está en la lista de actividades del boletín?

Dios le otorgó el privilegio de la adoración a una mujer inmoral. Sin importar cuáles habían sido sus fracasos en el pasado, la adoración era para ella una posibilidad emocionante. Ahora Él nos extiende la misma invitación a nosotros. Debemos responder con nuestra presencia en adoración.

Invitaciones públicas

¿Estamos siendo mal interpretados?

«Los que quieran aceptar a Cristo como Salvador, por favor levántense de sus puestos y acérquense al frente de la plataforma.»

La mayoría de nosotros hemos escuchado invitaciones como ésta desde que éramos niños. Y si fuéramos tímidos, bien podríamos concluir que sencillamente no podíamos ser salvos.

En algunas iglesias, abandonar la invitación sería considerado como el primer paso hacia el liberalismo. Incluso los que consideran que «pasar al frente» no tiene ningún sustento bíblico, todavía practican con regularidad las invitaciones públicas y nunca se les ocurriría cambiarlas por otra cosa.

En las mentes de muchos, hacer que la gente pase adelante es una prueba de que el pastor es evangelístico y de que Dios está obrando. Sin importar qué ocurra en el salón de consejería, el hecho de que se haya presentado una señal exterior le da a la congregación el sentimiento de que la iglesia está en la jugada.

Pero este último verano, mientras estaba sentado en la banca de un parque, y escuché a un joven predicador exhortar a las personas para que pasaran al frente a recibir a Cristo, me di cuenta una vez más de nuestra urgente necesidad de pensar nuevamente en nuestro método para extender invitaciones. No importa cuán acostumbrados ya estemos a ellas, debemos someter nuestra práctica a un riguroso escrutinio bíblico.

Charles Finney estuvo entre aquellos primeros evangelistas que hacían el llamado para que las personas pasaran al frente durante un servicio. Él defendía la práctica diciendo que cumplía la misma función que el bautismo en los días de los apóstoles. El problema es que estaba «ensillando antes de traer las bestias»; porque el bautismo es una señal de

que la persona se ha convertido, no es un requisito previo para la conversión. Desde el tiempo de Finney, las invitaciones públicas han generado malos entendidos muy parecidos.

En algunas iglesias, pasar al frente y «venir a Cristo» se concatenan hasta el punto de que las personas llegan a creer que una acción no puede ocurrir sin la otra, y que pasar al frente equivale a «venir a Jesús».

¿Qué ocurre cuando fusionamos estos dos actos independientes entre sí? Básicamente, se perpetúa la noción de que caminar frente a una multitud tiene de por sí algún mérito especial en el proceso de conversión. Aquellos que tienen temor de pasar al frente realmente pueden llegar a pensar que no pueden salvarse.

Cuando yo tenía diez años, me sentía demasiado incómodo por tener que caminar frente a varios centenares de personas. Así que yo sufría a lo largo de aquellas invitaciones en las que cantábamos todas las estrofas de un himno media docena de veces. Entretanto yo pensaba: *«Si tengo que ir caminando hasta allá pasando frente a toda esa gente, entonces me va a tocar ir al infierno»*.

Más recientemente, asistí a una reunión donde el evangelista dijo: «¡Vengan corriendo a Cristo!» Una pareja se puso en pie y corrió hasta adelante, y él dijo: «¡Vean esta pareja! ¡Otros más entre ustedes deberían levantarse y *correr* hasta Cristo!» Sentí lástima por las personas con incapacidades físicas que ni siquiera serían capaces de «caminar hasta Cristo», ¡mucho menos *correr*! Sí, hay personas que piensan que pueden salvarse únicamente si pasan al frente en una reunión y registran esa «decisión» por Cristo.

Quizás existe una razón por la que una importante denominación en los Estados Unidos manifestó que en un año especificado, tuvieron 294.784 «decisiones por Cristo». Pero solamente pudieron encontrar que había 14.337 congregados. No obstante, el proceso de registrar estas grandes cifras continúa, sin que nadie se pregunte qué es lo que no ha salido bien.

Dwight L. Moody, a quien Dios tiene en su gloria, se rehusaba a contar el número de decisiones porque sabía que muchas de ellas no correspondían a conversiones genuinas. Nuestras cifras y las de Dios no son una y la misma, quizás ni siquiera se acerquen así sea un poco.

Conceptos equivocados sobre las invitaciones

Aunque los evangelistas admiten en privado que una persona puede salvarse sin tener que pasar adelante, muchos de ellos no quieren que

esta noticia se divulgue. Decir: «¿Por qué no dejas tu asiento y vienes para recibir a Cristo?» es algo cuidadosamente calculado para urgir una respuesta física de las personas frente a su apelación.

Un evangelista complica aún más las cosas cuando dice que quiere hacerle difícil a las personas su respuesta a Cristo. Él se mofa de la «fe facilista» de esta generación, quiere que la fe tenga una gran resistencia. En su opinión el lugar para empezar es donde se camina hasta llegar al frente de toda la congregación. Asumiendo que la invitación de Cristo para el discipulado es también una invitación a la salvación, insiste en que las personas caminen públicamente hasta el frente para ser salvas.

Otro predicador dice que quiere dar a las personas una oportunidad para hacer una «manifestación» para Jesucristo: «La gente hace demostraciones públicas por cualquier cosa en la actualidad, ¿por qué no sales de tu puesto y marchas para Cristo?» Creyó que le estaba haciendo difícil a la gente convertirse en cristianos, pero en realidad se los estaba poniendo fácil. Hacer una manifestación pública por una causa digna no es algo que incomode a la carne, no es de sorprenderse que cuando un consejero le preguntó a un joven por qué había pasado al frente, contestó sin vacilar: «Porque el mundo está al revés, y yo quiero ayudar».

Sí, es difícil convertirse en cristiano. Pero la dificultad radica en reconocer nuestro pecado y el hecho de que no podemos salvarnos a nosotros mismos, precisamente aquello que los corazones orgullosos no están dispuestos a hacer. Es difícil admitir que debemos arrojarnos del todo en la misericordia de Dios que es en Jesucristo. La dificultad estriba en la ceguera del corazón humano y en que no nos disponemos voluntariamente a ver nuestra condición ante Dios.

Muchas personas que oran para ser salvas no son transformadas, simplemente porque no han comprendido la gravedad de su condición y por qué deben transferir toda su confianza sólo a Cristo. Ellos consideran que «recibir a Cristo» es una buena obra más, como ir a misa o rezar el Padrenuestro. Se sienten gustosos de recitar una oración pero nada dispuestos a reconocer su absoluta indefensión ante la santa presencia de Dios.

Lograr que el hecho de pasar caminando al frente parezca ser la parte difícil y necesaria para la salvación, solamente contribuye a aumentar la confusión de la gente en tomo al evangelio. Es una mezcla de fe y obras que da la impresión de que estar dispuesto a pasar al frente se relaciona de alguna manera con estar dispuesto a «venir a Cristo», una frase que puede significar cosas diferentes para muchas personas.

Me retorcí por dentro cuando escuché decir a una persona que asiste a una iglesia donde se hacen tales invitaciones: «Yo quiero ser salvo, pero me va a tocar esperar hasta el próximo domingo». Este popular y errado concepto acerca de las invitaciones, no sólo añade al evangelio un requisito de obras, sino que también pone la seguridad sobre un fundamento equivocado. Muchas personas creen actualmente que se salvan porque han pasado al frente para «recibir a Cristo».

De alguna manera, el hombre natural cree que si no ha realizado un acto salvífico, por lo menos ha contribuido a él pasando al frente. Debido a la ceguera y el engaño de su corazón, cree que debe hacer lo mejor que pueda para enmendar su relación con Dios. Y más adelante se siente orgulloso por haber tenido la valentía de hacerlo.

Con frecuencia he escuchado decir a un cristiano que debería conocer más: «¿No fue grandioso ver esta mañana a tres personas salvas?» Debido a que tres personas pasaron al frente durante la invitación, él asumió que había tenido lugar la regeneración. Pero alguien puede ir adelante, repetir la oración correcta, y aún salir de ahí sin haberse convertido.

No obstante, este estilo de invitación se defiende a veces porque logra un buen impacto psicológico: las personas deberían dar algún tipo de respuesta para «remachar» su decisión. Esa frase suena razonable, pero engendra confusión. Los que no han pasado al frente pueden creer que no pueden salvarse, y los que sí lo han hecho creen que ya son salvos gracias a su valiente acto de caminar frente a cientos de personas.

El doctor Lewis Sperry Chafer, fundador del Seminario Teológico de Dallas, frecuentemente hacía invitaciones públicas en los primeros años de su ministerio. Pero eventualmente llegó a la conclusión de que estas ensombrecían los asuntos del evangelio. Él dijo: «Los que estudian con cuidado el evangelismo se han dado cuenta de que allí donde más se ha hecho énfasis en la necesidad de una acción pública como parte de la conversión, se ha dado un correspondiente incremento en el registro de “los que retroceden o caen de la gracia” como se dice, lo cual naturalmente no honra a Dios».¹⁹

La razón es obvia. Las personas que no se han convertido creen que se salvan simplemente porque pasan adelante, se sienten mejor después de haber hecho algo.

En el Nuevo Testamento, algunas personas creyeron en Cristo mientras Él enseñaba. No creamos que el Espíritu Santo hace convertir a las personas únicamente cuando responden a una invitación pública. Me

alegra haber descubierto que podía ser salvo en mi propia casa, arrodillado en la humilde sala de una casa de campo. Hagamos que nuestra tarea suprema sea exhortar a hombres y mujeres a creer en nuestro poderoso y omnipresente Cristo.

Sin embargo, me doy cuenta de que muchos han recibido a Cristo como Salvador cuando respondieron a un llamado desde el altar. Algunos dicen incluso que haberse decidido a caminar hasta el frente fue una prueba de su sinceridad en la rendición a la convencimiento del Espíritu Santo. Pero nunca deberíamos dar la impresión de que el nuevo nacimiento y el hecho de pasar caminando hasta el frente están inseparablemente ligados.

Una aproximación equilibrada

La parte de Dios en la salvación consiste en convencer al pecador, atraerlo y concederle el don del arrepentimiento. Todo lo que el hombre puede hacer es responder a lo que Dios está haciendo y abandonarse a la misericordia de Dios para que pueda ser salvo. Asociar muy de cerca ese paso con el acto de venir adelante en una reunión, es diluir la pureza del evangelio y enfocarse en el asunto equivocado.

No es si un hombre está dispuesto o no a caminar frente a otras personas lo que cuenta para Dios. Es más bien si está dispuesto o no a reconocer su pecado y a recibir la misericordia que Dios le tiende por medio de la Cruz.

Como dijo Chafer: «El único paso necesario, la aceptación de Cristo como Salvador, puede realizarse solamente en el secreto íntimo del corazón mismo, mediante una elección personal y una acción voluntaria. Es un trato directo con Cristo, y dado que el momento de esta decisión es el más crítico en la vida del ser humano, la razón exige que deba protegerse de toda condición de distracción y confusión.»²⁰

Extender una invitación pública a los no convertidos también ha llevado a situaciones embarazosas de grandes cantidades de aparentes conversos que pasan al frente y que luego no demuestran que haya frutos espirituales en sus vidas. Podríamos ahorraros que se cuestione así el poder del evangelio si esperáramos que se diera el fruto de arrepentimiento, en lugar de contar conversos con base en la señal externa de pasar al frente.

Por supuesto, es urgente la necesidad de ofrecer una invitación, pero debe ser siempre una invitación para acudir a Cristo, no al evangelista o al frente de la plataforma. Siempre que sea posible, sea en público o en

privado, debemos urgir a hombres y mujeres al arrepentimiento y la fe. No debemos hacerles creer que pueden añadir algo a la obra que Cristo ya ha realizado.

Después de todo lo que he dicho, usted podría sorprenderse al oírme decir que sí hay lugar para las invitaciones, siempre y cuando no se asocian directamente con la aceptación de Cristo como Salvador. Es apropiado darle a los cristianos una oportunidad de confesar a Cristo o invitar a las personas para que reciban consejería espiritual.

Pablo escribió: «Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación» (Ro. 10:9-10).

Pero ese pasaje no puede interpretarse diciendo que la regeneración viene como resultado de una confesión pública. Tal forma de entenderlo estaría en desacuerdo con las consideraciones de otros pasajes. El versículo 9 debe interpretarse a la luz del versículo 10. ¿Cómo se adquiere una posición correcta ante Dios? «Porque con el corazón se cree para justicia» (v. 10). Es en el corazón que la voluntad ejercitada por el Espíritu Santo responde a la obra salvífica de Cristo. La confesión «para salvación» es un resultado de haber recibido el don de la justicia. De este modo, el creyente testifica con su boca acerca de lo que Dios ha operado en su corazón.

Así pues, podríamos invitar a los nuevos convertidos a que compartan su decisión con el pastor, un consejero, o con toda la congregación. En efecto, esta «confesión» puede constituirse en testimonio de la gracia salvadora de Dios. También es una oportunidad para recibir más consejos, y Dios puede agradarse de tales invitaciones.

También podríamos hacer un esfuerzo para separar la respuesta física del acto espiritual de conversión. En la Iglesia Moody, yo invito a que las personas pasen al frente para que puedan hablar acerca de una necesidad espiritual con un miembro del equipo pastoral o con un consejero, lo cual provee una oportunidad para orar, hacer preguntas y recibir consejo, bien sea que la persona sea salva o no.

No asociemos el acto de caminar al frente con «venir a Cristo», y no tengamos miedo de decirle a la gente que pueden salvarse allí donde están sentados, o dondequiera puedan encontrarse durante la semana, y que deberían volver a sus hogares para buscar a Dios, preferiblemente sobre sus rodillas, para que puedan llegar a la seguridad que da la fe. Así no tendrán que esperar a que llegue el próximo domingo.

Si después de haber considerado este asunto, usted aún cree que debe hacer una invitación que anime a los no convertidos a pasar al frente, le ruego que sea honesto, claro y sencillo. Usted y yo hemos oído a evangelistas decir: «Solamente levanten su mano», y el pecador cree que ese acto es el final de la cuestión. Pero luego, repentinamente, le dicen que «pase al frente», lo cual no sé había propuesto hacer. En casos extremos, incluso he estado presente cuando algunos predicadores han señalado a los que han levantado sus manos. Incluso uno dijo: «El hombre con la camisa azul...». Estoy seguro de que ese tipo de subterfugios no es digno del evangelio. No nos sorprendamos si vemos algunas personas que han sido avergonzadas así, salir de la iglesia para nunca volver.

Sí, exhortemos a las personas para que acudan a Cristo, no al predicador, ni a la plataforma, ni siquiera a un consejero, sino al Cristo invisible. Únicamente una invitación así de transparente es digna de un evangelio tan diáfano.

El juicio de Dios

¿ Cómo podemos reconocerlo en la actualidad?

En un reciente encuentro de líderes religiosos, un respetado observador de la escena política norteamericana declaró: «Hemos perdido la batalla contra el aborto en Washington. Ahora no hay vuelta atrás...; nos estamos deslizando hacia el juicio de Dios.»

No estoy calificado para decir que la lucha contra el aborto haya muerto políticamente, ni tampoco puedo establecer el tiempo para el juicio de Dios. Pero no podemos escapar a las consecuencias de asesinar cuatro mil bebés no nacidos todos los días.

Por supuesto, los Estados Unidos están afligidos por muchos otros males: crimen violento, divorcio, suicidio de adolescentes, y un agudo incremento de nacimientos ilegítimos. Como William J. Bennet lo ha señalado, no importa cuántos recursos gasta el gobierno en resolver las patologías, la situación sólo se está poniendo peor. «Muchos de los más graves problemas sociales y de conducta que ahora enfrentamos (particularmente entre nuestros jóvenes) —afirma,— son notablemente resistentes a los remedios del gobierno.»

Se ha vuelto popular echarle la culpa al Tribunal Supremo, a los humanistas y a las feministas radicales. Hay que reconocer que sí han contribuido a la liberalización de Norteamérica. Pero si Dios los está utilizando para juzgarnos, ¿no podría colocarse más apropiadamente la responsabilidad a los pies de aquellos que conocen al Dios viviente pero no han podido influir en la sociedad?

Si fuéramos pocos en cantidad, podríamos eludir con mayor facilidad la censura. Pero existen decenas de miles de pastores evangélicos en Norteamérica que lideran a varios millones de creyentes nacidos de

nuevo. No obstante, estamos perdiendo una batalla tras otra. Pudiera ser que la iglesia no sufre por los pecados del mundo, tanto como el mundo sufre por los pecados de la iglesia.

Debido a nuestro cobarde silencio en medio del aborto, la pornografía y el deterioro de nuestras libertades religiosas, y a causa de nuestra aceptación de la avenencia dentro de la iglesia, la sal ha perdido su sabor y la luz se va apagando. En nuestra desesperación, buscamos soluciones para contrarrestar la corriente; queremos que alguien se levante para pelear nuestras batallas en lugar de nosotros.

Tal vez la respuesta que buscamos está a la mano, pero nos hemos confundido en lo que respecta a nuestros proyectos. Hemos fracasado como iglesia en un tiempo en que nuestra nación necesita ver ejemplos rectos de liderazgo y esperanza. No hay duda que estamos bajo el juicio de Dios como nación, pero posiblemente no nos damos cuenta de ello. El asunto merece una meticulosa consideración.

¿Dónde hemos fallado?

En primer lugar, hemos descuidado a los inconversos. Dedicamos nuestras vidas a una subcultura evangélica que es conocida para muchos únicamente a través de las caricaturas de los medios. Desafortunadamente, el mensaje que mayor relevancia tiene para nosotros se pierde con frecuencia porque sencillamente no hemos estado dispuestos a compartir el evangelio respaldado por un estilo de vida practicable.

Si cada familia cristiana testificara y discipulara activamente a los que acuden a Cristo (solemos esperar mucho más de nuestros misioneros), nuestro impacto entre los inconversos sería fenomenal. Pero se nos informa que el 95 por ciento de todos los cristianos nunca le han dado un testimonio claro a un vecino no salvo. Aunque hablamos mucho acerca del poder del evangelio, parece que tenemos miedo de compartirlo. En la raíz de este problema se encuentra nuestra indecisión de creer que el evangelio es realmente «el poder de Dios para salvación» (Ro. 1:16).

En segundo lugar, nos hemos escondido tras lo que Francis Schaeffer llama «una falsa piedad» en lo tocante a cuestiones sociales. Hemos esquivado todo lo que implica una participación con sacrificio. Hemos dejado de hacer «bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe» (Gá. 6:10). Mientras vivamos bien, podamos escoger a nuestros amigos, y asegurar una cómoda jubilación, no nos preocupamos mucho por los titulares de los periódicos. Lo que importa es que no se vean afectadas nuestra tranquilidad y opulencia personales.

Por supuesto, ocasionalmente podemos predicar un sermón contra el aborto, pero ¿estamos dispuestos a ayudar a las niñas adolescentes que tienen un embarazo? Podemos condenar la injusticia, pero ¿estamos dispuestos a emplear nuestros propios recursos económicos e influencias para ayudar a los que han sido tratados injustamente? Hablar no cuesta nada. Es fácil decir las palabras correctas y después esperar que alguien más libre nuestras batallas.

También hemos aceptado los valores del mundo en cuanto a entretenimiento, tiempo libre y éxito. Hemos perdido nuestra capacidad de criticar la sociedad. Debido a que la iglesia no puede distinguirse muchas veces del mundo, los inconversos no cuentan con ningún modelo de rectitud.

Cada pareja cristiana que se divorcia hace que los demás cuestionen el poder de Dios. Cuando una iglesia se divide por asuntos triviales, le está enviando a la comunidad el mensaje de que Dios no puede traer restauración y perdón a su pueblo. Cuando los padres descuidan la dirección de sus familias en oración e instrucción bíblica, ¡sutilmente están dando la impresión de que el consejo de Dios es algo opcional! Y cuando estamos dispuestos a racionalizar la sensualidad, el egoísmo y la codicia, estamos en efecto admitiendo que Cristo es incapaz de liberarnos del pecado. Como resultado, no tenemos nada que decirle a esta generación.

Desesperados, hemos vuelto nuestra mirada a la política, creyendo que si tan sólo tuviéramos los líderes adecuados entonces podríamos darle la vuelta a esta nación. Hemos olvidado que si acaso hay buenas nuevas nunca vendrán de Washington, sino de un pueblo de Dios que pueda encaminar a los demás hacia Cristo.

¿Qué forma tomará el juicio de Dios?

Durante el período de la guerra fría, con frecuencia imaginábamos que el juicio llegaría en forma de guerra con Rusia. Esperábamos un holocausto nuclear que nos borraría del mapa. Creíamos que hasta nos esclavizarían al comunismo durante los días en que sus líderes nos aseguraban que dominarían el mundo.

Hoy en día, algunas personas creen que el juicio llegará por una hambruna, un terremoto, o a través de tomados nefastos. Sí, todas estas cosas forman parte del juicio de Dios, y Él las permite para recordarnos que todos debemos morir y que horrenda cosa es caer en manos de Dios. Aunque estos juicios caen por igual sobre justos e injustos, sirven como

un cuadro del futuro juicio de Dios. La tierra se ha corrompido, y seguirá viniendo más corrupción.

No obstante, existe otra forma de juicio más ligada a la relación causa-efecto propia del pecado. Después que Dios advirtió a los israelitas acerca de hambrunas, guerras y tumores, Él predijo que el juicio final sería la cautividad. «Tus hijos y tus hijas serán entregados a otro pueblo, y tus ojos lo verán, y desfallecerán por ellos todo el día; y no habrá fuerza en tu mano» (Dt. 28:32). El juicio más severo fue la dispersión de las familias de Israel.

Aunque de manera diferente, nos está ocurriendo lo mismo en la actualidad. La mitad de los niños que nazcan este año tendrán que vivir en algún momento con uno de sus padres. A medida que continúan destruyéndose nuestros hogares, como resultado viene la depresión, el odio y el abuso infantil, y tales consecuencias de la desobediencia se irán intensificando.

O es posible que el juicio de Dios incluya el agravamiento de los desórdenes emocionales. Él dijo a los israelitas que su desobediencia traería «tristeza de alma» (Dt. 28:65). La culpa sin resolver sale a flote bajo diversos rótulos, rabia, insensibilidad, depresión. Con millones de mujeres practicándose abortos y un numero igual o aún mayor de hombres culpables de inmoralidad sexual, las generaciones futuras afrontarán un aumento de enfermedades mentales. Podemos esperar que nuestra nación se carcoma desde adentro.

¿Qué podemos hacer?

La única esperanza para nosotros se encuentra en la iglesia. El cuerpo de Cristo aún puede hacer uso de un poder asombroso. Si nos colocamos sobre nuestras rodillas y estamos dispuestos a pagar el precio de la obediencia, Dios puede empezar a darnos victorias espirituales para frenar el aborto, el infanticidio y el abuso de drogas. Es posible que en su gracia, Él tenga a bien mandarnos un despertar espiritual.

Cuando Mardoqueo le dijo a Ester que tendría que presentarse ante el rey para interceder a favor de los judíos, ella vaciló al temer por su propia vida. Pero Mardoqueo le contestó: «No pienses que escaparás en la casa del rey más que cualquier otro judío ... ¿Y quién sabe si para esta hora has llegado al reino?» (Est. 4:13-14).

Ester tenía que estar dispuesta a poner su vida en peligro antes de acontecer la liberación. Ella no se sentía conforme a causa de su supuesta seguridad personal, porque al fin y al cabo solamente Dios podía sal-

varia y no el hecho de vivir en las habitaciones de un espléndido palacio. Así que arriesgó su vida, diciendo: «Y si perezco, que perezca» (v. 16). Solamente a ese precio fue que Dios trajo la liberación. Aunque Ester y los judíos eran una minoría, eso no fue de mucha importancia cuando Dios asumió la causa de ellos.

Pueden parecer limitadas las opciones políticas que tenemos al luchar contra temas como el aborto, el aumento de los derechos de los homosexuales y la descomposición de la televisión como medio de esparcimiento. Pero esto no debe desanimarnos. Lo que el Tribunal Supremo piense no tiene relevancia cuando Dios lucha en favor de su pueblo.

Posiblemente Dios está tratando de enseñarnos que no podemos depender en instituciones humanas para hacer que esta nación vuelva a Él. Debemos esperar en Él hasta que nos dé la gracia para clamar por nuestra nación y sus líderes. Debemos arrepentimos de nuestra cómoda relación con el mundo. No debemos lamentarnos tanto por los hombres impíos que imponen leyes injustas, sino por el pueblo de Dios que sigue espiritualmente paralizado e incapaz de dar testimonio del poder de Cristo en todas las esferas de la vida.

Dios está dispuesto a encontrarnos, pero aún en esta hora tardía, no estoy seguro de que estemos preparados para pagar el precio.

Si acaso estamos tan desesperados como lo profesamos, propongo que nosotros como pastores debemos:

- dirigir nuestras congregaciones mediante el ejemplo en dar testimonio, participar activamente en la comunidad y enseñar.
- pasar un día a la semana en oración y ayuno por nosotros, nuestras iglesias y nuestra nación.
- mantenernos firmes con nuestras familias en su deseo de representar a Cristo en sus sitios de estudio y de trabajo.
- negamos a participar en la cultura actual de sensualidad, individualismo y avaricia.
- enseñarle a nuestras congregaciones cómo defender su fe en un mundo pluralista.

Nos queda poco tiempo. Nuestras opciones políticas y legales empiezan a cerrarse. Todos vamos en una caída vertiginosa. Ahora sólo Dios puede salvarnos.

Una teología más benigna y agradable

¿Es bíblica o es cultural?

Escuche a algunos evangélicos y llegará a creer que el hombre no existe para beneficio de Dios, sino que Dios existe para beneficiar al hombre. El hombre le dice a Dios cuándo quiere ser salvo, cuánta riqueza le gustaría tener, y hasta su propia versión de la teología.

El barro le está dando instrucciones al Alfarero.

Hemos venido observando tendencias en esta dirección por algún tiempo. Muchos evangélicos han abandonado las doctrinas de la Reforma de carencia absoluta ante Dios, abandono a su gracia, sujeción de la voluntad humana a su señorío, y necesidad de que el hombre reciba la gracia soberana. Un compromiso genérico a Cristo se convierte en sustituto del arrepentimiento, y los sentimientos emocionales reemplazan a la adoración.

Estoy de acuerdo con Joe Bayly, quien escribió: «En nuestra cultura cristiana de “vamos a darle un aplauso a Dios”, hemos perdido el sentido del asombro, de la admiración, de acercarnos a un Dios Todopoderoso cuando oramos. Hasta nuestra adoración se ha vuelto narcisista.»

Un espíritu de acomodo se ha infiltrado en los púlpitos evangélicos de nuestra tierra. Algunas veces de manera obvia, otras sutil, pero siempre peligrosa, gran parte de la predicación actual está moldeada por la cultura de nuestros días. Se retuerce la Biblia para hacer que se acomode a la cultura en vez de cambiarla.

Una nueva teología

No sé en qué momento estas tendencias recibieron su mayor impulso, pero sé que Robert Schuller articuló una aproximación centrada en el hombre a la teología evangélica en su libro *Self-Esteem—The New Reformation* (Autoestima: la nueva Reforma). Aunque para Calvino y Lutero era normal pensar en términos teocéntricos, ya que en su época todo el mundo estaba en la iglesia, Schuller dice que los tiempos han cambiado: «Lo que necesitamos es una teología de la salvación que comience y termine con un reconocimiento del hambre de gloria que tiene cada persona».²¹

El pecado, tradicionalmente considerado como en contra de Dios, ahora se define como opuesto al hombre: «cualquier acto o pensamiento que me despoja a mí o a cualquier otro ser humano de su autoestima».²²

Las diferencias entre la Reforma del siglo dieciséis y esta nueva reforma son obvias. Atrás quedó la idea de que el objetivo más alto de una persona sea el conocimiento de Dios; en la teología de ahora el primer artículo en el orden del día es tener un conocimiento de nosotros mismos y de la necesidad que tenemos de respetarnos a nosotros mismos. Dios no es tanto un juez que ha sido ofendido, como un siervo a la espera de que afirmemos nuestra dignidad. Acudimos a Él sobre el fundamento de nuestra propia dignidad y valor, no por medio de la sangre de Cristo.

¿Cómo entonces, hemos de presentar este evangelio? Schuller dice que Cristo nunca llamó a nadie pecador. «El mensaje del Evangelio no es solamente inexacto, sino potencialmente peligroso si tiene que envilecer a una persona antes de intentar levantar,»²³ afirma. En efecto, nos ponemos frente a Dios para ser exaltados, no avasallados.

Así que básicamente, esta reforma es un nuevo llamado a interesarnos más en nosotros mismos que en Dios, y resulta que mientras el hombre se exalta, Dios es destronado.

Pero no creamos que el libro de Schuller es un caso aislado de humanismo cristiano. El hecho de que algunos supuestos evangélicos aceptan esta nueva reforma es prueba suficiente de que una teología centrada en el hombre se ha infiltrado a grandes niveles. Temo que todos nosotros hemos sido afectados.

El funcionamiento exterior de esa visión de la teología puede evidenciarse en la manera en que algunos ministros han aceptado el feminismo evangélico, para lo cual hacen uso de una gran erudición para poner de lado la clara enseñanza bíblica sobre el liderazgo masculino en nuestros

hogares e iglesias. No hay que dudar que muchos argumentos a favor del igualitarismo se alimentan más del espíritu de nuestros tiempos que de las Escrituras.

El arminianismo radical, con su énfasis en el libre albedrío y la noción no bíblica de que ni siquiera Dios conoce el futuro (y por tanto, ¡ni siquiera sabe quiénes son los escogidos!), es poco más que un mero acomodo a la teología antropocéntrica de nuestros tiempos. Un ministro de una denominación evangélica fiel al arminianismo de moda, leyó desde su pulpito Juan 3:16 en la siguiente manera: «Dios amó tanto al mundo que *apostó* a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él crea no se pierda...» (énfasis añadido). También dijo que pudo haber muerto sin salvar a nadie, que Dios solamente había corrido un riesgo y que no tenía ni idea que alguien estuviera dispuesto a creer.

Es lamentable que el liderazgo de la iglesia no se hubiera pronunciado para censurarlo. Me gustaría pensar que incluso los arminianos más viejos estarían de acuerdo en que estaba predicando una herejía. Pero ahora soplan nuevos vientos, y muchos evangélicos están ajustando sus velas para atrapar la brisa. Dios está siendo remodelado, lo están creando a nuestra propia imagen y semejanza.

Las consecuencias

¿Cuáles son las consecuencias de tal modo de pensar? Primero, *la teología misma se vuelve relativa*. A mayor o menor grado, la teología misma se basa en una encuesta de opinión. Hombres tales como Schuller saben que la gente quiere escuchar algo positivo, así que eso es lo que les ofrecen. El pastor de una de las iglesias más grandes e innovadoras de Estados Unidos, dice que no puede predicar sobre la santidad porque a nadie le interesa. Para alcanzar a los que no se congregan, todos los mensajes deben conformarse a este precepto básico: ayudarles a ver el beneficio inmediato que el cristianismo puede representar para ellos.

¿Puede imaginar a Isaías preguntándole al pueblo de Judá qué les gustaría escuchar antes de preparar su sermón? ¿O a Cristo adaptando su mensaje para que se ajustara al hambre de gloria personal que tenían los fariseos?

Es fácil reconocer los extremos, pero como pastores también deberíamos declaramos culpables por predicar lo popular antes que lo verdadero. Algunas veces le damos vueltas a la disciplina en la iglesia, las pautas bíblicas para el liderazgo de la iglesia, y la denuncia del materialismo presente en las Escrituras, por temor a zarandear el bote eclesiás-

tico. ¿Para qué ganarse de enemigos a los que pagan su salario? Un toque de corneta puede ser una irritación mal recibida por los que se relajan en Sion.

Muchos pastores que estarían dispuestos a morir por la doctrina de la infalibilidad de las Escrituras, nunca predicán sobre la doctrina del infierno. No hay duda de que muchos pastores que profesan lealtad a las Escrituras ya no creen en el castigo eterno, sino que han adoptado la teoría del aniquilamiento; ahora creen que los inconversos serán arrojados a las llamas para ser consumidos. Aparentemente este castigo más suave y verdadero no se basa en una nueva y detallada consideración de las Escrituras, sino en nuestra natural aversión hacia la doctrina del infierno.

Qué fácil es reemplazar el «así dice el Señor» con «así dice la psicología», o «así dice la junta de la iglesia», o inclusive «así dice la sociedad». Los pastores son llamados por Dios para mantener su posición aparte frente a la sociedad, para predicar la Palabra de Dios sin importar que sea lo que la gente quiere o no escuchar. La absoluta justicia, misericordia y amor de Dios, así como la expiación substitutiva de Cristo, nunca pueden ser menoscabados para acomodarse a la psicología actual. No podemos criticar el relativismo del mundo cuando tenemos el nuestro propio. La buena predicación acerca la precaria y confusa situación del hombre a la invariable gracia de Dios.

En segundo lugar, *teología centrada en el hombre conduce a un arrepentimiento incompleto*. ¿Cuál es la base sobre la cual nos acercamos a Dios, nuestro valor intrínseco como personas, o el sacrificio de Cristo en la cruz?

Para el humanista cristiano, el pecado del hombre no es una ofensa contra Dios más que una ofensa contra el hombre mismo. Dado que somos incondicionalmente valiosos, Dios está a la espera de aceptarnos. La premisa consiste en que Él nos debe algo, así que no nos acercamos inmerecidamente sino como pecadores que merecen algo.

Cuán diferente es la enseñanza de la Biblia. Sí, contamos con una dignidad como personas, pero debido a que nos hemos corrompido, Dios no nos debe nada. Si obtuviéramos lo que merecemos, iríamos al infierno para siempre. Así que nos acercamos con humildad, reconociendo que si Dios nos concede algo es un regalo, un favor inmerecido. Y la base sobre la cual venimos es la sangre de Cristo, no nuestro valor como personas.

He descubierto que el arrepentimiento incompleto conduce con frecuencia a un resentimiento contra Dios. La lógica es obvia: si Dios exis-

te para mi beneficio, ¿qué va a pasar si mi «hambre de gloria» sigue insatisfecha? ¿Por qué Dios no viene en mi rescate para ayudarme a convertirme en el ser humano realizado que deseo llegar a ser?

Los humanos se hacen notar por insistir tanto en sus «derechos». Si no nos vemos a nosotros mismos como pecadores que no merecen nada, nos enfadaremos cuando Dios no haga lo que consideramos que debería hacer. Finalmente, los que están dispuestos a rendirse ante la soberanía de Dios son aquellos que resultan satisfechos.

Inicialmente, Job sintió que Dios le debía bendiciones. Él creía que si servía a Dios fielmente, las bendiciones deberían llegar. Cuando golpeó la tragedia, su esposa le hizo la sugerencia: «Maldice a Dios, y muérete» (Job 2:9). Ella consideraba que Dios tenía el deber de darles la felicidad, y si no podía cumplir con ellos entonces que así fuera. Pero al final del libro, Job tuvo un completo arrepentimiento. Dios no le debía nada, ni siquiera una explicación de su sufrimiento. Cuando él vio a Dios, se aborreció a sí mismo y dijo: «Me arrepiento en polvo y ceniza» (Job 42:6).

Nadie se arrepiente a no ser que pueda verse a sí mismo como no merecedor. Si yo fuera digno de la bendición de Dios, la gracia quedaría sin valor. Es su aceptación de nosotros a pesar de nuestra corrupción lo que magnifica su gracia. No le estamos haciendo ningún favor a nuestros feligreses al exaltarlos a expensas de Dios.

En tercer lugar, *nuestra aguada teología diluye nuestro impacto en la sociedad*. Todos conocemos el resurgimiento del cristianismo evangélico en los últimos veinte años, pero nuestra influencia no se hace sentir ampliamente. Como he mencionado aquí en alguna parte, la religión va en ascenso, pero la moralidad baja más y más.

Recientemente, escuché un informe según el cual los hábitos para ver televisión de cristianos y no cristianos son prácticamente los mismos. Los nuevos intentos para clasificar programas de televisión y ofrecer incentivos para mejores contenidos, han fallado en gran parte. En nuestro deseo de ser escuchados por el mundo, hemos perdido nuestra motivación para separarnos de él. Ahora nuestro testimonio de Cristo les suena hueco.

¿No podría buscarse el origen de nuestra impotencia en una visión exagerada de las capacidades humanas en detrimento de la soberanía de Dios? Una razón por la que Jonathan Edwards y George Whitefield tuvieron una influencia tan profunda, es que insistieron en que el corazón humano se encuentra en un estado de total corrupción fuera de la intervención de la gracia de Dios.

Tal predicación confrontaba a hombres y mujeres con sus necesidades. Los pecadores clamaban a Dios por misericordia para que no fueran consumidos por su ira. La conversión no era una decisión tomada plácidamente, sino que las personas buscaban a Dios para procurar «hacer firme [su] vocación y elección» (2 P. 1:10).

Alguien ha dicho que las marcas de una iglesia fuerte son ojos llorosos, rodillas dobladas, y un corazón quebrantado. Nunca vamos a ser poderosos, hasta que hayamos dejado que Dios sea Dios y defendamos celosamente su honra.

Nuestra responsabilidad

¿Cómo podemos obstaculizar la corriente hacia una comprensión antropocéntrica de la teología? Sería sabio y prudente que dejemos de lado la nueva reforma y regresemos a la antigua. No rehuyamos predicar las poco populares doctrinas de Pablo, la absoluta carencia del hombre y la muerte espiritual de los inconversos. Por supuesto, deberíamos predicar en amor y sin actitud de jueces rectos en su propia opinión. Pero la verdad es la verdad, en tanto que las verdades a medias a menudo hacen tanto daño como el error.

Por favor, no interprete esta posición como si implicara que debamos denunciar coléricamente el pecado desde un pedestal de justicia propia. Ya hay demasiados pastores indignados que agitan su hostilidad mientras denuncian el pecado como si ellos mismos no tuvieran su parte en la contaminación de la raza humana. Debemos predicar mensajes bíblicos pero en un espíritu de arrepentimiento y humildad personales.

No deberíamos sonrojarnos por admitir con Lutero y Calvino que el arrepentimiento es un regalo de Dios que se otorga a los que se abandonan a su misericordia. La adoración de Dios es el más sublime llamado del hombre. Sin duda, la creación existe para su propio deleite. Este énfasis tradicional nos lleva a entendernos a nosotros mismos. Lejos de despojarnos de dignidad, esa exaltación de Dios nos ayuda a vemos como Él mismo nos ve.

El rey Nabucodonosor se veía a sí mismo como los humanistas cristianos lo recomendarían en la actualidad: tenía confianza en sí mismo, autoestima, y aparentemente, una personalidad muy bien integrada. Era un pensador positivo cuyos grandiosos planes fueron realizados. «¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?» (Dn. 4:30). Su hambre de gloria estaba saciada.

La respuesta de Dios fue disciplinarlo con locura. Nabucodonosor vivió con las bestias del campo y comía hierba como el ganado. Su pelo creció como plumas de águila y sus uñas eran como las garras de un pájaro. Esa experiencia lo liberó de mantener una visión distorsionada de sí mismo. Cuando finalmente pudo verse tal y como era ante Dios, le fueron devueltas su cordura y su posición como rey.

Entonces él bendijo a Dios y ofreció esta alabanza:

Bendije al Altísimo,
Y alabé y glorifiqué al que vive para siempre,
Y cuyo dominio es sempiterno,
Y su reino por todas las edades.
Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada;
Y Él hace según su voluntad en el ejército del cielo,
Y en los habitantes de la tierra
Y no hay quien detenga su mano,
y le diga: ¿Qué haces?
(Dn. 4:34-35)

De ahí en adelante, Dios lo bendijo, porque él ya sabía que era el barro y que Dios era el Alfarero. Nabucodonosor entendió que Dios tiene el primer lugar en la teología. En nuestro desliz hacia la preocupación narcisista en nosotros mismos en lugar de Dios, esta es una verdad que necesitamos reafirmar.

Las prioridades

¿Qué hago para poner mis asuntos en orden ?

Ningún pastor quiere trepar la escalera del éxito, isolamente para descubrir que su escalera estaba reclinada sobre la pared incorrecta!

Todos nosotros queremos terminar con la satisfacción de saber que no sólo hemos hecho cosas buenas sino las mejores cosas. Al servir a Cristo, Marta hizo lo que resultaba *beneficioso*, pero Jesús señaló que había omitido la única cosa que era *necesaria*. A pesar de sus buenas intenciones, Marta tenía un problema con las prioridades.

El éxito es una serie de elecciones correctas y de buenas decisiones. Cada día nos encontramos ante dos caminos. Cuando le decimos sí a una actividad, tenemos que decirle no a otra. Salir una noche con la familia significa que vamos a incumplir con el enfermo de hospital que considera que el pastor le debe una visita. Decir sí a un almuerzo significa que queda menos tiempo para el estudio.

«El liderazgo efectivo», dice Ted Engstrom, «consiste en estar dispuesto a sacrificarse por el bien de unos objetivos predeterminados». Tenemos que saber qué es lo que queremos alcanzar y después buscarlo con la determinación de una mente no dividida. Como dijo D.L. Moody: «Hago esta sola cosa..., no estas cuarenta que salpico (chapaleo, trabajo superficialmente)».

Pero, ¿cuáles deberían ser nuestras prioridades? ¿Cómo debería invertirse nuestro tiempo cuando hay una interminable muestra de cosas buenas de la cual debemos escoger? El pensamiento de que algún día vamos a tener que rendir cuentas a Cristo de «lo que se haya hecho mientras se estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo», debería ayudarnos á tomarlo en serio y a organizar nuestras prioridades.

Cada pastor debe determinar los detalles que se aplican a él mismo. No hay ninguna respuesta correcta a la pregunta de cuánto tiempo se debe invertir cada semana en consejería con respecto a la visitación. Esos asuntos serán determinados por sus dones, el tamaño de su iglesia, y las expectativas de su congregación.

Pero existen principios que deberían orientarnos sin importar la descripción específica de nuestras labores. La siguiente lista de prioridades me ayuda a clasificar las múltiples opciones que a todos nos confrontan en el ministerio.

Orar es más importante que predicar

Cuando digo que «orar es más importante que predicar», no me refiero a que debemos asignarle mayor tiempo a la oración que al estudio, aunque puede haber ocasiones en que eso resulte provechoso. Lo que quiero decir es que debemos cuidar más nuestro tiempo de oración que el de estudio. Cuando nos veamos obligados a escoger, la oración debería ser la prioridad máxima.

Eso fue verdad para Cristo, quien pasó gran parte de su ministerio en oración. Un día, sus milagros asombraron tanto a la multitud que toda la ciudad se reunió en la puerta. Era el pastor de un sueño, gente de todas partes. A la mañana siguiente, se levantó temprano y fue a un lugar apartado para orar. Pedro y algunos de los otros discípulos lo interrumpieron diciendo: «Todos te buscan» (Mr. 1:37).

¿Qué habríamos hecho nosotros? Habríamos regresado a Capernaúm para satisfacer las expectativas de la multitud. Pero Cristo le dijo a sus discípulos: «Vamos a los lugares vecinos, para que predique también allí; porque para esto he venido» (v. 38).

Debido a que Él tenía otras responsabilidades, tuvo que defraudar a la multitud, se negó a permitir que ella dictara su orden del día. La oración en las horas de la mañana era más importante que el ministerio.

Jesús enseñó que los hombres deberían orar siempre y no desmayar, implicando que nosotros hacemos una de las dos cosas. Aunque un hombre de Dios pueda poseer grandes talentos naturales, debe desarrollarlos por medio de un esfuerzo en la oración. E.M. Bounds tenía razón cuando dijo: «La oración arrastra al cielo como una tormenta y conmueve a Dios con una convicción sin descanso, hace del púlpito un trono y de lo que allí se pronuncia como decretos del destino».

Aunque deberíamos pasar mucho tiempo preparando nuestras mentes para predicar, con frecuencia grandes hombres del pasado pasaron la

misma cantidad de tiempo en oración, preparando sus almas. Se dice que la oración no es la preparación para el trabajo, son que *ella misma es el trabajo*.

Si su vida de oración es mediocre o inconsistente, tu primera prioridad consiste en apartar tiempo para este ejercicio. No tiene que ser en la mañana, pero yo he aprendido que si no paso tiempo con Dios antes de las nueve de la mañana, es posible que no ore durante el resto del día. Usted podría empezar con quince a treinta minutos, pero sea como sea, usted debe hacer que sea una prioridad tal que solamente una emergencia pueda hacerle perder su cita con Dios en oración.

La predicación es más importante que la administración

Muchos pastores pasan tanto tiempo conduciendo la iglesia que les queda poco tiempo para el estudio y la reflexión. La tentación consiste en pasar la mayor parte del tiempo en aquellas «zonas confortables» que tenemos a disposición. El que disfruta el estudio ignora con frecuencia la administración, el que se desempeña bien como administrador tiende a descuidar el estudio. Bienaventurada es la iglesia cuyo pastor posee ambos talentos.

Los comités son necesarios. Aún más importante es la visión y la capacidad de poner en movimiento la congregación hacia el cumplimiento de las metas de la iglesia. Pero cuando de propulsar se trata, es el ministerio de la Palabra lo que nos da el mayor impacto. Una iglesia puede usualmente aguantar una débil administración si cuenta con una efectiva predicación. Pero no hay nada tan patético como ver unas personas que van a la iglesia y regresan a sus hogares sin haber recibido alimento espiritual.

Una forma de sacarle tiempo extra a un día ocupado es ejercer el arte de la delegación. Pregúntese qué está haciendo que otra persona pueda hacer; sea generoso al entregar todas las responsabilidades que pueda dejar razonablemente. Al hacerlo se ahorrará varias horas a la semana. ¿Acaso hemos olvidado que ninguna persona posee todos los dones, y que el Señor tiene lugares para que otros ocupen en el cuerpo? ¿O tenemos tanto deseo de mantener el control que no vamos a dejar que nada se salga de nuestras manos? Quizás sea mejor colocar nuestro deseo de control al pie de la cruz.

El pastor sabio se concentrará en sus fortalezas y delegará otras responsabilidades. Personalmente, prefiero decir no a invitaciones para servir en otras juntas, comités y reuniones a las que soy invitado. Dado que

mis facultades principales son predicar y escribir, quiero explotarlas al máximo de mis capacidades.

Acompáñeme a tomar esta determinación: que *hagamos de la predicación nuestra ocupación singular más importante*.

La familia es más importante que la congregación

La importancia de la familia ha sido tan enfatizada en tantas ocasiones que apenas requiere ser mencionada. Pero muchos de nosotros aún no captamos el mensaje. Como pastores, recibimos nuestra afirmación personal de la congregación; nuestros éxitos o fracasos son conocidos por muchas personas, no tan sólo por un puñado en una oficina. Como resultado, nos sentimos vulnerables ante la presión de la opinión pública. Esto explica la fuerte tentación que tenemos de satisfacer las expectativas de nuestras congregaciones por encima de las necesidades que tienen nuestras esposas e hijos.

El pastor se siente a menudo como si tuviera muchos jefes. Pero mantenerlos a todos felices lo llevará a ignorar los sentimientos de los que ama entrañablemente, aquellos que, al menos por un tiempo, tendrán que aguantar la negligencia.

Para reforzar nuestra convicción de que la familia es más importante que la congregación, cada uno de nosotros debería tomar algunas decisiones difíciles y deliberadas en favor de nuestras familias. Deberíamos llevar a nuestras esposas e hijos para comer un helado en vez de asistir a la reunión del comité de finanzas, ¡por lo menos una vez! Pase una noche realizando un proyecto familiar en lugar de asistir a la reunión del concilio de escuela dominical.

Cuando miro hacia atrás en mis años de ministerio, deseo haber sido más tranquilo, más espontáneo con mi esposa y mis hijos. He tratado de reducir al máximo los compromisos para dar conferencias por fuera con el fin de beneficiar mi familia y la iglesia. Pero a veces son esas pequeñas decisiones diarias las que dejan ver si en realidad valoramos a nuestras familias por encima de aquellos que pagan nuestros salarios.

Empiece hoy haciendo algunas elecciones difíciles a favor de su familia. No nos dejemos seducir con facilidad por la noción ampliamente difundida de que el «tiempo de calidad» permite la recuperación de lo que se ha perdido en cantidad. Tiene que haber un balance, por supuesto, pero usualmente son nuestras familias las que se ven afectadas.

La fidelidad es más importante que la competencia

Es fácil desanimarse en el ministerio cuando nos comparamos con otros. Los miembros de nuestra congregación nos comparan con los predicadores por televisión o con el pastor de la superiglesia que ya ha empezado su tercer programa de construcción para la ampliación del templo.

Hay una inmensa cantidad de historias sobre ministerios con éxito. Si nos enfocamos en ellas, pronto nos sentiremos insatisfechos con el pedazo de tierra que nos tocó administrar en la viña del Señor. Nosotros podemos saber que hemos vencido un espíritu de comparación cuando podamos regocijarnos en el éxito de aquellos con más dones que nosotros. Cuando estemos complacidos con nuestra pequeña parte en la obra total de Dios sobre la tierra, tendremos un sentido de satisfacción y plenitud.

Una leyenda declara que un día Cristo le pidió a sus discípulos que levantara una piedra y la llevara. Después de unos cuantos días, Él convirtió las piedras en pan. Los que habían escogido piedras más grandes se alegraron de haberlo hecho. Cuando Cristo les pidió que tomaran piedras nuevamente, todos los discípulos escogieron piedras pesadas. Pero después de muchos días, Cristo les dijo simplemente que tiraran las piedras al río. Los discípulos estaban confundidos y sorprendidos ante el despropósito de todo el asunto. Pero Cristo les dijo: «¿Para quién cargaban las piedras?»

Si cargamos las piedras para Cristo, lo que Él haga con ellas no va a hacer ninguna diferencia. No se trata de que nuestras piedras se conviertan en panes o no, sino de agradar a nuestro Maestro. La fidelidad, no éxito como se define generalmente, es lo que Él está buscando.

El amor es más importante que la capacidad

Obviamente, no podemos funcionar sin los dones que nos califican para las exigencias del ministerio. Debemos conocer la Palabra y ser capaces de comunicarla. Y debemos poseer las habilidades necesarias para dirigir a las personas y trabajar con ellas.

Sin embargo es sorprendente que Pablo le asignara a esas cosas tan esenciales un lugar de menor importancia que a la calidad de nuestro amor. Hablar con impresionante capacidad, ejercer el don de profecía, tener la fe para mover montañas, e incluso dar todas las pertenencias a los pobres, todas estas acciones sin amor, son absurdas (1 Co. 13:1-3).

Por supuesto, el amor en sí mismo no nos hace competentes para pas-

torear una congregación. Pero Pablo nos diría que deberíamos concentrarnos primero en el amor. Cuando nos enfrentemos a una decisión, deberíamos desarrollar la capacidad de amar antes que la habilidad para ministrar.

Aún la mejor enseñanza bíblica no transforma vidas si no ha sido filtrada a través de una personalidad llena de amor. Cuando predicamos severamente contra el pecado, rara vez motivamos a la congregación hacia la piedad. Pero cuando predicamos con quebrantamiento y amor, el Espíritu Santo derrite los corazones endurecidos. No podemos decirlo suficientes veces: *Sin amor, nada somos*.

Para muchos de nosotros, más de la mitad de nuestro ministerio ya ha llegado a su fin, nunca más vamos a pasar por este camino. Si nuestras prioridades están mal organizadas, ahora es el momento de poner la casa en orden, porque de que lo sepamos, se acabarán nuestros ministerios.

Revise su agenda semanal y pregúntese qué estaría dispuesto a cambiar si la llevara a cabo según las prioridades de Dios. Cuando le preguntaron a un famoso escultor cómo había hecho el elefante, él respondió: «Yo tomo un bloque de mármol y voy cortando todo lo que no se parece a un elefante».

Tome ese bloque de tiempo y corte todo lo que no sea una prioridad sustancial. Haga una lista de sus actividades con base en su valor relativo. Cuando se decide deliberadamente dedicarle más tiempo a las cosas que Dios considera importantes, probablemente vamos a descubrir que estamos logrando mucho más que nunca. Cuando buscamos primero el reino de Dios y su justicia, nuestra productividad no cesa. Sólo cuando hayamos hecho lo que es esencial, le estaremos dando a Dios la oportunidad de añadir a nuestros ministerios otras ocupaciones que antes habían sido de interés primordial para nosotros.

Si nuestras prioridades no están en orden, tampoco lo estarán nuestros ministerios.

• 18 •

El fracaso

¿Por qué ocurre en algunas ocasiones?

Recientemente, hablé con un pastor desanimado. Sus diáconos no lo estaban apoyando, la congregación era apática, y su esposa se estaba quejando de su salario.

Estaba buscando una salida decorosa, una manera de renunciar con dignidad. Él planeaba presentarse como vendedor con una empresa en la que había trabajado antes de ir al seminario.

Independientemente de si él había sido llamado al ministerio o no, sentía como si hubiera dado lo mejor de sí, pero a cambio sólo había sido recibido una experiencia desalentadora tras otra.

¿Qué constituye un fracaso?

¿Acaso ese pastor fue un fracaso? La respuesta depende de la perspectiva de cada uno. Existen por lo menos dos tipos de fracaso. Podemos fallar ante los ojos de los hombres y eso lastima nuestro ego. Los que nos encontramos en ministerios públicos somos observados por muchas personas, no hay tal cosa como una dimisión «con discreción». Y a no ser que el traslado sea hacia una iglesia más grande, somos vistos con frecuencia como fracasos.

Por supuesto, es posible fracasar a la vista de los hombres y triunfar ante los ojos de Dios. El profeta Isaías fue llamado a ser un fracaso (Is. 6). Si midiéramos su ministerio con estadísticas, él no se ganaría el premio al profeta más sobresaliente.

Pero lo contrario también es posible: podemos triunfar a los ojos de los hombres y al mismo tiempo fracasar a la vista de Dios. En este segundo tipo de fracaso, podemos convencernos de que nuestro éxito es para la gloria de Dios, pero el motivo encubierto puede seguir siendo el engrandecimiento personal.

Esto lleva a una pregunta: ¿Es posible ser llamado por Dios y no obstante fracasar en nuestro llamado? Sí. Eso es lo que le sucedió a los discípulos en Lucas 9.

El fracaso de los discípulos

Pedro, Santiago y Juan acababan de bajar del monte de Transfiguración con el Señor Jesucristo. Una multitud de personas se había reunido para mirar a los discípulos librar a un niño del yugo demoníaco.

El padre del niño fue corriendo hasta Cristo, gritando: «Maestro, te ruego que veas a mi hijo, pues es el único que tengo; y sucede que un espíritu le toma, y de repente da voces, y le sacude con violencia, y le hace echar espuma, y estropeándole, a duras penas se aparta de él. Y rogué a tus discípulos que le echasen fuera, y no pudieron» (Lc. 9:38-40).

¡Y no pudieron! Ahí tiene usted un fracaso en el ministerio. Como lo sabe cualquier predicador, es difícil conseguir una multitud, y cuando ya se tiene una quisiéramos estar en nuestro mejor momento. Pero aunque los discípulos querían ver a Dios glorificado, no pudieron realizar el milagro. La multitud estaba a punto de irse decepcionada.

Concedamos a los discípulos un crédito por haber tratado. Algunos pastores jamás intentarían siquiera expulsar a un demonio. Por lo menos los discípulos se expusieron a la posibilidad del fracaso y no se echaron para atrás.

No obstante, fracasaron. ¿Será que fueron más allá de su llamado? ¿No estaban intentando realizar una tarea que estaba por encima de su capacidad y conocimiento? No. Con anterioridad, Cristo había llamado a los Doce, y Él «les dio poder y autoridad sobre *todos* los demonios» (Lucas 9:1, énfasis añadido). Ellos debieron haber sido capaces de echar fuera este demonio desobediente.

¿Acaso estaban por fuera de la voluntad de Dios? No, estaban exactamente donde Dios los quería tener. Pero algunas veces, mientras que estamos haciendo la voluntad de Dios, experimentamos algunas de las más grandes dificultades que nunca hemos experimentado. Podemos fracasar en la mismísima tarea que el Señor nos llama a hacer.

En una ocasión anterior, se había ordenado a los discípulos que atravesaran el mar de Galilea y se reunieran con Cristo al otro lado. Pero incluso mientras obedecían, tuvieron que afrontar una de las tormentas más violentas en el lago. Sí, muchas veces la voluntad de Dios está cargada de dificultad y peligros, con frecuencia es precisamente el lugar donde experimentamos la mayor oposición.

Pero ahora, cuando los discípulos se encontraban al pie de este monte tratando de echar fuera un demonio, su llamado parecía ineficaz, su comisión no tuvo éxito y su autoridad no funcionó. ¿Por qué? Hay tres razones que salen del texto.

Razones de su fracaso

Primero, *les faltó fe*. Cristo les contesta: «¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros, y os he de soportar?» (v. 41). Cristo los llama incrédulos. Se cual fuere la causa de ellos, no tenían la fe necesaria para este milagro en particular.

Nosotros como pastores podemos identificarnos. Caso todo problema en la congregación llega tarde o temprano a nuestra atención. Vemos divorcio, fracaso moral y conflictos de personalidad. Bajo el peso de tales desalientos, es fácil albergar dudas.

«Si el poder de Cristo es tan grande, ¿por qué no restaura Él este matrimonio? ¿Por qué Él no...?» En ese punto, estamos al borde de quedar como paralíticos espirituales, incapaces de cumplir nuestro llamado. Sin fe no tenemos poder.

Sabemos lo desalentador que puede ser cuando nada sucede como fue planeado, cuando nuestra familia está siendo atacada por Satanás, y cuando los miembros de la iglesia se vuelven contra nosotros. Cuando nuestra confianza en Dios se estropea, somos vulnerables al fracaso. Cristo llamó a sus discípulos una «generación incrédula».

Segundo, *les faltó disciplina*. En el pasaje paralelo de Mateo 17, los discípulos le preguntaron a Cristo por qué no habían podido echar fuera al demonio y Él contestó: «Por vuestra poca fe; porque de cierto os digo, que si tuvieses fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible» (Mt. 17:20). Luego Cristo añadió: «Pero este género no sale sino con oración y ayuno» (v. 21).

¡Oración y ayuno! La autoridad de los discípulos no era algo automático. Solamente porque hubieran expulsado demonios en el pasado no significaba que podían contar incondicionalmente con tal autoridad en el futuro. Su llamado habría sido renovado mediante oración y ayuno fervientes.

Es posible que hubieran estado demasiado ocupados para tener un tiempo de refrigerio espiritual. Puede ser que hubieran empezado a vivir a base de sus propias historias de éxito y a creer que estaban demasiado ocupado para volver a los rudimentos.

No somos muy aficionados al ayuno. Warren Wiersbe dice: «Convo-

que un festejo y todos van a estar ahí. Convoque un ayuno y nadie se aparece.» Sin disciplina, nuestra capacidad para operar espiritualmente está en grave peligro.

Hay un relato sobre un hombre que estaba talando árboles, dando golpe tras golpe mientras el sudor corría por su frente. Un amigo se detuvo a mirar y le preguntó si le había sacado filo a su hacha. La respuesta fue: «No, tengo que bajar todos estos árboles para el mediodía, así que no tengo tiempo para afilar mi hacha». Pero por supuesto, todos nosotros sabemos que los diez minutos que se requieren para afilar el hacha habrían sido bien invertidos. De manera similar, las disciplinas espirituales son el medio por el cual tomamos un refrigerio y el hacha que tenemos queda bien afilada.

Tercero, *les faltó humildad*. Hicieron una pregunta que escuchamos repetidas veces en nuestros días: «¿Quién es el mayor en el reino de los cielos?» (Lc. 9:46). ¿Quién tiene la iglesia más grande, la mejor escuela dominical? ¿Quién es el predicador más importante, el escritor más influyente?

Esas preguntas ponen al descubierto un sentido camal de comparación. En una noche oscura podemos discutir acerca de cuál es la estrella más brillante, pero cuando sale el sol ya no se pueden ver las diferencias, todas las estrellas se desvanecen ante su brillo.

Pablo dijo que los que se dedican a «compararse unos con otros, carecen de sabiduría» (2 Co. 10:12 NVI). Nosotros ignoramos quién es el mejor predicador, eso es algo que Dios juzga. Cuando dejamos de comparar entre nosotros y nos comparemos con Cristo, descubrimos que no hay mucha diferencia entre nosotros.

El orgullo de los discípulos condujo también a un espíritu de crítica destructiva. Ellos trataron de impedir que otra persona expulsara demonios en el nombre de Cristo diciendo: «porque no sigue con nosotros» (Lc. 9:49). Esta persona estaba teniendo éxito precisamente en el ministerio en el que ellos habían fracasado. Al igual que nosotros, tendían a sospechar de aquellos que triunfaban en una labor con la que ellos tenían dificultades.

Muchas veces Dios utiliza personas que no están de acuerdo conmigo. Mi orgullo me ha impedido en ocasiones gozarme en el éxito de aquellos que no pertenecen a mi denominación o que tienen diferencias con respecto a mi teología. Cuando seamos humildes, nos vamos a gozar por el éxito de los demás y daremos el crédito a Dios por cualquier éxito pequeño que podamos tener.

¿Recuerda la historia en el libro de Hechos, cuando los hijos de Esceva trataron de expulsar un demonio en el nombre de Jesús? Ellos habían visto a Pablo liberar a personas en el nombre de Jesús, así que estos jóvenes hombres pensaron que podían hacer lo mismo. Creyeron que el nombre de Jesús era un conjuro de buena suerte que podía emplearse cuando ellos quisieran, pero les aguardaba una sorpresa.

«Pero respondiendo el espíritu malo, dijo: «A Jesús conozco, y sé quién es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois? Y el hombre en quien estaba el espíritu malo, saltando sobre ellos y dominándolos, pudo más que ellos, de tal manera que huyeron de aquella casa desnudos y heridos» (Hch. 19:15-16).

¿La lección? No podemos dar por sentado que tenemos la autoridad. Para ganar en contra de Satanás se necesita mucho más que simplemente utilizar el nombre de Jesús. Sin devoción y disciplina, nos vamos a dar cuenta de que no podemos realizar el ministerio.

Las razones de nuestro fracaso

Actualmente, las personas todavía se siguen reuniendo para ver una demostración del poder de Cristo. Quieren ver drogadictos convertidos y matrimonios salvados, quieren escuchar canciones entonadas con gozo y la Palabra predicada con poder. Pero a menos que tengamos fe, disciplina y humildad, no estaremos en capacidad de cumplir nuestro llamado.

Diremos a esta montaña: «Arrójate al mar», o le ordenaremos al demonio: «Váyase en el nombre de Jesús». Ninguno de los dos se moverá un centímetro, y las multitudes se irán decepcionadas. Sabemos que fuimos llamados, pero nuestra autoridad se ha esfumado. Hemos fracasado en la obra de Dios.

Es posible que mi amigo pastor que tiene planes de convertirse en vendedor no haya sido llamado a ser pastor. O tal vez está en la iglesia equivocada. Y también es factible que esté en la voluntad de Dios pero se encuentra pasando por un desierto y tan sólo necesita que alguien lo anime y le haga saber que sí lo aprecian. O quizás ha dado por sentado su llamado y ha comenzado a vivir con base en substitutos, puede ser que ha perdido su autoridad pero no su llamado. Por eso es que las montañas no se mueven y los demonios se niegan a salir.

He aprendido que cuando no puedo ejercer mi autoridad para ministrar, es porque Dios me está llamando a volver a los rudimentos. Fe, disciplina y humildad, ellas pueden colocarnos de nuevo en el lugar de la bendición. Aún los discípulos comisionados fracasan cuando dan por sentado su llamado.

.19.

Los caídos

¿Cómo alcanzarlos y restaurarlos?

Un profesor de seminario dijo alguna vez a sus estudiantes que deberían familiarizarse con una vocación diferente a la predicación, debido a que un cierto porcentaje de ellos caería tarde o temprano en la inmoralidad y tendría que abandonar el ministerio. Aunque nosotros podríamos retorcerlos por dentro ante tal admonición, probablemente ese profesor estaba en lo correcto.

Hace unos cuantos meses escuché que un amigo había tenido que dimitir debido al adulterio, y mi reacción fue: «Es la última persona de quien podría esperar que eso le ocurriera». Pero desafortunadamente, los últimos son muchas veces los primeros.

El alto precio del pecado

Recientemente, pregunté a algunos líderes evangélicos si un hombre que haya caído en inmoralidad sexual debería ser o no ser restituido en el pastorado. Dijeron que es posible pero muy poco probable. De acuerdo a 1 Timoteo 3:2, un obispo debe ser «irreprensible» (Reina Valera) o «irreprochable» (Nueva Versión Internacional). Es difícil recuperar la confianza pública y reconstruir una reputación que se ha destruido sobre las rocas de la infidelidad.

Sin embargo, muchas personas creen que los requisitos de Pablo en ese pasaje se refieren a la condición espiritual de un obispo en el *presente*. Por ejemplo, no debe ser «codicioso de ganancias deshonestas» (v. 3), pero eso no excluye la posibilidad de que sí pueda amar el dinero incluso después de haberse convertido. Hay crecimiento en la vida cristiana, hay cambio y transformación también.

Estas cualidades se refieren a un hombre que ha progresado espiri-

tualmente y ha puesto tras de sí su vida pasada de pecado. A primera vista, parece razonable que si un hombre cae en pecado sexual, se arrepiente y se somete a la disciplina de su iglesia, entonces podría ser nuevamente «irreprensible», debido a que se ha enfrentado bíblicamente a su pecado.

Con eso en mente, pregunté a los mismos líderes si su iglesia o denominación alguna vez llamarían como pastor a un hombre que haya caído pero que con el tiempo hubiera demostrado frutos de arrepentimiento. De nuevo respondieron que no, a no ser que hayan transcurrido muchos años y el asunto se haya olvidado hace tiempo. Algunos de ellos sabían de casos, sin embargo, en los que un hombre había sido restablecido a un efectivo ministerio de predicación, pero su congregación no estaba enterada de su pasado.

Sin embargo, mi encuesta informal fue realizada varios años antes de que algunos pastores de alto perfil que habían caído en pecado sexual fueran colocados de nuevo en el ministerio. Sospecho que si las mismas preguntas se hicieran hoy, muchos líderes estarían más abiertos a la posibilidad de restauración al ministerio. Yo puedo alegrarme a causa de tal restauración, pero también me inquieta que se estén menoscabando los altos estándares para el ministerio. ¿Qué le dice ese restablecimiento al pulpito a los jóvenes que son tentados a encontrar satisfacción fuera de su propio vínculo matrimonial? Sabiendo que la mente puede racionalizar y justificar cualquier pecado que el corazón quiera cometer, es fácil que un ministro llegue a pensar: «Miren a fulano, él pecó y sin embargo fue restaurado. Eso no es tan malo.»

Marshall Shelly escribe: «Por un lado, los pastores son miembros plenos de la raza humana. Pecan a diario. Por otro lado, los pastores laboran en una profesión donde el carácter es crucial. Están llamados a llevar, enseñar y ser ejemplos no de alguna habilidad técnica, sino de una vida. Cuando los pastores caen, pueden lastimar a muchos creyentes.»²⁴

Sí, es imposible que un pastor tropiece sin que obstaculice el avance de otros en la carrera de la vida. Algunos se verán movidos a pecar, otros perderán confianza en cuanto a que sí puede mantenerse la pureza sexual.

Podría sacarse el argumento de que somos inconsecuentes con nuestras normas de conducta. Mientras que el pecado sexual rutinariamente ha requerido que se deje de ejercer el ministerio, los pecados del espíritu se han pasado por alto. El apóstol Juan definió tres pecados radicales: orgullo, codicia y lujuria (1 Jn. 2:16). No obstante, nunca he sabido de un pastor que haya tenido que dimitir a causa de su orgullo o de su amor al dinero.

Martín Lutero escribió: «Frecuentemente Dios permite que un hombre caiga o permanezca en un pecado ignominioso para que sea avergonzado en sus propios ojos y a la vista de todos los hombres. De otra forma, no se habría podido librar de este inmenso vicio de la vanagloria y de un nombre afamado, en caso de haber permanecido constante en sus grandes dones y virtudes.»²⁵ Sí, con frecuencia es el orgullo lo que se encuentra en la raíz de otros pecados, aún de la inmoralidad sexual.

Pero independientemente de lo mucho que ofende el orgullo a Dios, el pecado sexual se encuentra en una clase aparte. Pablo escribió: «Huyan de la inmoralidad sexual. Todos los demás pecados que comete un hombre quedan fuera de su cuerpo; pero el que comete inmoralidades sexuales peca contra su propio cuerpo» (1 Co. 6:18).

La sexualidad es una parte tan íntima de nuestras vidas, que no podemos fracasar en ella sin sobrellevar culpa y vergüenza. En el adulterio también existe el recuerdo permanente de las consecuencias del pecado en la vida de otra persona. Lo que es más, la relación del matrimonio debe reflejar la de Cristo con su iglesia. Cuando un pastor devasta el íntimo vínculo del matrimonio, deberíamos considerar que ha perdido su derecho al púlpito.

El pecado sexual está usualmente acompañado por otros pecados. Una persona que comete adulterio pisotea por lo menos cinco de los Diez Mandamientos. Coloca sus deseos por encima de Dios, roba, codicia, rinde falso testimonio, y quebranta el mandamiento explícito de «no cometerás adulterio» (Ex. 20:14).

John Armstrong, en su provechoso libro *Can Fallen Pastors Be Restored?* (¿Pueden ser restaurados los pastores caídos?) escribe: «De modo que al cometer pecados sexuales, nosotros estamos transgrediendo directamente el plan ordenado por Dios para la creación y su estremecedora santidad. Estamos atacando con violencia su santo nombre, su santo carácter y su santa ley.»²⁶ La ruptura de un voto matrimonial, la violación de otra persona por medio de una unión íntima no santa, y la destrucción de la imagen de confianza entre Cristo y la Iglesia, esto es sin lugar a dudas un asunto muy serio.

Debido a la vergüenza del pecado sexual, existe una abrumadora tendencia a cometer otros pecados para encubrir el hecho. Si alguien le hubiera dicho al rey David que iba a emborrachar a un hombre y eventualmente hacerlo matar, no lo habría creído. No obstante, el pecado sexual lo convirtió en un mentiroso, un ladrón, y un asesino.

Un líder denominacional que había investigado una serie de casos de

supuesta infidelidad dijo que estaba sorprendido de con cuánta frecuencia los pastores estaban dispuestos a mentir, incluso invocando el nombre de Dios, para encubrir su pecado. Sin embargo, no deberíamos sorprendernos. Si un hombre puede violar uno de los mandamientos más claros de Dios, otros pecados llegan con facilidad.

Una persona que cae en este pecado también tiende a desarrollar un patrón de infidelidad. La esposa de un pastor se quejaba de que su esposo no sólo había sido infiel en su primera iglesia sino también durante cada pastorado sucesivo. Él seguía creyendo que podía seguir adelante porque nadie estaba dispuesto a pitarle el silbato.

El pecado sexual es una grave ofensa. No obstante, con demasiada frecuencia obligamos a un hombre a quedarse en la raya lateral debido a un sólo acto inmoral que nos negamos a perdonar y olvidar. Algunos ex pastores se han arrepentido genuinamente y han aceptado la disciplina de la iglesia. Aún si no pueden ser restablecidos en el pastorado, podrían ser usados efectivamente en ministerios adyacentes.

La posibilidad de restauración

En Gálatas 6:1, Pablo contesta las preguntas que podríamos tener acerca de la restauración: «Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado».

¿Qué significa restaurar a uno que ha caído? La palabra *katartizo* en griego también era utilizada para referirse a la reparación de un hueso fracturado. Desafortunadamente, muchos huesos dentro del cuerpo de Cristo han permanecido dislocados y nunca han sido rehabilitados.

En un caso típico de un pastor que comete pecado vergonzoso, él renuncia casi de inmediato, no tiene a dónde ir, y se ve obligado a abandonar el área. Muchas veces se le retira el salario y no hay provisión para su futuro. Debido a su vergüenza, no busca la compañía de sus amigos. Ellos sienten incomodidad para acercarse a él, así que cae una cortina de silencio alrededor suyo y de su familia.

La esposa del ministro por lo general tiene heridas mucho más profundas de lo que ella pueda contar jamás. Comprometida como está a Cristo y a la iglesia, debe decir todas las palabras correctas. Que sí, que perdona a su esposo y sí, que hará que el matrimonio funcione. Pero se necesitarían años para que la confianza se reconstruya el gozo vuelva a la relación matrimonial. Ella tiene que vivir con la dolorosa realidad de

que su esposo ha violado el pacto personal que había entre ellos al compartir la intimidad sexual con otra persona. No es de sorprenderse que tome tanto tiempo la restauración de su matrimonio, y este es un proceso que no puede acelerarse.

La pareja se siente el ostracismo, pero sus amigos ven su salida apresurada como una evidencia de que en realidad no están dispuestos a ser restaurados o arrepentirse. Los amigos se sienten demasiado incómodos como para visitar a la pareja lastimada, al ignorar qué tipo de respuesta recibirán o qué van a decir, así que las amistades que tan desesperadamente se necesitan muchas veces no se desarrollan.

Una noche cené con dos amigos que habían tenido que dejar el ministerio debido a un pecado sexual. Le pregunté a uno de ellos cuántas personas se habían acercado para ministrarle a él y con cuánta frecuencia sus amigos se habían detenido para orar con ellos. Quedé pasmado cuando respondió: «No recibo ninguna visita, nadie viene a orar por nosotros». Esa fue la respuesta, aún cuando los miembros de la iglesia vivían cerca. Puede ser que no le disparemos a nuestros heridos, pero es seguro que los estamos dejando desangrarse al lado del camino.

Pablo identificó quiénes debían tomar la iniciativa: «vosotros que sois espirituales». Cuando alguien cae en pecado, se hace evidente la diferencia entre los cristianos camales y los cristianos espirituales. Bajo el disfraz de la santidad, los creyentes camales harán críticas y exigirán el máximo castigo.

Un líder denominacional me dijo que cuando un hermano cae, algunas personas casi muestran satisfacción antes que pesar y remordimiento. El creyente que es justo en su propia opinión aprovecha la oportunidad para exaltarse a sí mismo, y parece que disfruta molestando a un hermano que ha sido herido. No importa cuántos pecados haya en su propia vida, el hombre que se justifica a sí mismo verá el fracaso moral de un pastor como una razón más para o bien justificar sus propias indiscreciones o para sentirse un poco más justo.

Un grupo de pastores se sentó a discutir la noticia de que un ministro colega había renunciado en medio de rumores de infidelidad sexual. Sin embargo, cuando uno de ellos preguntó si alguien había establecido contacto con él, quedaron en silencio porque ninguno lo había hecho.

El creyente verdaderamente espiritual se lamentará y preguntará cómo puede ser restaurado su hermano en Cristo. No es el hermano caído quien debe realizar la restauración, la iniciativa debe provenir de cristianos sensibles y espirituales, ellos estarán dispuestos a arriesgarse a alcan-

zarlos a pesar de la posibilidad de ser mal interpretados y acusados de ser «suaves con el pecado».

Por último, ¿cómo debe llevarse a cabo la restauración? Pablo dijo: «...con espíritu de mansedumbre» (Gá. 6:1). Si una persona tiene un hueso fracturado, no quiere que lo vuelvan a poner en su lugar con una barra de hierro. Tiene que ser puesto en su lugar con gentileza. No hay espacio para la condenación o la auto-justificación. Debemos ser conscientes de que nosotros mismos podríamos cometer el mismo pecado.

Si el hermano reconoce su pecado y se arrepiente, entonces puede ser restaurado el compañerismo, y ese es el primer paso en el largo proceso de sanidad.

Pero existe una diferencia entre restauración al cuerpo de Cristo y restauración al ministerio. Ciertamente, tal persona podrá servir de nuevo al Señor, aunque muy posiblemente en una modalidad muy diferente. No podemos predecir lo que Dios aún puede hacer por medio de la vida de un pecador arrepentido y restaurado. Algunas veces el ave que tuvo el ala rota puede conquistar de nuevo las alturas.

No concedamos todo el torneo solamente porque el diablo haya ganado un partido.

La iglesia

¿Cómo es el diseño de Cristo ?

Siempre que me preguntan: «¿Dónde queda su iglesia?» me siento tentado a responder: «Los domingos está en la calle N. LaSalle número 1609 en Chicago, ipero durante la semana está dispersa por todo el área urbana de Chicago!»

La palabra *iglesia* nunca se emplea en el Nuevo Testamento para hacer referencia a un edificio sino al pueblo de Dios, aquellos que son «llamados a salir» por Dios para conformar el cuerpo de Cristo. Se refiere a santos sobre la tierra así como a santos en el cielo. Aquellas iglesias construidas sobre colinas y con cementerios a su alrededor comunican una poderosa lección teológica: los santos que militan y los santos que ya han triunfado son parte de la misma familia. Por esa razón el cementerio rodea a la iglesia, ¡siempre hay que pasar caminando frente a la asociación de antiguos alumnos antes de encontrarse con los que no se han graduado!

Creo que fue Reinhold Niebuhr quien escribió que la iglesia le recordaba el arca de Noé: ¡no se podría aguantar el mal olor de adentro, si no fuera por la tormenta de afuera! Sin importar todas las cosas que podamos decir sobre la iglesia, hay algo que es cierto: representa la prioridad máxima en la agenda de Dios y es su paradigma para completar los planes que tiene para el planeta tierra. Cuando Cristo predijo la formación de la iglesia, resaltó ciertas características a las cuales debemos volver una y otra vez si no queremos perder nuestro tiempo en dispendiosos desvíos. Sus palabras son familiares: «Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella» (Mt. 16:18).

Si comprendemos las características de la iglesia, estaremos en capa-

ciudad de servir con libertad y gozo. ¿Qué aprendemos acerca de la iglesia en esta declaración?

Cristo es dueño de la iglesia

«Yo edificaré mi iglesia». Los creyentes fueron comprados a un altísimo costo, así que es comprensible que seamos propiedad de Dios. Si el valor de un objeto está determinado por el precio pagado por él, entonces no hay duda que somos valiosos. No fuimos adquiridos con plata y oro sino con la sangre preciosa de Cristo. ¡La misma cruz de Cristo es un testimonio perdurable de lo mucho que valen los creyentes para Dios! Por supuesto, no tenemos valor en nosotros mismos, somos valiosos porque Él nos escogió para amarnos. Al decidir morir por nosotros, nuestro Señor afirmó el hecho de que somos infinitamente preciosos para Él.

Las implicaciones de esto para nuestro ministerio son obvias. El pueblo de Dios no existe por su propio bien sino para *su beneficio*. En nuestras relaciones interpersonales, debemos recordar que estamos tratando con la propiedad de Dios, con su pueblo redimido para sus propios propósitos. Por eso es que se exhorta los líderes de la iglesia para que sean humildes y no ejerzan un liderazgo tiránico: «Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada: Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonestas, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey» (1 P. 5:1-3).

No hay lugar para la manipulación o la coerción dentro de la iglesia. Ciertamente, los líderes de la iglesia tienen que ejercer la autoridad como lo enseñan las Escrituras, pero no con el motivo disimulado de darle una apariencia de éxito a sus ministerios. Deben examinarse escrupulosamente todas las técnicas para levantar fondos y los programas de construcción para la ampliación de templos. Los motivos encubiertos deben ser puestos continuamente bajo el escudriñador microscopio de Dios. ¿Por qué? Porque estamos tratando aquí es con su pueblo, con la obra de sus manos.

Igualmente, somos responsables los unos con los otros. El líder que dice: «Yo rindo cuentas únicamente a Dios», habla con arrogancia e ignorancia. Está olvidando que Dios espera de cada miembro del cuerpo sumisión y servicio mutuos. Todos los creyentes pertenecen a la misma familia y tienen privilegios y responsabilidades.

Siempre que utilizo métodos camaleones para lograr metas que pueden valer la pena, es porque se me ha olvidado quién es el dueño de la iglesia; siempre que sienta envidia de los que tienen más éxito que yo, o cuando utilizo la iglesia para exaltar mis capacidades o dar la impresión de tener éxito, entonces he olvidado a quién le pertenece la iglesia.

¡Qué alivio es darme cuenta de que las personas de mi congregación son propiedad de Dios! ¿No le alegra saber que aquellos que obstinadamente se niegan a tener en cuenta su punto de vista, no le pertenecen a usted? Como Moisés, debemos decirle a Dios de vez en cuando: «¡Recuerda, este es tu pueblo!»

Si usted nunca le ha entregado su congregación a Dios, hágalo ahora mismo, encontrará una nueva libertad para servir cuando reconozca a Dios como el justo dueño de su pueblo.

Ahora procedamos a ver una segunda característica de la iglesia.

Cristo edifica la iglesia

«Yo edificaré mi iglesia», dijo Cristo. En todas nuestras actividades de discipulado y evangelismo, debemos darnos cuenta de que no podemos hacer la obra de Cristo en su lugar. Antes de irse, Él dio instrucciones a los discípulos para que «hicieran discípulos a todas las naciones» tal como Él lo había hecho mientras estuvo en la tierra. Ahora nosotros somos sus representantes, encargados de trabajar para Él durante este período de Su ausencia física de la tierra. Él no hizo discípulos en masa, ¡y nosotros tampoco podemos hacerlo!

Varios años atrás, asistí a una sesión conjunta de las asociaciones nacionales de difusores religiosos y evangélicos en Washington, D.C. Cientos de muestras exhibían lo último en tecnología, todo empleado para el esparcimiento del evangelio alrededor del mundo. Después de recorrer muchos metros cuadrados llenos de equipos, empecé a preguntarme: ¡Cómo lo había logrado la iglesia primitiva!

Por supuesto, ellos hicieron discípulos por la vía difícil, una persona vaciaba toda su vida en otra para realizar el entrenamiento «sobre la marcha». Dado que esos creyentes no podían apoyarse en los medios masivos de comunicación, sintieron que tenían la obligación de testificar con sus propias vidas y con sus propios labios a todos los que se cruzaban en su camino. Así fue como se edificó la iglesia, y así es como Cristo quiere que sea edificada en la actualidad. Podemos dar gracias por los medios cristianos de comunicación masiva, pero no hay ningún atajo para la edificación de la iglesia.

Las piedras para el templo de Salomón se partían en una distante cantera para luego ser llevadas al área del templo y ensambladas sin el ruido de un solo martillo. En Efesios, Pablo dice que Dios está construyendo una habitación, y que los creyentes son las piedras. Él escoge a los que va a salvar y los lleva a una relación entre ellos y con Él mismo. Él nos encaja en la edificación como le parece a Él, porque está construyendo un lugar en el cual Él mismo va a morar (Ef. 2:20-22).

Edificar la iglesia no es algo que nos corresponda, aunque nosotros participamos en el proceso. Nuestra responsabilidad consiste en descubrir cómo lo hizo Cristo y entonces reproducir sus métodos. Reconocer que Él es el constructor principal nos da esperanza y valor en el proceso de edificación.

Actualmente se ha escrito mucho acerca de la metodología para el iglecrecimiento y cómo hacer que una iglesia sea más atrayente para los «indagadores». Ciertamente, hay mucho que podemos aprender de aquellos que han tenido éxito al ver que una iglesia pasa de unos cuantos cientos a muchos miles de personas. El problema radica en que el éxito se explica muchas veces en término de éste método o aquél enfoque en particular. ¿No ha llegado la hora de que veamos crecer las iglesias sin ninguna otra explicación más que el hecho de que Cristo en su soberanía ha decidido edificar su iglesia?

¡Qué refrescante es encontrar una iglesia cuya única explicación de su crecimiento sea la oración, la adoración, y una sensibilidad a la dirección del Espíritu Santo! Por supuesto, no quiero decir que debemos esperar que una iglesia crezca sin tener entrenamiento en evangelismo, misiones y discipulado. Él nos usa para realizar su obra. Tenemos que hacer planes y estrategias, y determinar qué es lo que Dios quiere que hagamos. Pablo dice que «trabajamos juntamente con Cristo». Pero al fin de cuentas, nuestras congregaciones deben convencerse de que lo que han visto es la intervención de la mano del Todopoderoso.

Muchas veces le quitan a Cristo el crédito que tan ricamente se merece, siempre que tratamos de encontrar explicaciones humanas a la empresa divina. Tratemos de aprender lo que más podamos de los expertos, pero nunca apuntemos a métodos como una explicación del éxito. Debemos intencionadamente depender de Él para el crecimiento de la iglesia y cerciorarnos de que Él recibe la alabanza cuando ello suceda.

Otra implicación adicional: Si una iglesia en particular no está creciendo numéricamente, no siempre se debe a una falla en los instrumentos humanos de Cristo. Las iglesias en países hostiles se han visto reducidas

con frecuencia debido a la persecución y a conflictos culturales. Hasta en nuestro propio país, hay tiempos en que la iglesia misma no está fallando si no crece numéricamente, y no lo digo como un pretexto para la pereza y la falta de visión, sino simplemente para afirmar que el crecimiento de la iglesia depende en últimas de Cristo y no de nosotros, y todavía hay más.

Cristo preserva la iglesia

«Las puertas del Hades no prevalecerán contra ella», dijo Cristo en Mateo 16:8. Esta expresión se refiere probablemente a su muerte perentoria. La misma descripción fue empleada por Ezequías en Isaías 38:10 para hacer referencia a su propia muerte. Lo que Cristo parece estar diciendo es esto: Aunque las puertas del Hades se van a cerrar detrás de mí, no tienen ningún poder para mantenerme allí atrapado. El avance de la iglesia no será obstaculizado por esos aparentes reveses. La iglesia es indestructible.

¡Eso debería quitar en gran parte la presión de nuestro programa de actividades! Podemos participar activamente en la edificación de la iglesia con un sentido de confianza, creyendo que los propósitos últimos de Dios serán cumplidos. Cuando los creyentes de Roma vieron la incredulidad de Israel como algo que frustraba el plan de Dios, Pablo les aseguró diciendo: «No que la palabra de Dios haya fallado; porque no todos los que descienden de Israel son israelitas» (Ro. 9:6).

La imagen aquí corresponde a un barco que no se ha desviado de su destino propuesto. Pablo está diciendo que la Palabra de Dios no está «fuera de curso». Los propósitos de Dios avanzan según lo planeado, su obra en el mundo continúa, y será completada a tiempo.

Pablo escribe en Efesios 2:20-22: «Habiendo sido edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu».

Note los tres verbos pasivos que Pablo emplea para mostrar que la iglesia es a la vez edificada y preservada por Dios. Nosotros, «habiendo sido edificados», estamos siendo asimismo «bien coordinados» y otra vez, somos «juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu». Dios es quien actúa en los creyentes mientras se encuentra en el proceso de hacer su obra en la tierra. Al igual que las piedras a las que se hizo antes referencia, Dios está utilizando su cincel y su martillo con el fin de alistar la iglesia conforme a sus propios propósitos.

¡Qué alentador! Participar con Cristo en la edificación de la iglesia es una empresa sin riesgo alguno porque el éxito tarde o temprano está garantizado. Peter Marshall decía: «Es mejor fracasar en una causa que eventualmente tendrá éxito que triunfar en una causa que tarde o temprano va a fracasar». Piense en las implicaciones: aunque podamos fracasar de muchas maneras, estamos embarcados en una empresa que tiene la más alta prioridad para Dios, y el triunfo eventual es inevitable. Las puertas del Hades no prevalecerán contra ella.

Cristo reviste a la iglesia de poder

Cristo le dijo a Pedro: «Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos» (Mt. 16:19). Más adelante, Cristo le dio la misma autoridad a todos los apóstoles.

Aquí, Cristo le está confiriendo a los apóstoles poder para llevar a cabo su tarea. Es impensable que Él fuera a darle a los discípulos los planos de construcción y no la habilidad para llevarlos a la realidad. Si yo mando a mi hija a la tienda para comprar unos comestibles, debo darle el dinero para comprar los artículos. No importa que la lista sea larga o corta, si va a salir caro o barato, ella debe acudir a mí para obtener los recursos necesarios para pagar. Cristo debe dar recursos a los que habrán de trabajar con Él en la edificación de la iglesia. Puesto que toda autoridad le ha sido dada, Él nos puede decir: «Por tanto, id».

La iglesia es la prioridad número uno en el mundo. Ella exhibe la sabiduría de Dios, tanto ahora como en el tiempo por venir, «para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor» (Ef. 3:10-11).

Cristo no nos ha dejado solos. Él mora en nosotros y trabaja con nosotros en la edificación de su iglesia. Cuando le contaron a Agustín que Roma había sido saqueada, se ha reportado que él dijo: «Todo lo que los hombres edifican, son los hombres quienes lo destruyen ..., así que mejor sigamos construyendo el reino de Dios».

Dado que lo construido por los seres humanos será también destruido por ellos, continuemos entonces con la misión de edificar la iglesia, porque nuestro Señor ha prometido que las puertas del Hades no pueden prevalecer contra ella. No corremos ningún riesgo. Tenemos su promesa de eterno éxito.

Notas

Capítulo 1

1. Garry Friesen, *Decision Making and the Will of God* (Portland, Oregon: Multnomah, 1981).
2. J. Oswald Sanders, *Liderazgo espiritual* (Grand Rapids: Editorial Portavoz) 1995, 17.
3. John Jowett, *The Preacher: His Life and Worrk* (Grand Rapids: Baker, 1968), 21.
4. *Ibid.*, 12.

Capítulo 3

5. Bruce Stabbert, *The Team Concept* (Tacoma, Washington: Hegg Brothers, 1982).

Capítulo 4

6. Marshall Shelley, *Well-Intentioned Dragons* (Carol Stream, Illinois: Christianity Today, 1985), 110.
7. *Ibid.*, 107.
8. *Ibid.*, 133.

Capítulo 5

9. John Owen, *Sin and Temptation* (Portland, Oregon: Multnomah, 1983), xviii.

Capítulo 10

10. J. Grant Swank Jr., «Who Counsels Pastors When They Have Problems?» *Christianity Today*, 25 de noviembre de 1983, 58.

11. David Congo, *Theological News and Notes* (marzo de 1984): 8.
12. Iain Murray, *Jonathan Edwards* (Escocia: Banner of Truth Trust, 1987), 327.
13. James B. Scott, *Theological News and Notes* (marzo de 1984): 15.

Capítulo 11

14. Francis Schaeffer, *The Great Evangelical Disaster* (Westchester, Illinois: Crossway, 1984), 37.

Capítulo 12

15. Lawrence Crabb, *Effective Biblical Counseling* (Grand Rapids: Zondervan, 1977), 47.

Capítulo 13

16. William Temple, citado en John MacArthur, *The Untimely Priority* (Chicago: Moody Press, 1983), 147.
17. *Ibid.*, 104.
18. John Stott, *Between Two Worlds* (Grand Rapids: Eerdmans, 1982), 82-83.

Capítulo 14

19. Lewis Sperry Chafer, *Evangelismo verdadero* (San Jacinto, California: Editorial Creo, 1971), 13.
20. *Ibid.*, 12.

Capítulo 16

21. Robert Schuller, *Self-Esteem—The New Reformation* (Dallas: Word, 1982), 26-27.
22. *Ibid.*, 14.
23. *Ibid.*, 127.

Capítulo 19

24. Marshall Shelley, citado en John Armstrong, *Can Fallen Pastors Be Restored?* (Chicago: Moody Press, 1995), 17.
25. James Atkinson, *Luther's Works: The Christian in Society I*, vol. 44 (Filadelfia: Fortress, 1966), 45.
26. Armstrong, *op. cit.*, 51.